El cochecito

de

Rafael Azcona

El cochecito. Guión cinematográfico de Rafael Azcona
Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003.

El cochecito

Dirección: Juan A. Ríos

PRESENTACIÓN

Dos guardias civiles, en bicicleta, escoltan a un anciano montado en un cochecito de minusválidos. Al fondo un paisaje desolador y, dado que el camino es largo, los guardias optan por remolcarse en el singular vehículo, causante de tantos conflictos. Una imagen final que resume buena parte de la película de Marco Ferreri y Rafael Azcona, marcada por un peculiar humor que destila amargura, soledad y un fatalismo propio de la España gris que refleja, pero comprensible en cualquier otro contexto.

Don Anselmo es un jubilado, es decir, un estorbo. Su familia no sabe donde colocarlo. Su habitación es invadida por una nieta empeñada en aprender francés a pesar de que ya tiene novio, Alvarito, en casa y comiendo a todas horas. Deambula por la cocina, hasta que le tiran, por el bufete de su hijo, para pedir dinero y molestar de nuevo, por los pasillos peleándose con las gallinas de las vecinas... Sólo cuenta con Lucas, otro anciano que acaba de conseguir un «cochecito». Para Don Anselmo es el principio de una soledad que amenaza con ser absoluta, pues no le puede seguir al cementerio, se siente marginado en las reuniones de minusválidos que van de excursión y, desesperado, decide comprar un vehículo capaz de hacerle sentir la vida que se le escapa. Un empeño conflictivo que choca con una familia donde cada uno va a la suya y en el que intervienen «sacerdotes» del negocio como el dueño de la ortopedia o Álvarez, el criado de una marquesa con familiar anormal y minusválido. Son personajes dibujados con pocos y certeros rasgos, los necesarios para crear una galería similar a la de otros guiones de Rafael Azcona como *El pisito* o *Plácido*. Una galería que da cuenta de la visión desencantada y lúcida de un atento observador de la realidad.

La película cuenta con un excelente reparto encabezado por el genial Pepe Isbert, tan creíble siempre y rodeado por otros actores que hacen próximos y hasta entrañables unos personajes sórdidos, egoístas, insolidarios... pero reales. En esta selva humana, donde los riesgos y los enfrentamientos nunca desbordan la cotidianidad con su rutina y vulgaridad, se desarrolla una película que, como otras del guionista, refleja esa otra cara tan olvidada. Frente a las coetáneas comedias del desarrollismo, con sus insufribles colores y novios, el blanco y negro de una tragicomedia donde la anécdota se convierte en categoría a poco que reflexionemos.

La Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes quiere agradecer de nuevo a Rafael Azcona su colaboración para hacer posible esta edición, que se suma al excelente trabajo realizado por Bernardo Sánchez Salas en *Otra vuelta en El cochecito* (Logroño, Cultural Rioja, 1991), cuya lectura recomendamos. Gracias a ellos hemos recuperado el guión de una película amarga y sabia, que permanece fresca en una época donde tantos otros ancianos buscan sus «cochecitos» para combatir la soledad.

Juan A. Ríos

Índice

Bloque A

Bloque B

Bloque C

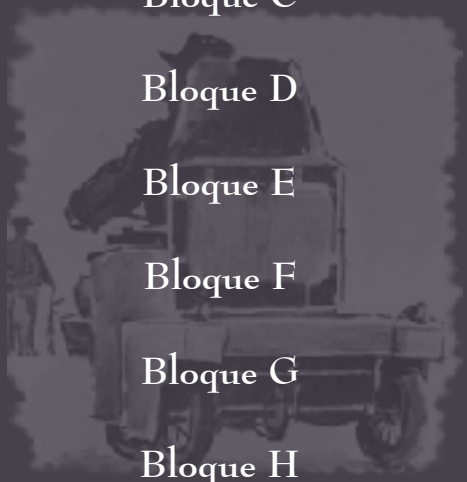
Bloque D

Bloque E

Bloque F

Bloque G

Bloque H



El cochecito

Guión cinematográfico

Rafael Azcona

Bloque A

1. Barrio de Chamberí en Madrid

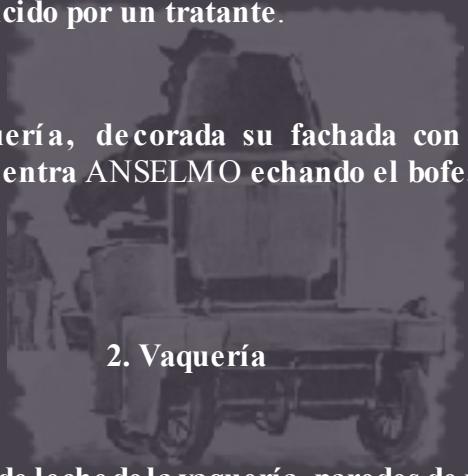
Finales de un invierno de los años cincuenta.

DON ANSELMO **-el don le viene de su condición de funcionario de la administración civil, jubilado-, un setentón pulcro y simpático, sale de su casa muy abrigado y ensombrerado, con un ramo de crisantemos al brazo y muchas prisas. Apresurando el paso al oír las campanadas de una iglesia cercana, comienza a sortear los obstáculos que salpican las populosas calles de su céntrico barrio: obras municipales, carga y descarga de reses en canal ante una carnicería, puestos de castañas y de chucherías, amas de casa cargadas con sus bolsas, perros sin collar levantando la pata, y para colmo, una larga fila de peones con sentido del humor se atraviesa en su camino: llevando en la cabeza unas tazas de inodoro como si fueran cascos guerreros, embrazan sus tuberías a manera de lanzas y desfilan silbando marcialmente la Marcha del Río Kwai.**

El jubilado tiene mucha prisa, ello es evidente, pero también está claro que se trata de una persona de bien: un ciego pretende cruzar una plaza y golpea rabiosamente el bordillo con su bastón sin que nadie le haga caso, y a pesar de sus prisas. ANSELMO **retrocede para tomarlo del brazo. Por desgracia para ellos, apenas se lanzan a la calzada el semáforo pasa del ámbar al rojo, y el asustado invidente y el temerario lazarillo, aturdidos por los golpes de freno y de claxon, provocan con sus contrapuestas indecisiones un embotellamiento en la riada de vehículos.**

Muy cerca ya de su destino, todavía debe el anciano hacer un poco de alpinismo ante el montón de cascotes sacados de una zanja, pegar un salto circense para evitar a un motocarro que se le viene encima y, finalmente, quebrar como un banderillero al alocado ternerillo que sale de una vaquería conducido por un tratante.

Y en esa vaquería, decorada su fachada con motivos agropecuarios, entra ANSELMO **echando el bofe.**



2. Vaquería

En el despacho de leche de la vaquería -paredes de mosaico, relucientes vasijas- CARMEN, **una secacuarentona, atiende a una madre con su hija; la niña tiene siete u ocho años y debe ser una futura alcohólica, porque bebe a morro de una botella de vino. Justo cuando entre el fatigado** ANSELMO, **la madre le está dando una bofetada a la criatura.**

-¡Quita! ¡El vino es para tu padre, imbécil!

-Buenos días, Carmen **-saluda sin resuello el anciano-**. Hola, Carmen. ¿Qué, dónde está ese hombre?

Extendiendo mantequilla en media barra de pan, CARMEN **informa en el sufrido tono de la víctima:**

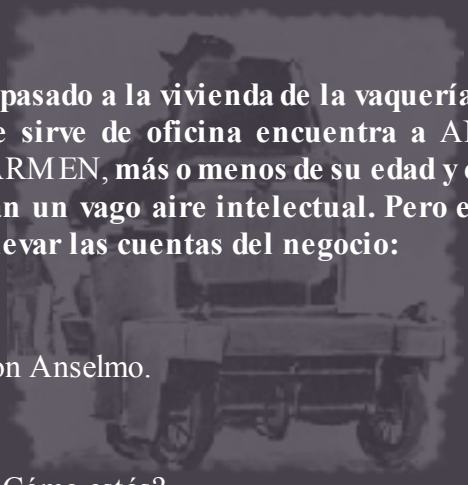
-Esperándole. A ver si lo calma, porque está como chiquillo con zapatos nuevos.

-Nada, no te preocupes...

Y se dirige a una puerta interior mientras CARMEN **le da el pan a la niña:**

-Aquí tiene, tres pesetas bien servidas.

-Ande, póngale una peseta más **-decide la madre-**, que esta cría come más que un sabañón.



El visitante ha pasado a la vivienda de la vaquería, y en la habitación que sirve de oficina encuentra a ANDREA**, hermana de** CARMEN**, más o menos de su edad y con unas gafas que le dan un vago aire intelectual. Pero es sólo la encargada de llevar las cuentas del negocio:**

-Buenos días, don Anselmo.

-Hola, Andrea. ¿Cómo estás?

-Ya ve. ¿Y usted? **-la contable guarda unos billetes en una pequeña caja fuerte-.** No le veo muy buena cara.

-Es que he venido de prisa y, claro... **-el recién llegado, todavía jadeante, se da aire con el sombrero-.** ¿Dónde anda tu padre?

-En el patio **-guía** ANDREA **a** ANSELMO**-**. Como loco con el cochecito. Si le digo la verdad, ya estamos arrepentidas de haberle dado ese capricho.

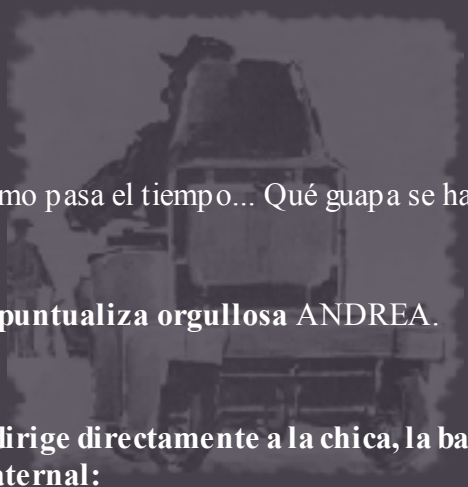
-Tranquila, mujer, yo lo meto en vereda, ya verás.

Cruzan los dos el comedor de la casa, presidido por una enorme Santa Cena; sentada a la mesa hace punto una muchacha de aire dulce y pecho suculento, y ANSELMO, **muy comunicativo, se detiene para preguntarle a** ANDREA**:**

-¿Es tu sobrina?

-Sí, la pequeña.

-¿Cuándo ha venido?



-Llegó ayer.

-Hay que ver cómo pasa el tiempo... Qué guapa se ha puesto.

-Ya es maestra -**puntualiza orgullosa** ANDREA.

ANSELMO **se dirige directamente a la chica, la barbillea y la besa, muy paternal:**

-Muy guapa, guapísima. ¿Y, qué, cuándo te casas?

-El año que viene.

-En septiembre -**vuelve a intervenir** ANDREA.

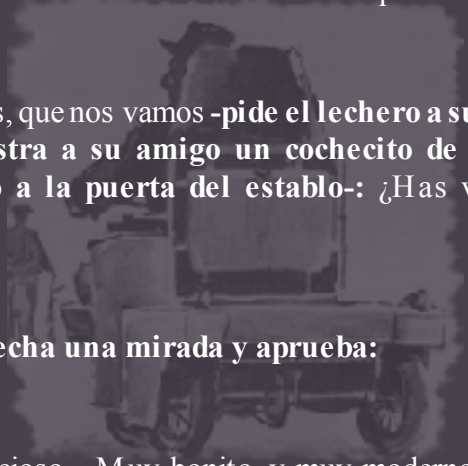
-Bueno, pues me alegro mucho... Que seas muy feliz, hija... -**se despide el viejo, y sigue hacia el patio diciéndole a** ANDREA-**: Anda, vamos a ver a ese insensato.**

En el patio, sentado en una silla, espera el señor LUCAS **-el señor cuadra muy bien con su boina y su zamarra-, propietario del negocio y coetáneo y amigo de** ANSELMO**; le hacen compañía** MARÍA**, una espingarda que es la tercera de sus hijas,** AGUSTÍN**, mozo de la vaquería, que lleva adosado al trasero el taburete de ordeñar, y un tipo con mono de mecánico.**

-Hola, Lucas...

-Menos mal que has llegado... **-recrimina** LUCAS, **impaciente-**. Más de media hora llevo esperándote...

-Es que no sabes cómo está la calle... Resulta que...



-María, las flores, que nos vamos **-pide el lechero a su hija. Y, ufano, le muestra a su amigo un cochecito de inválido aparcado junto a la puerta del establo-:** ¿Has visto qué maravilla?

ANSELMO **le echa una mirada y aprueba:**

-Ya, ya veo. Precioso... Muy bonito, y muy moderno.

-Pero mira el motor, hombre...

-Ah, sí, ya veo...

-Un bólido, Anselmo... **-y le ordena al mozo-**: Venga, tú, móntame, móntame...

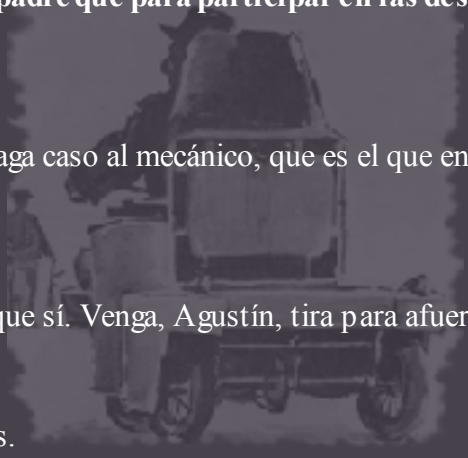
Porque LUCAS **está paralítico. El mozo de la vaquería instala a su patrón en el cochecito y el del mono, que es el mecánico que ha traído el vehículo, insiste en algo que ya le ha debido explicar antes:**

-Recuerde... Mucho ojo con el acelerador, que esto se embala, ¿eh?

-A mí qué me va a contar, si yo fui de los primeros en tener moto en Madrid... **-y, agarrado al manillar, se vuelve hacia** ANSELMO **para recabar otra vez su aprobación-**: Bueno, hombre, ¿qué me dices, te gusta o no te gusta?

-Que sí, Lucas... Pero tienes que ser prudente, sobre todo al principio.

CARMEN **ha dejado el despacho más por el gusto de reprender a su padre que para participar en las despedidas:**



-Eso. Y que le haga caso al mecánico, que es el que entiende de estas cosas.

-Que sí, mujer, que sí. Venga, Agustín, tira para afuera.

-Toma, las flores.

MARÍA **coloca sobre las rodillas de su padre un ramo parecido al que lleva** ANSELMO**, y atraviesan todos el establo para ganar la calle:**

-En sus manos lo dejamos, don Anselmo. Sobre todo, que no corra.

-A mí lo que me parece una barbaridad es que el primer día que sale vaya hasta el cementerio...

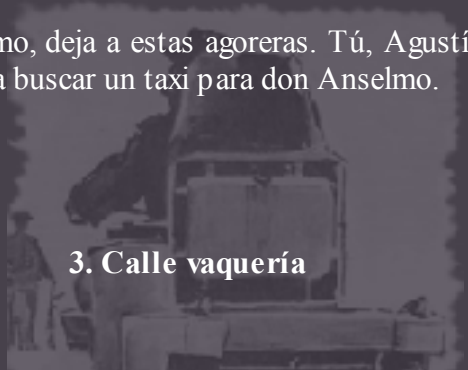
-¿Y dónde queréis que vaya? **-protesta el recién motorizado, que es un poco cascarrabias-.** ¡Si os acordarais de vuestra pobre madre como me acuerdo...

-Papá, cualquiera que te oiga...

-Dios quiera que no nos cueste un disgusto, el dichoso cochecito.

-¡Vosotras, tranquilas! **-impone su autoridad de exjefe de administración civil-** ¿No os he dicho que me encargo yo de todo?

-Ni caso, Anselmo, deja a estas agoreras. Tú, Agustín, venga, como las balas, a buscar un taxi para don Anselmo.



3. Calle vaquería

La aparición del grupo en la calle ha convocado a algunas vecinas. El mecánico, una vez bajado el cochecito a la calzada, vuelve a sus recomendaciones:

-Ya sabe: para ponerlo en marcha...

-¡Déjeme, le he dicho! **-lo rechaza de malas pulgas** LUCAS-. ¿No ha cobrado usted? ¡Pues ahora ya es cosa mía, hombre!

-Ustedes mucho llorar con que las vacas no dan dinero **-comenta una vecina-**, pero mira qué coche le han comprado.

-¡Con motor y toda la pesca! -salta otra.

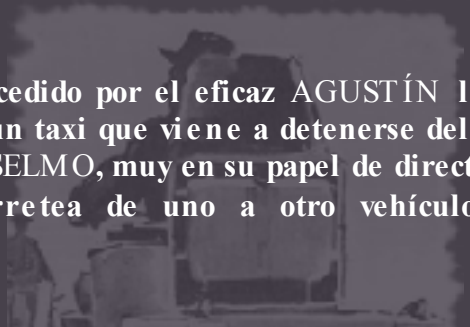
-Un sacrificio -**se justifica** ANDREA-; pero como lo tenía entre ceja y ceja desde que le dio el ataque...

-Y que un padre es un padre -**reivindica** MARÍA **su derecho a gastarse el dinero como le dé la gana**-. ¡No te amuela!

LUCAS **ya ha accionado la palanca de arranque y el motor empieza a petardear alegremente:**

-¿Te das cuenta, Anselmo? ¡A la primera!

-Sí, ya, estupendo... Mira, ya está ahí el taxi.



En efecto: precedido por el eficaz AGUSTÍN **llega en marcha atrás un taxi que viene a detenerse delante del cochecito;** ANSELMO**, muy en su papel de director de la operación, corretea de uno a otro vehículo dando instrucciones:**

-Prudencia, Lucas, mucha prudencia... Sobre todo con el acelerador, ya has oído al mecánico... **-Va hacia el taxista-**: Buenos días. Por favor, procure usted ir despacio, no vayamos a perder a ese amigo mío, que está inválido. **-Se vuelve hacia las compungidas plañideras-:** Y vosotras, adentro. ¿No os he dicho que me encargo yo de todo?

-¡Eso, a trabajar, que se pongan a trabajar! ¡Ni que me fuera a las Américas! **-corea** LUCAS. **Y apremia al amigo**-: ¡Y tú, venga, al taxi!

-Si, sí... **-pero** ANSELMO**, a quien las idas y venidas han dejado sin aliento, todavía se pega un trotecillo para recomendarle-**: Tú siempre detrás, no se te ocurra adelantarnos.

-¡Vámonos de una vez, pelma, que eres un pelma!

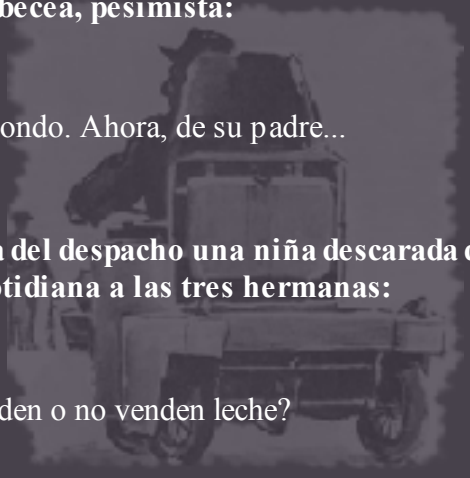
ANSELMO **monta en el taxi, el taxi se pone en marcha, y tras el taxi sale arreando el cochecito. Siguiendo en marcha con la mirada, se angustia** ANDREA**:**

-¡Míralo! ¡Como loco va!

-¡Y se nos ha olvidado ponerle la medalla de San Cristóbal! **-recuerda de pronto** CARMEN.

-Dios mío, qué zozobra. ¿No le pasará nada? **-le pregunta** MARÍA **al mecánico.**

El mecánico cabecea, pesimista:



-Del coche, respondo. Ahora, de su padre...

Desde la puerta del despacho una niña descarada devuelve a la realidad cotidiana a las tres hermanas:

-Pero aquí, ¿venden o no venden leche?

4. Cementerio del Este

Un ángel de piedra levita en el aire mientras el chirriar de una garrucha rompe el silencio del inmenso cementerio: unos marmolistas están montando un panteón, y el ángel de piedra que lo va a coronar cuelga de la polea. En primer término, una lápida en la que se puede leer:

FAMILIA FRUTOS SOLANA

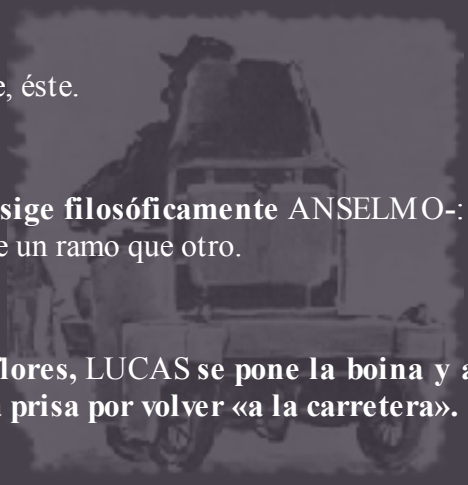
Es la tumba de la mujer de LUCAS**, y ante ella rezan destocados los dos ancianos, que han llegado al cementerio con toda felicidad. Terminada la oración, el lechero, santiguándose, se conduele:**

-Pobrecilla... Pero mejor que se haya muerto. Así, al menos, no me ha visto hecho un inútil.

-Pero, ¿de qué te quejas? **-Y hay, en el tono de** ANSELMO **una soterrada envidia de peatón-.** ¡Ya quisieran muchos moverse como te mueves tú ahora con el cochecito! El mismo taxista lo ha dicho.

-Ya **-admite** LUCAS-. Pero ella, con lo que era, habría sufrido mucho. Anda, ponle las llores.

ANSELMO **se hace un pequeño lío con los ramos.** LUCAS**, puntilloso, identifica el suyo:**



-No, ése no, éste, éste.

-Es igual... **-transige filosóficamente** ANSELMO-: Qué más le dará a la pobre un ramo que otro.

Colocadas las flores, LUCAS **se pone la boina y apremia, como si tuviera prisa por volver «a la carretera».**

-Bueno, vámonos.

-Sí, hala **-se encasqueta el jubilado su sombrero-**, vamos allá.

Pero el cochecito se ha atascado en la cuneta que separa los cuarteles de sepulturas de la avenida que les da acceso, y ANSELMO **se esfuerza en vano por sacarlo de allí a empujones.**

-Empuja, hombre, empuja.

-Pero, ¡si ya lo hago!

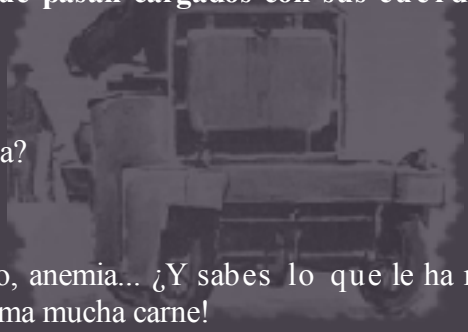
-¡Es que así no saldremos nunca!

-Por favor, caballero **-recurre** ANSELMO **a un paseante que llega leyendo un periódico-**, ¿nos echa una mano?

-Cómo no, faltaría más.

-Es que nos hemos metido en un hoyo y...

Con la ayuda del amable lector consiguen salir a la avenida, y tras despedirse de él, la pareja de viudos pone rumbo al enterramiento de la mujer de ANSELMO**. En su camino cruzan ante una señora que, cantando bajito, riega las macetas de una tumba, y poco después con unos enterradores que pasan cargados con sus cuerdas y sus palas:**



-¿Y lo de tu chica?

-Según el médico, anemia... ¿Y sabes lo que le ha recetado? ¡Carne! ¡Qué coma mucha carne!

-Los médicos ya se sabe. Todo lo que no sea rajar de arriba a abajo...

En determinado momento ANSELMO**, desorientado entre el bosque de sepulturas, consulta con** LUCAS**:**

-Oye, yo creo que es por allí.

-No, hombre... Por ahí.

-Ah, sí, es verdad.

Su nuevo rumbo les hace pasar junto a dos niños que llevando como andas una escalera, canturrean a paso procesional:

«-Ya se ha muerto, ya se ha muerto,

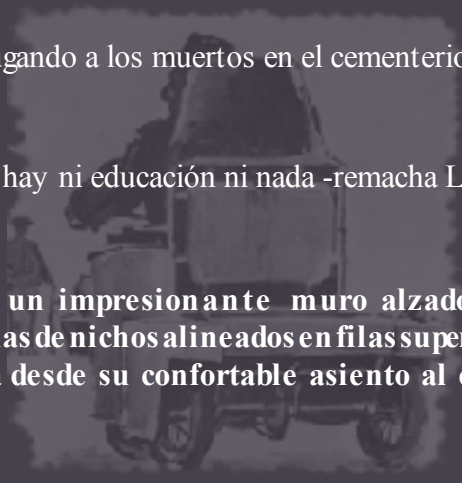
ya lo llevan a enterrar,

con traje de terciopelo

y la caja de cristal...»

ANSELMO **cabecea y censura:**

-Mira éstos... Jugando a los muertos en el cementerio.



-Si es que ya no hay ni educación ni nada -remacha LUCAS.

Han llegado a un impresionante muro alzado por las docenas y docenas de nichos alineados en filas superpuestas. El lechero guía desde su confortable asiento al exhausto jubilado:

-Sigue, hombre, que es más allá. Yo no he visto tío más despistado, de verdad.

-No, si es que como aquí construyen tanto **-se justifica el jubilado-**, pues me armo un lío.

Tras recorrer unos metros a lo largo de las fúnebres estanterías, LUCAS **vuelve a regañarle:**

-Cuidado, que te pasas, hombre. ¿No ves que es éste?

Se refiere a un nicho de la fila más baja. ANSELMO **se agacha y tira de gafas para identificar la lápida:**

A ver...

-No, ése no, éste, éste.

-Ah, sí, no la había visto.

Se destocan de nuevo; LUCAS **le pasa las flores, y** ANSELMO **se arrodilla y las coloca en el nicho. En la lápida, bajo una foto esmaltada, dice:**

AQUÍ YACE

DOÑA JULIANA TORRERO DE PROHARÁN

1884-1925

La foto está manchada de barro. ANSELMO **saca su pañuelo, lo humedece con un poco de saliva, y entre jadeos y suspiros lo pasa con amor sobre la imagen del rostro de su esposa, todavía joven en la foto. A sus espaldas se oyen las voces de los niños:**

-Espera, ¿dónde vas?

-A ver esa moto.

-No es una moto, es un coche de paralítico.

-¿Qué te juegas a que es una moto?

Sin oírlos, ANSELMO **se ha puesto en pie, y con los ojos fijos en la tumba, se acongoja mientras reza.** LUCAS, **delicado por una vez, lo conforta con unos golpecitos afectuosos. Pero los niños, con su impertinencia, los sacan bruscamente de su dolorido recogimiento:**

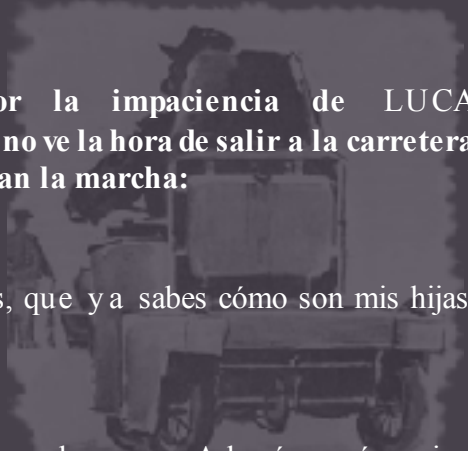
-Eh, oiga. ¿Eso es una moto o un coche de paralítico?

-¡Paralítico será tu padre! **-se vuelve airado** LUCAS-. ¡Gamberros, más que gamberros! ¡Habrase visto!

-¿Quépasa? **-el padre de los chicos aseaba un nicho de la fila que corona el muro.**

-¡Esos niños, hombre! **-protesta** ANSELMO-. ¡Faltar al respeto a los ancianos!

-¡Pepito! ¡Manolín! **-El padre ya ha bajado del nicho y reparte sopapos entre sus criaturas-**: ¿No os da vergüenza? Otro día, como no seáis formales, no os traigo a ver a mamá.



Espoleados por la impaciencia de LUCAS **que, efectivamente, no ve la hora de salir a la carretera, los dos amigos reanudan la marcha:**

-Anda, vámonos, que ya sabes cómo son mis hijas. Estarán preocupadas.

-Sí, tienes razón, anda, vamos. Además, aquí empieza a hacer frío.

-Oye una cosa **-sigue** LUCAS**, con un gesto hacia atrás-**: seguro que esos sinvergüenzas te quitan las flores en cuanto nos pierdan de vista.

-Ya, ya **-lo acepta** ANSELMO**, resignado-**. Eso es lo que pasa con los nichos bajos...

-Empuja, empuja...

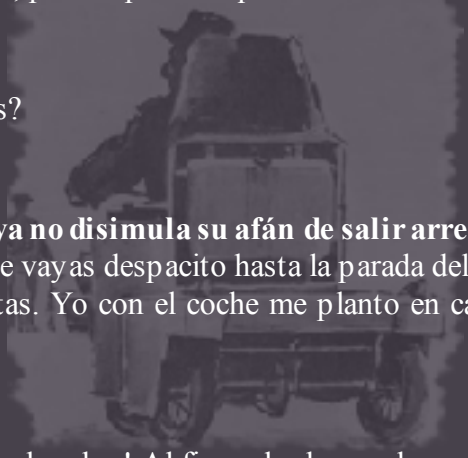
-... que como cómodos son cómodos, pero no tienen ninguna seguridad, y claro, están expuestos a cualquier cosa.

5. Entrada Cementerio del Este

Una carroza fúnebre que viene tras ellos obliga a ANSELMO **a ponerse al trote, y así atraviesan las monumentales puertas del cementerio saliendo a la anchurosa y desierta explanada que se extiende ante ellas.**

-Verás ahora para encontrar un taxi.

-La culpa es tuya, por despedir al que te ha traído.



-¿Y qué hacemos?

-Mira **-**LUCAS **ya no disimula su afán de salir arreando-**: lo mejor es que tú te vayas despacito hasta la parada del autobús, allí, en Las Ventas. Yo con el coche me planto en casa en un momento.

-¡No seas egoísta, hombre! Al fin y al cabo, yo he venido para acompañarte, y para tener cuidado de que no te pasara nada.

A LUCAS **el argumento debe antojársele una estupidez, pero propone:**

-Bien, vamos a hacer una cosa, porque discutiendo no llegaremos nunca. Anda, monta.

-¿Dónde? **-pregunta, perplejo,** ANSELMO.

-En el coche, hombre, ahí atrás, de paquete.

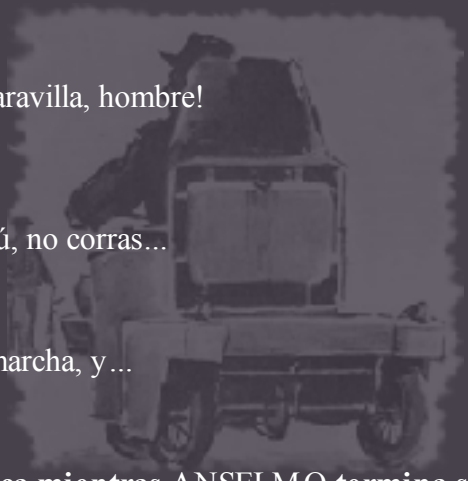
-Pero... ¿Cómo voy a montar ahí? No, no, ni hablar.

-Mira, o montas o me voy, tu verás lo que haces.

-Uyuyuy... Dios quiera que... **-se decide** ANSELMO**, que se encarama a la trasera del vehículo, aferrándose al respaldo del asiento.**

-Tú agárrate.

-No, ¡si ya me agarro!



-¡Esto es una maravilla, hombre!

-Ya, ya... Pero tú, no corras...

-Mira, meto la marcha, y...

El coche arranca mientras ANSELMO **termina su frase:**

-... que para que nos traigan aquí -se refiere al cementerio- siempre hay tiempo.

-Si no pasa nada, cagueta, que eres un cagueta. ¡Mira, mira cómo toma las curvas!

-¡Ojo, ojo con las curvas, que son muy peligrosas!

Con el cochecito alejándose por una avenida flanqueada de árboles se pierden las inútiles recomendaciones del asustado jubilado. Porque el temerario lechero, disfrutando de su recién estrenada máquina, se embala exactamente como dijo el mecánico:

-¡Como una moto, Anselmo!

Bloque B

1. Casa de DON ANSELMO

Ha pasado algún tiempo.

En la casa, un primer piso con balcones a la calle, el dormitorio de ANSELMO **es un poco el cuarto para todo. El anciano, tendido en bata sobre su cama, se agita, se tapa la cabeza con la almohada y gira sobre sí mismo incapaz de soportar la tabarra de su nieta** YOLANDA **estudiando francés:**

«... Garçon, un café.»

-Garçon, un café.

«Bien, Monsieur. Dans un verre ou dans une tasse?»

-Bien, Monsieur. Dans un verre ou dans une tasse?

«Dans une verre, s'il vous plait.»

-Dans une verre, s'il vous plait.

«Donne-moi aussi un journal d'aujourdhui.»

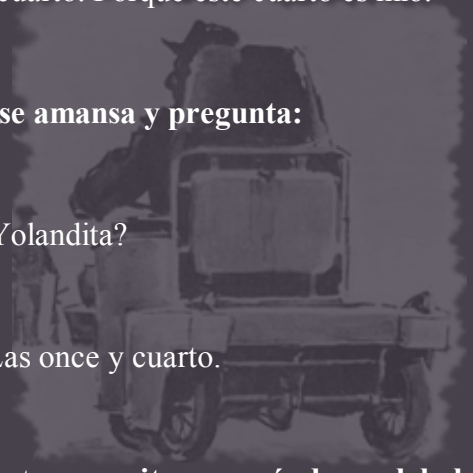
-Donne-moi aussi un journal d'aujourdhui.

Finalmente estalla y eleva su voz sobre la del disco de francés y sobre la de su nieta:

-¡Aquí, ni hay dios que haga reposo ni cristo que lo fundó! **-Se incorpora en la cama-:** Pero, ¿por qué no estudias en el comedor?

-Porque el comedor se ensucia. Si tuviera una habitación para mí no te molestaría. **-Y le pregunta, con sorna-:** Vous avez compris?

-Además, ¿para qué quieres aprender francés, si ya tienes novio formal? Casarte, eso es lo que debes hacer, casarte y dejarme tranquilo en mi cuarto. Porque este cuarto es mío.



Levantándose, se amansa y pregunta:

-¿Qué hora es, Yolandita?

-Qué pesadez. Las once y cuarto.

-Las once y cuarto... **-repite, acercándose al balcón para otear la calle-:** Seguro que a Lucas le ha sucedido algo.

-Bueno, ¿me dejas estudiar o no?

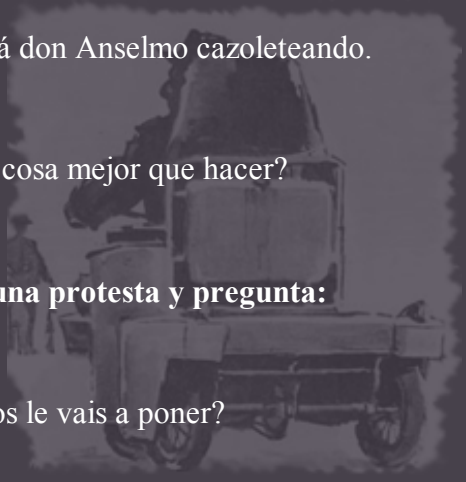
El abuelo se resigna a dejar el dormitorio, y para entretener la espera vaga por la casa. Inicia su ronda en el pasillo y no tarda en encontrar un pasatiempo: en el alféizar de una ventana que se asoma al patio hay una gallina. Tras cerciorarse de que nadie le ve desde los pisos superiores, el anciano la expulsa de un manotazo y cierra la ventana. Se asoma luego a la cocina. MATILDE**, su nuera, que está lavando ropa interior femenina en una palangana, le conmina:**

-No te quedes ahí. Entra y cierra, que se va a llenar la casa de humo.

Curioso, ANSELMO **quiere leer la etiqueta del detergente, pero** MATILDE **se lo quita de la mano:**

-Deja. Siempre toqueteándolo todo...

En busca de otro entretenimiento se acerca a los fogones, destapa las cazuelas y está a punto de abrasarse la nariz con el vapor que sale de una olla. La criada, que bate unos huevos, lo denuncia:



-Señorita, ya está don Anselmo cazoleteando.

-¿No tienes otra cosa mejor que hacer?

El viejo gruñe una protesta y pregunta:

-¿Cuántos huevos le vais a poner?

-Dos **-le informa, desabrida,** MATILDE-. ¿Te parecen pocos?

-Por mí ya sabes que es igual. Pero si tengo que ofrecerles un poco de tortilla a esos señores...

-No te preocupes, que no vas a quedar mal.

ANSELMO **se anima al ver por la ventana, que también da al patio, a la criada del piso segundo:**

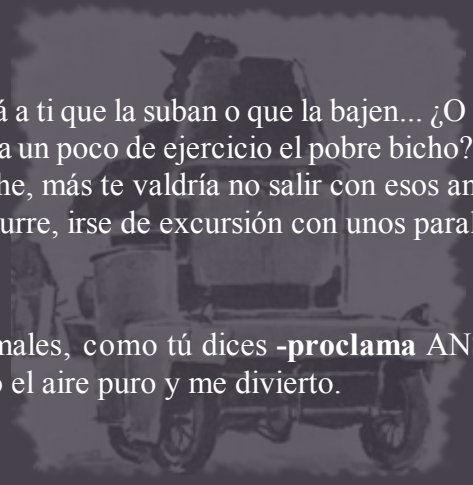
-¡A ver la gallinita esa! ¡El patio es nuestro y aquí no hace más que fastidiar!

Ahora se explica la anterior presencia de la gallina en la ventana del pasillo: sus propietarios, los vecinos del segundo, la bajan al suelo del patio atada a una cuerda. Ante las protestas del viejo, la criada, izando al ave, protesta a su vez:

-Ya la subo, hombre... Qué daño le hará a usted el animal...

-¡Bah!

ANSELMO **cierra la ventana, y su nuera se pone de parte de la gallina:**



-Qué más te dará a ti que la suban o que la bajen... ¿O es que te molesta que haga un poco de ejercicio el pobre bicho? En lugar de ser tan chinche, más te valdría no salir con esos anormales. A quién se le ocurre, irse de excursión con unos paralíticos.

-Con esos anormales, como tú dices **-proclama** ANSELMO, **ofendido-**, tomo el aire puro y me divierto.

MATILDE **huele el sostén que está lavando:**

-No sé que voy a hacer con esta Yolandita. Suda una barbaridad. -Y, sin transición, echa a su suegro-: Y tú, anda, sal de la cocina, que aquí no sirves más que de estorbo.

-Lo que faltaba. Ni en mi propia casa puedo estar...

De nuevo en el pasillo, el viejo sigue cerrando ventanas hasta llegar al vestíbulo del piso, donde tiene la agradable sorpresa de encontrar a un señor sentado ante una mesita; el visitante ofrece la posibilidad de pasar el rato, y ANSELMO **lo saluda encantado de la vida:**

-¿Le atienden a usted?

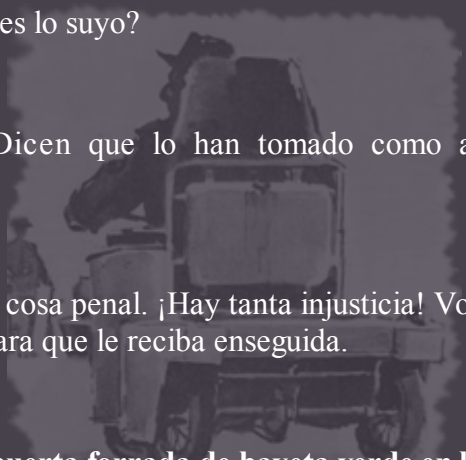
-Bueno... Me han dicho que espere.

-Pero, ¿viene usted al bufete? Yo soy el padre del procurador.

-Sí, sí. Mucho gusto.

El visitante se levanta para estrechar la mano de ANSELMO**, que le obliga a sentarse:**

-Servidor. ¿Qué es lo suyo?



-Pues, no sé. Dicen que lo han tomado como abuso de confianza.

-Ya comprendo, cosa penal. ¡Hay tanta injusticia! Voy a darle prisa a mi hijo para que le reciba enseguida.

Y empuja una puerta forrada de bayeta verde en la que un letrero indica

BUFETE

El llamado bufete es el típico despacho estilo remordimiento español presidido por un impresionante crucifijo colocado sobre la mesa. CARLOS**, el procurador, cincuentón, atiende sin demasiado interés a** BLANQUITA**, una mujer llena de años, pieles, bisutería y maquillaje, que está exponiéndole su caso.**

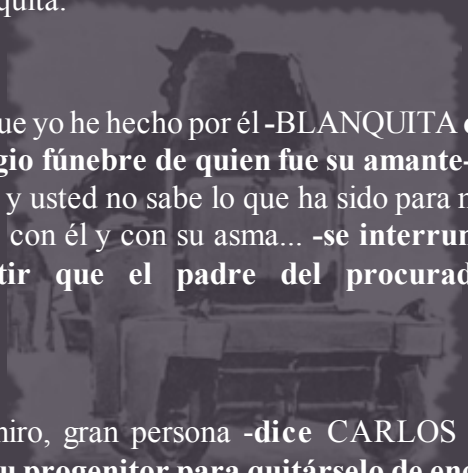
-... Una gentuza, don Carlos, sus hijos ni siquiera me han dejado verlo muerto. Un par de hienas, que... **-y se corta, al ver asomar la cabeza a** ANSELMO.

-Pasa, hombre, pasa, qué manía de quedarte en las puertas **-le reprende** CARLOS **a su padre. Y dice hacia la clienta-:** Es mi padre.

-Mucho gusto **-trata de saludar** ANSELMO**, siempre educadísimo.**

Pero BLANQUITA **lo ignora, volviendo la cabeza;** ANSELMO**, desairado, decide inmediatamente que aquella loca es una ordinaria que no merece la menor atención, y va hacia el rincón en que escribe a máquina** ALVARITO**, pasante de** CARLOS**.**

-Siga, siga, Blanquita.



-Después de lo que yo he hecho por él -BLANQUITA **continúa haciendo el elogio fúnebre de quien fue su amante-.** Porque estaba asmático, y usted no sabe lo que ha sido para mí dormir todos estos años con él y con su asma... **-se interrumpe otra vez, al advertir que el padre del procurador está escuchando.**

-Pobre don Ramiro, gran persona **-dice** CARLOS **antes de volverse hacia su progenitor para quitárselo de encima con una indirecta-:** ¿No te ibas al campo, papá?

-Sí, pero todavía no ha venido Lucas. Le ha debido ocurrir algo. -Y le pide al pasante-: Oye, Alvarito, ¿tienes el Marca?

-Tenga. Pero devuélvamelo, que quiero recortar una cosa.

Simultáneamente, CARLOS **animando a la clienta:**

-Siga, Blanquita, siga.

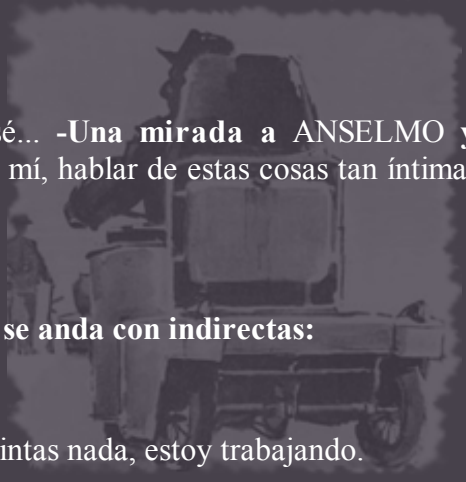
-Pues, nada, que ahora que se ha muerto, sus hijos me quieren quitar el quiosco.

-Ah, pero don Ramiro, que en paz descanse, no lo había puesto a su nombre?

-Qué va a poner. Y a ver que hago yo ahora sin el quiosco, porque el quiosco...

Se ha interrumpido de nuevo, evidentemente fastidiada por la curiosidad de aquel viejo cotilla. Y CARLOS **insiste:**

-Siga, siga.



-Es que... No sé... **-Una mirada a** ANSELMO **y otra a** ALVARITO**-**. A mí, hablar de estas cosas tan íntimas delante de la gente...

CARLOS **ya no se anda con indirectas:**

-Papá, aquí no pintas nada, estoy trabajando.

-No, si ya... **-admite** ANSELMO, **tragándose la humillación. Y aprovecha para pedirle-:** Oye, que como tengo que ir al campo con esos señores, necesito un poco de dinero por si tengo que invitarlos a algo.

-¿Cuánto?**- tuerce el gesto** CARLOS.

-Cincuenta pesetas.

CARLOS **saca de un cajón de la mesa un billete.**

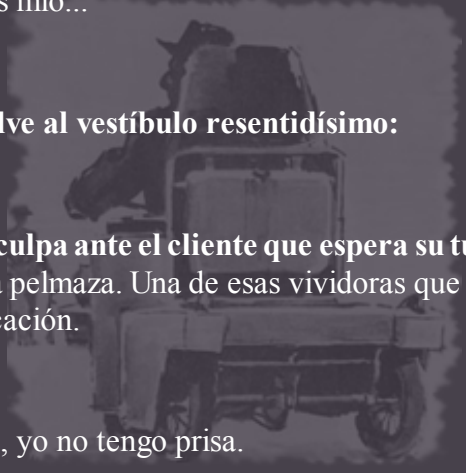
-Toma.

-Oye. Que son cincuenta.

A CARLOS **se le avinagra todavía más la expresión, pero le da otro billete, y tranquiliza a** BLANQUITA**, que sigue haciendo visajes para manifestar su incomodidad:**

-Por Alvarito no se preocupe. Es mi pasante. Y además se va a casar con mi chica. Entonces, dice usted que don Ramiro...

-Ese, ése es el problema, que a ver cómo demuestro yo ahora que el quiosco es mío...



ANSELMO **vuelve al vestíbulo resentidísimo:**

-Perdone **-se disculpa ante el cliente que espera su turno-**. Es que está con una pelmaza. Una de esas vividoras que no saben lo que es la educación.

-No se preocupe, yo no tengo prisa.

-Es igual. De todas las maneras, ya le he dicho que está usted aquí- **y acepta un pitillo, para a renglón seguido franquearse-**: Gracias. A mí no me gusta que defienda ciertos casos. Donde esté la educación, que se quite todo.

-Eso es verdad.

-Entonces... **-ya fumando, pega la hebra-**, entonces, dice usted que lo suyo es abuso de confianza... Algún empleo, supongo...

-Por ahí anda la cosa.

Llega desde el pasillo la voz de YOLANDA**:**

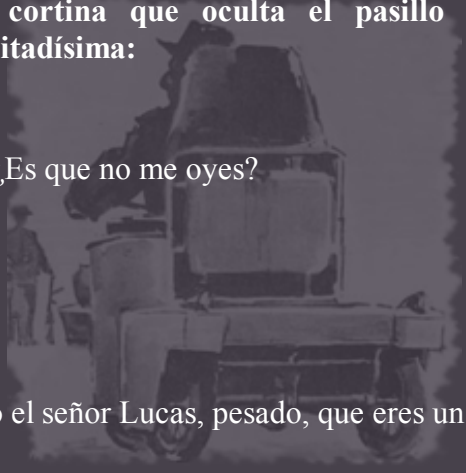
-¡Abuelo!

-Es mi nieta. Usted, siga, siga.

-¡Abuelo!

-Pues, nada. Que yo vengo a ver si su hijo encuentre la manera de... Usted me comprende.

Apartando la cortina que oculta el pasillo aparece YOLANDA**, irritadísima:**



-Pero, ¡abuelo! ¿Es que no me oyes?

-¿Qué pasa?

-¡Que ha llegado el señor Lucas, pesado, que eres un pesado!

-Ah, sí, ya voy... **-Y se justifica ante el tipo del abuso de confianza-**. Bueno, usted me va a perdonar. Es que voy de excursión con unos amigos... Pero quede usted tranquilo, que mi hijo es un genio... Como procurador, ya le digo, colosa1... ¡Es hijo mío!

2. Plaza final trayecto autobús

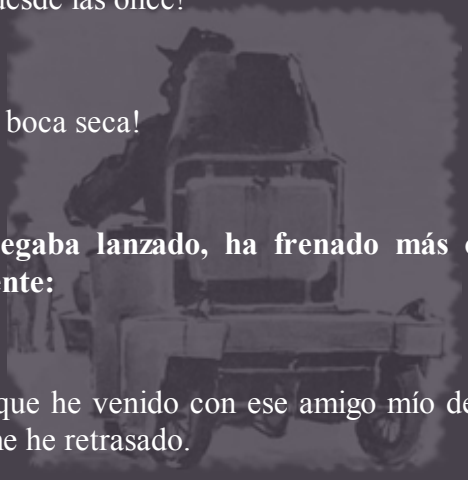
Hace un soleado día de primavera.

La plaza, todavía sin urbanizar, está al borde de la ciudad. Frente a una parada de autobús, media docena de inválidos forman un corro con sus cochecitos. Son PERICO, PEDRO, ARSENIO y PEPE**, entre los treinta y los cuarenta años, y** JULITA y FAUSTINO**, éstos más jóvenes y novios formales.** JULITA **peina a** FAUSTINO **-impedido también de los brazos- y los otros saludan la aparición de** LUCAS**, que llega precediendo a un autobús de dos pisos:**

-Menos mal, mira, ya está ahí Nuvolari.

-¡Ya era hora, hombre!

-¡Estamos aquí desde las once!



-¡Yo ya tengo la boca seca!

LUCAS**, que llegaba lanzado, ha frenado más o menos espectacularmente:**

-Perdonad. Es que he venido con ese amigo mío del que os hablé, y claro, me he retrasado.

-Pero, ¿dónde está?

-En el autobús.

-¿Y por qué no lo has traído tú?

-No, si traerlo lo traía. Pero subiendo una cuesta se me caló el motor, y para no forzarlo le he dicho que cogiera el autobús.

Miran todos hacia ANSELMO**, que con sombrero y sin abrigo, cargado con su paquete de comida, viene hacia ellos cruzando la plaza.**

-Bueno, y ahora, ¿qué hacemos con él?

-Mejor que lo lleves tú, Arsenio -**propone** LUCAS. Tú motor es más potente.

-¡Ni hablar! ¡El motor lo tengo para correr, no para hacer de taxi!

-Hombre, por una vez **-interviene** JULIA**.**

-¡Ni hablar! ¡Que luego se aficiona! **-y tras echarle una mirada atravesada a** ANSELMO**, que ya llega agitando su sombrero, protesta-**: Además, ¿no anda? ¡Pues que se vaya con los que andan, leche!

Quizá ANSELMO **ha oído la última frase, pero no pierde su jovialidad:**

-¡Buenos días, buenos días a todos! **-saluda cordial, derrochando sombrerazos-**. Ustedes me perdonarán, pero es que venía en el segundo piso del autobús, y a mí las escaleras... **-Y se presenta-**: Anselmo Proharán, servidor de todos ustedes.

-Ven, que te voy a presentar **-corta** LUCAS-. Mira, aquí Julita, que es la prometida de ahí, Faustino.

-Y ahora comenzamos con los cumplidos **-sigue rezongando** ARSENIO**.**

ANSELMO**, sorteando los cochecitos, llega hasta** JULITA**:**

-Mucho gusto **-Y tras estrechar la mano de la muchacha le ofrece la suya a** FAUSTINO-. Servidor.

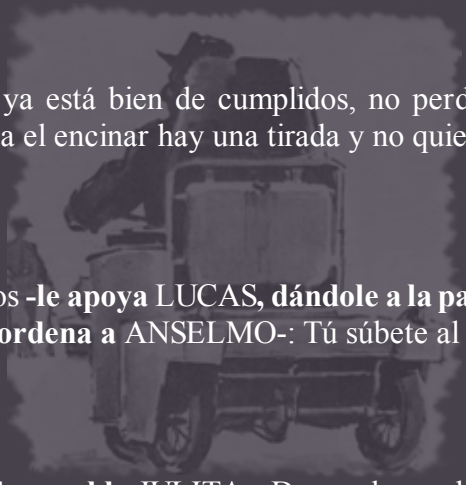
FAUSTINO **baja la mirada, avergonzando de su incapacidad para mover los brazos:**

-No... **-humilla la cabeza.**

-No puede **-explica** JULITA**, con naturalidad. Y sigue presentando-:** Este es Perico.

-Mucho gusto... Anselmo Proharán, servidor de usted...

ARSENIO**, que es todo un carácter, interrumpe las cortesías del jubilado:**



-Bueno, bueno, ya está bien de cumplidos, no perdamos el tiempo, que hasta el encinar hay una tirada y no quiero comer a las tantas.

-Sí, hala, vámonos **-le apoya** LUCAS**, dándole a la palanca de arranque. Y le ordena a** ANSELMO-: Tú súbete al coche de Arsenio.

-Eso **-le anima la amable** JULITA-: Deme, deme el paquete, que irá más cómodo.

-Muchas gracias, guapa **-le entrega el paquete y le acaricia la mejilla-**. Qué parejita tan guapa.

-¡Venga, suba de una vez!

ANSELMO **sube a la trasera y se agarra a los hombros del irascible** ARSENIO**, que súbitamente se niega en redondo a llevarlo:**

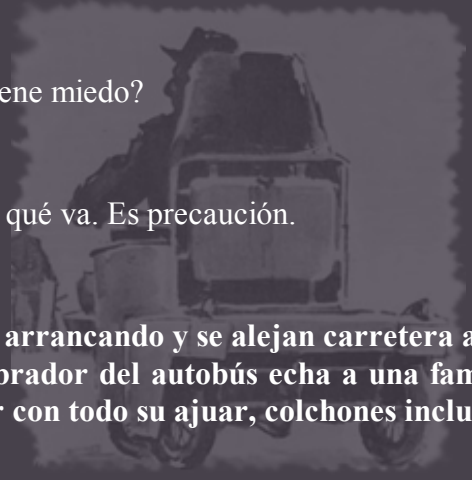
-No, no. Quíteme las manos de encima. Oye, Lucas, yo no lo llevo, pesa mucho y me pone nervioso. Mira, que vaya con Pepe, que además tiene asiento.

El llamado PEPE**, más tolerante y comprensivo, le invita:**

-Sí, hombre. Suba, suba. Mejor que en un Cadillac, ya lo verá.

Sentándose en una especie de repisa que el cochecito tiene en la parte trasera, ANSELMO **le agradece:**

-Muy amable. Pero se lo ruego, no corra usted mucho que...



-¿Qué pasa? ¿Tiene miedo?

-No. Miedo, no, qué va. Es precaución.

Los coches van arrancando y se alejan carretera adelante, mientras el cobrador del autobús echa a una familia que pretendía subir con todo su ajuar, colchones incluidos.

3. Encinar

Al fondo, lejana, la silueta de la ciudad.

La pandilla de impedidos, tonificada por la comida y las libaciones, destroza a coro y alegremente la letra y la música de Tardes del Ritz, interpretada al violín por uno de ellos:

«-Ay, por favor,

no me apriete usté así,

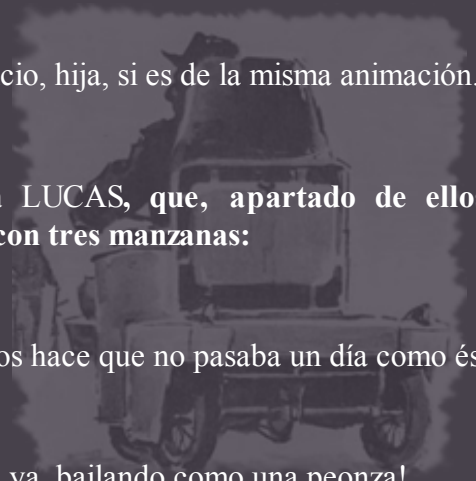
ay, por favor, que me siento morir...

Tenga usted en cuentas que mira mamá,

y si se entera me va a regañar...»

ANSELMO**, feliz, hasta intenta bailar cogido a** JULITA**, o mejor dicho, a su coche. El jubiloso jubilado ha conquistado con su bonhomía a los inválidos, que lo tratan ya como a un igual. Viendo que jadea, la risueña** JULITA **lo detiene:**

-¡Pare, pare **-y le enjuga el sudor-**, que no está usted para estos trotes!



-Si no es cansancio, hija, si es de la misma animación...

Y corre hacia LUCAS**, que, apartado de ellos, hacía malabarismos con tres manzanas:**

-Ay, Lucas, ¡años hace que no pasaba un día como éste!

-¡Ya te he visto, ya, bailando como una peonza!

-¡El tiempo que hacía que no veía el campo!

-Y tú quieres que me quede en Madrid tomando el sol contra una tapia... ¿Te das cuenta de lo que es el coche?

-Ya veo, ya veo, tenéis el campo en la mano **-abraza el paisaje con un gesto, y sigue, entusiasta-**. El aire puro, los árboles, la Naturaleza... ¡Una gran cosa el cochecito, ya lo creo que sí! **-y como si el vehículo fuera un caballo, le da unas afectuosas palmaditas al manillar.**

Uno de los motorizados le tiende un catálogo:

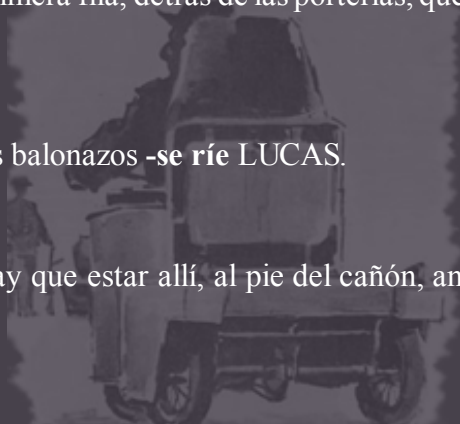
-Don Anselmo, usted lo que tiene que hacer es comprarse uno y unirse a la pandilla. Mire, mire, mire qué modelos.

-A ver, a ver.

-¿A usted le gusta el fútbol?

-¡Hombreee! **-**ANSELMO **ha sacado las gafas para ver el catálogo.**

-Nosotros somos socios del Real Madrid y vamos a todos los partidos. Y en primera fila, detrás de las porterías, que es donde mejor se ve.



-Lo malo son los balonazos **-se ríe** LUCAS.

-Eso sí. ¡Pero hay que estar allí, al pie del cañón, animando a los jugadores!

JULITA **y** FAUSTINO **quieren seguir cantando, y cortan la disertación deportiva:**

-¡Venga, a cantar!

-¡Y a ver si ahora nos sale mejor!

-¡Eso, eso! **-**ANSELMO **se olvida del catálogo y corre a colocarse en el centro del grupo-:** ¡Yo dirijo!

Efectivamente, alza los brazos, y con el catálogo enrollado como batuta da la entrada al coro y al violín:

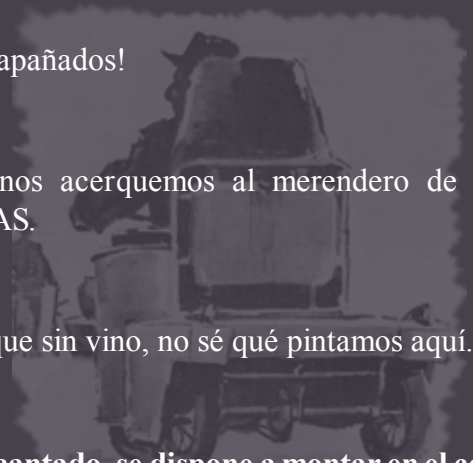
«Yo acostumbro todas las tardes,

a merendar en el Hotel Ritz...»

El viejo cuplé impregna de una dulce melancolía el atardecer. Pero el intratable ARSENIO**, que estaba amodorrado, sale de su siesta tan protestón como siempre:**

-¡Ya está bien de música, coño! ¡A ver! ¿Dónde esta el vino?

-No queda ni gota.



-¡Pues estamos apañados!

-¿Queréis que nos acerquemos al merendero de Manolo? **-propone** LUCAS.

-¡Eso, eso! Porque sin vino, no sé qué pintamos aquí.

ANSELMO**, encantado, se dispone a montar en el coche que lo ha traído y ofrece:**

-¡Yo pago dos botellas!

-No, lo siento, pero ahora no le puedo llevar **-lo rechaza** PEPE, **que se justifica-:** El camino está muy malo y si pincho...

-Pero...

-Tiene razón Pepe **-interviene** LUCAS**, metiendo ya la marcha de su vehículo-**. Además, es todo cuesta. Lo mejor es que te quedes aquí.

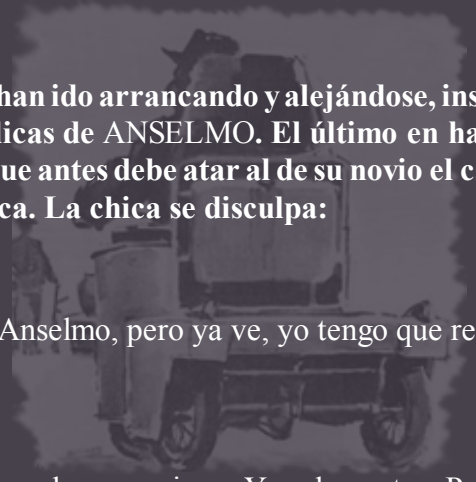
-Pero, ¿cómo me voy quedar solo? **-pregunta desolado** ANSELMO**, devuelto tan brutalmente a su triste condición de peatón. Y le suplica a** JULITA-: Dile que me lleve...

-Pepe, hombre...

-Que no, que con tanto peso pincho y me quedo tirado.

-¡Lucas, llévame tú!

-¡Que no, que es mejor para ti que te quedes! ¡Tú no te muevas, que luego te traemos vino fresco!



Los cochecitos han ido arrancando y alejándose, insensibles todos a las súplicas de ANSELMO**. El último en hacerlo es el de** JULITA**, que antes debe atar al de su novio el cable con el que lo remolca. La chica se disculpa:**

-Lo siento, don Anselmo, pero ya ve, yo tengo que remolcar a Faustino...

-No, si te comprendo -se resigna. Y se lamenta-: Pero a ver cómo vuelvo yo a pie...

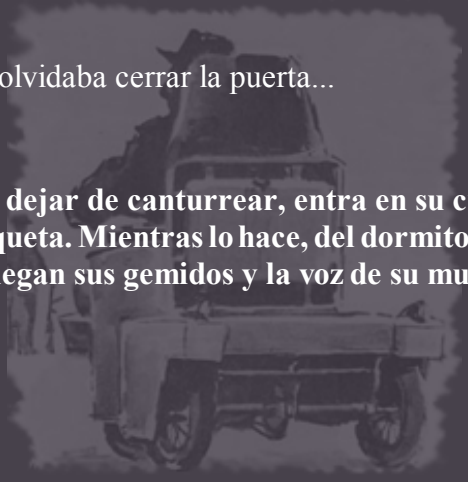
-Que no, hombre. Compramos el vino y volvemos **-le asegura** FAUSTINO**, del que ya tira** JULITA.

ANSELMO**, personificación del abandono y de la impotencia, ha quedado solo entre las encinas. Tras unos instantes en los que es incapaz de tomar cualquier tipo de decisión, maquinalmente, baja los ojos al catálogo que tenía en la mano. Saca lentamente las gafas. Y empieza a hojear las páginas del catálogo, llenas de modelos de cochecitos.**

Bloque C

1. Casa de don ANSELMO

En el baño, ANSELMO**, que se acaba de arreglar para salir a la calle, canturrea mientras se pone en los ojos unas gotas de colirio. Luego recoge el catálogo de los cochecitos para inválidos, y sale al pasillo. Pero retrocede para, hablando consigo, reprenderse:**



-Mira, ya se me olvidaba cerrar la puerta...

La cierra y, sin dejar de canturrear, entra en su cuarto en busca de la chaqueta. Mientras lo hace, del dormitorio de su hijo CARLOS **llegan sus gemidos y la voz de su mujer:**

-¡Ay!

-Cállate, hombre. Cómo te pones por un catarro.

-¡Ay, ay! Pulmonía, es pulmonía...

-Por Dios, qué aprensivo eres.

ANSELMO**, ya con su chaqueta en las manos, va hacia el lugar de donde provienen los ayes cerrando ventanas, que debe ser una de sus manías.**

-¡Asunción, la cataplasma, que se enfría el señorito!

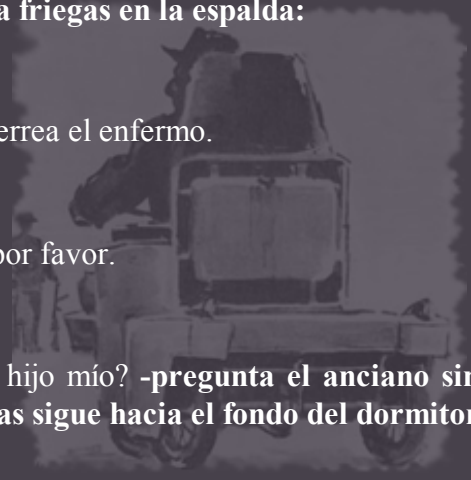
-¡Enseguida va, señorita!

Al pasar ANSELMO **ante la puerta, se ve en la cocina a la criada, preparando la cataplasma, y a** YOLANDA **cebando a su novio** ALVARITO**, que come a dos carrillos:**

-¿Te tuesto más pan, amor?

-Hombre, claro. Pero no le quites la miga.

Poniéndose la chaqueta, ANSELMO **entra en el dormitorio de su hijo;** CARLOS **yace en la cama, boca abajo, y** MATILDE **le da friegas en la espalda:**



-¡No, ahí no! -berrea el enfermo.

-Estate quieto, por favor.

-¿Cómo va eso hijo mío? **-pregunta el anciano sin ningún interés, mientras sigue hacia el fondo del dormitorio.**

-Mal **-informa** CARLOS**, casi ininteligible, porque tiene la boca pegada a la almohada-**. Pulmonía doble, papá.

Mientras ANSELMO **saca del armario ropero una caja de hojalata, un envase de dulce de membrillo,** MATILDE **habla con su marido:**

-Si no te hubieras quitado la faja... Que la primavera es muy traidora, CARLOS.

-Pero, mujer, si hace calor... Ayayay...

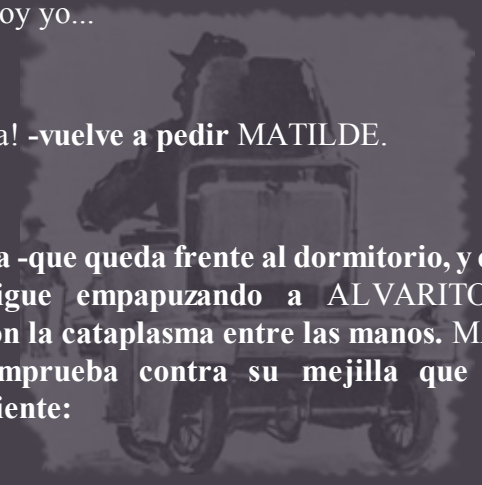
Con la caja en las manos, ANSELMO **le echa una mirada de conmiseración:**

-Qué juventud...

Y sentándose en el borde de la cama, busca entre la bisutería que contiene la caja, que resulta ser un joyero. Su nuera, sin interrumpir las friegas, le advierte:

-Un día, con esa manía de emperejilarte, te lo van a robar todo en el metro.

-Para metro estoy yo...



-¡La cataplasma! **-vuelve a pedir** MATILDE.

Desde la cocina -que queda frente al dormitorio, y en la que YOLANDA **sigue empapuzando a** ALVARITO**- viene** ASUNCIÓN **con la cataplasma entre las manos.** MATILDE **la coge y comprueba contra su mejilla que no está demasiado caliente:**

-Trae. A ver.

El catálogo de los cochecitos ha debido hacer germinar en la mente del jubilado una idea. No se atreve a hablar de ella francamente ante los suyos, pero poniéndose un anillo que saca del joyero, dice alusivo:

-Voy a tener que hacer algo... Las piernas me fallan una barbaridad.

Naturalmente, nadie le hace caso. MATILDE **le acaba de aplicar la famosa cataplasma a su marido, que aúlla:**

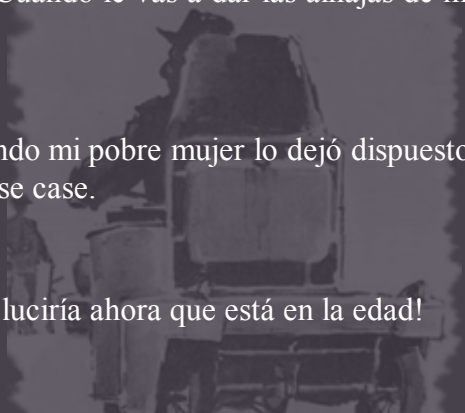
-¡Quema, quema!

-Aguanta, quejica.

ANSELMO**, que ha sacado de la caja un alfiler de corbata, amaga un desfallecimiento de las piernas al ponerse en pie, pero ni su muera ni mucho menos su hijo lo advierten:**

-Vaya por Dios... **-y le da el alfiler a** MATILDE**, para que se lo ponga-**. Me haces el favor...

-Sí. Trae -MATILDE**, prendiéndole el alfiler, aprovecha para preguntarle-**: ¿Cuándo le vas a dar las alhajas de mamá a la nena?



-Se las daré cuando mi pobre mujer lo dejó dispuesto: cuando se case, cuando se case.

-¡Con lo que las luciría ahora que está en la edad!

Aunque su nuera está muy dulce con él -incluso le arregla la ropa y le hace una caricia-, ANSELMO **se aparta con un terminante:**

-¡He dicho que no!

CARLOS **alza la cabeza:**

-¿A dónde vas? **-le pregunta** CARLOS.

-A un entierro **-y vuelve a su labor de zapa-**: Tú a cuidarte, que para enfermo, bastante estoy yo. No sé, pero estas piernas me van a dar un disgusto.

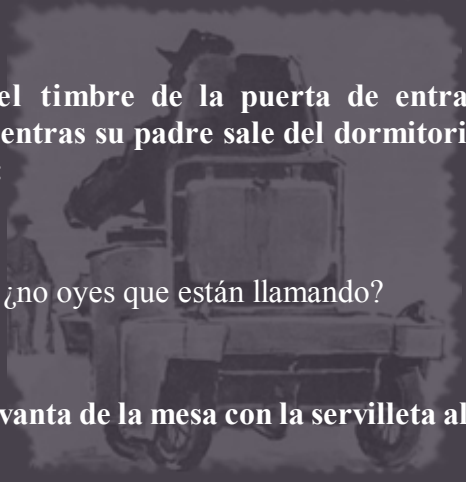
Tampoco ahora surte efecto la alusión a sus piernas. CARLOS**, en cambio, se interesa vivamente por el sepelio:**

-¿Quién se ha muerto?

-Un compañero **-**ANSELMO **ya va hacia la puerta-**. Un antiguo compañero del ministerio.

-Ah. **-Y aunque no tiene ni idea de quién sea el muerto, le indica-**: Deja mi tarjeta.

-Sí, desde luego.



Está sonando el timbre de la puerta de entrada, y el procurador, mientras su padre sale del dormitorio, clama hacia la cocina:

-¡Alvarito! Pero ¿no oyes que están llamando?

El pasante se levanta de la mesa con la servilleta al cuello y la boca llena:

-Voy, voy... Es que estaba desayunando, y claro...

-Siempre comiendo... Anda, debe ser el Sr. Iglesias. En cuando falto yo, aquí todo va manga por hombro...

-Olvídate del bufete por un momento **-cubre** MATILDE **a su marido, mirándolo-**, y acuéstate, pobrecito mío, que estás muy malito.

ALVARITO **alcanza a** ANSELMO **en el pasillo:**

-¿Me deja pasar, don Anselmo?

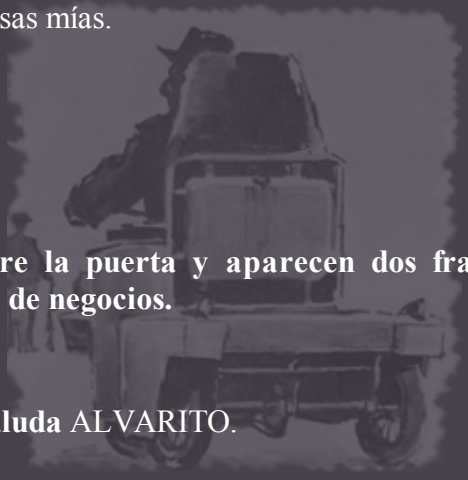
-Pasa... Oye **-inquiere el anciano, ya en el vestíbulo-**. Los asuntos de mi hijo, ¿cómo van? Económicamente, digo.

-Muy bien, muy bien, cada día mejor.

-¿Sí?

-¿Por qué lo dice?

-Nada, nada. Cosas mías.



-Ah, ya.

ALVARITO **abre la puerta y aparecen dos frailes con sendas carteras de negocios.**

-Buenos días **-saluda** ALVARITO.

-Buenos días **-corresponden, untuosos, los frailes**.

-Con permiso -ANSELMO**, despidiéndose del pasante, se cuela entre ellos-**: Adiós, Alvarito.

-Adiós, adiós.

-¿Está el señor procurador? **-pregunta uno de los frailes**. ALVARITO**, receloso, plantea una cuestión de principio:**

-Pero, ¿se trata de un asunto profesional, del bufete quiero decir, o... o es una cosa de caridad?

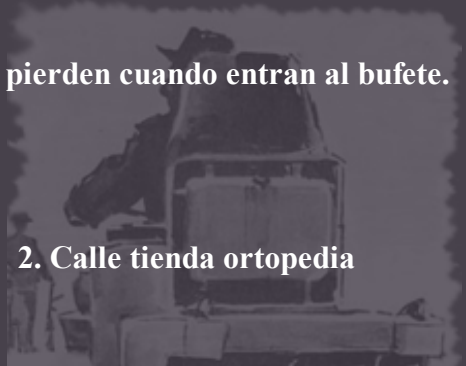
-El padre prior le explicará **-cede la palabra a su superior uno de los religiosos.**

-Profesional, un interdicto.

-Ah. ¡Adelante, pasen! **-cambia de actitud** ALVARITO**, que les cede el paso hacia el bufete-**. El señor Proharán está enfermo, pero yo soy su pasante. ¿De qué se trata, exactamente?

-Pues... Verá usted. Resulta que la comunidad...

Sus palabras se pierden cuando entran al bufete.



2. Calle tienda ortopedia

ANSELMO **no iba a un entierro.** ANSELMO**, que en los últimos tiempos se ha visto abandonado por el motorizado** LUCAS**, su amigo de toda la vida, ha concebido la idea de comprarse un cochecito, y tras dudarlo mucho se ha decidido a interesarse por los precios. Pero ahora, ya allí, ante la ortopedia editora del catálogo, no se atreve a entrar, y va y viene por la acera echando furtivas miradas al escaparate y al interior de la tienda. En estas idas y venidas le sorprende la salida de un hombre sin brazos, que con enorme naturalidad monta en una moto acondicionada para que sujete el manillar con los muñones. Cuando el mutilado arranca y se incorpora tan campante al tráfico rodado, el aspirante a impedido no lo duda más y entra en la ortopedia.**

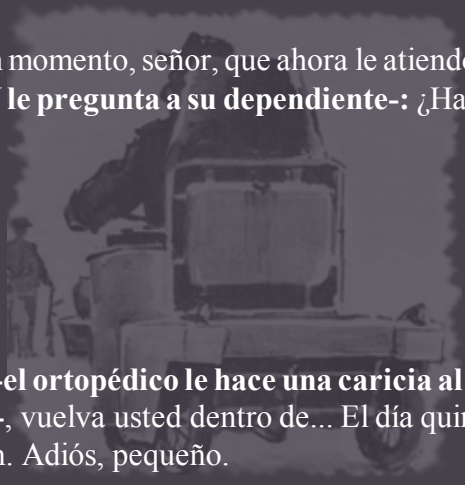
3. Ortopedia

En el mostrador de la siniestra tienda está sentado un niño al que toma medidas de una pierna el ortopédico:

-... Veintidós... Y siete de apertura... Articulación en acero inoxidable.

Suena la campanilla de la puerta y entra ANSELMO**:**

-Buenos días.



-Buenos días. Un momento, señor, que ahora le atiendo **-saluda el ortopédico. Y le pregunta a su dependiente-:** ¿Has tomado nota de todo?

-Sí. Ya está.

-Bien, entonces **-el ortopédico le hace una caricia al niño y le dice a su padre-**, vuelva usted dentro de... El día quince. Verá que todo irá bien. Adiós, pequeño.

-Muchas gracias, don Hilario.

-Adiós, adiós.

El padre carga con el niño y el ortopédico los acompaña hacia la puerta; al pasar le dice a ANSELMO**, que se ha sentado en un banco junto a un par de clientas de humilde aspecto:**

-Un segundo y soy con usted.

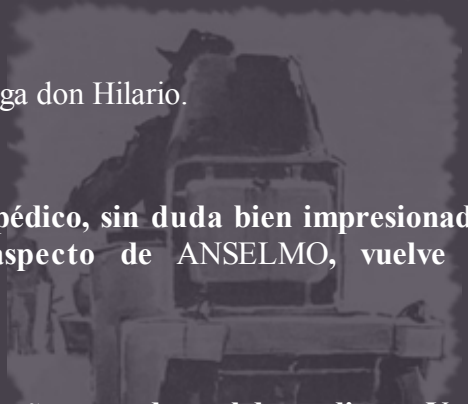
-Jolines, don Hilario **-protestan las clientas-**, que llevamos media hora esperando para el braguero...

Sin hacerles ningún caso, el ortopédico despide al padre del niño:

-Una cosa. La botita, ¿se la pongo marrón o negra?

-Pues no sé qué decirle... Como no ha venido mi señora...

-Yo creo que marrón, porque negra para un niño hace un poco triste, ¿no?



-Lo que usted diga don Hilario.

Y sale. El ortopédico, sin duda bien impresionado por el aburguesado aspecto de ANSELMO**, vuelve a darle preferencia:**

-Atienda a estas señoras **-ordena al dependiente. Y se inclina ante el jubilado-**. A su disposición, caballero, ¿qué desea?

-Sí, buenos días...

-Venga, venga **-le invita el ortopédico, llevándolo hacia el mostrador.**

-Sí. Mire... **-y a cuenta de la bata blanca del titular de la tienda, le concede el título de** MÉDICO-. Mire usted, doctor... Verá... Yo tengo un hermano impedido y quería saber el precio de los coches...

-Ah, muy bien, pase por aquí -le cede el paso hacia la trastienda-, precisamente tenemos un modelo recién llegado.

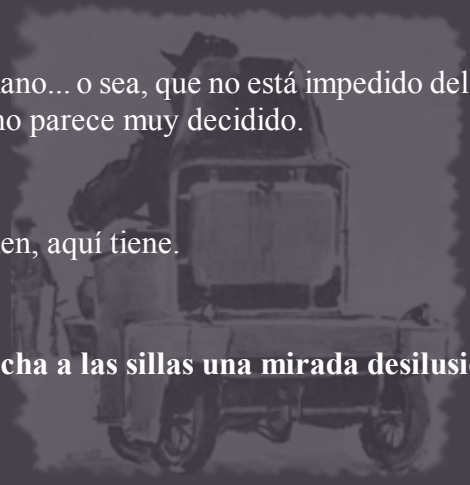
-¿Por aquí?

-Adelante, adelante. Ahora verá.

-No se moleste, yo...

-Por Dios, no es molestia. Adelante.

La tímida resistencia del anciano se debe a su temor a comprometerse:



-Es que mi hermano... o sea, que no está impedido del todo... Y además su hijo no parece muy decidido.

-Comprendo. Bien, aquí tiene.

ANSELMO **le echa a las sillas una mirada desilusionada:**

-¿Estas sillas?

-Mire este prototipo. Liviano, práctico, con su freno...

-Ya veo, ya. Pero estas sillas no tienen motor **-el jubilado saca del bolsillo el catálogo-**. Y a mí me han dado este catálogo.

-Ah, ya comprendo **-el ortopédico parece llevarse un alegrón-**. Entonces, su hermano hace vida normal...

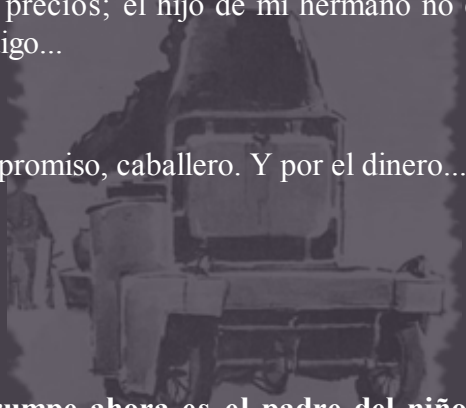
-A medias...

-Pues venga usted por aquí.

Vuelven a la tienda, en la que el dependiente discute con las dos clientas la calidad y el tamaño del braguero. El ortopédico ha cogido otro catálogo del mostrador, y mostrándoselo al jubilado, se embala en el tono de un charlatán de feria:

-Le voy a enseñar la última palabra de la técnica moderna. Esto sí que es una verdadera revolución en vehículos para impedidos. Fíjese qué maravilla. De construcción nacional, pero con licencia americana. Vea. Ultramoderno, aerodinámico. Aquí tiene el perfil, el alzado y la planta. Un artículo de total y absoluta garantía.

-Ya, ya **-trata de interrumpirle** ANSELMO-: Pero yo sólo quería saber los precios; el hijo de mi hermano no está muy decidido, ya le digo...



-Sin ningún compromiso, caballero. Y por el dinero...

-Don Hilario...

Quien le interrumpe ahora es el padre del niño, que ha vuelto con una duda:

-Sí, diga.

-Verá. Es que como el niño tiene que hacer la primera comunión, a ver si es posible ponerle la botita blanca.

-Faltaría más. Entonces yo tengo mucho gusto en regalarle la botita al niño **-y le hace una caricia a la criatura-**. Verás qué guapo vas a estar, angelito.

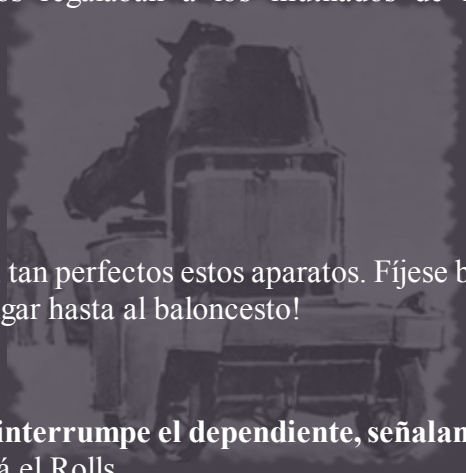
-Muchas gracias Don Hilario.

-Adiós, adiós... **-y reanuda su monólogo volviéndose hacia** ANSELMO**-**: Como le digo, por el dinero no se preocupe, mi profesión tiene mucho de sacerdocio. Usted se lleva el catálogo y que lo vean en su casa. Y después hablaremos.

-No, el precio... Le repito que el precio no será un problema, nos arreglaremos. A mí lo que me interesa es que ustedes vean el artículo. Las cosas hay que verlas, usted me comprende...

-El precio... -insiste en vano el anciano.

-El modelo está sacado de uno que han inventado los americanos **-continúa impertérrito el ortopédico-**. Mire, estos cochecitos se los regalaban a los mutilados de la última guerra...



-Ya, ya, pero...

-... y por eso son tan perfectos estos aparatos. Fíjese bien, ¡con ellos se puede jugar hasta al baloncesto!

-Don Hilario **-le interrumpe el dependiente, señalando hacia la calle-**, ahí está el Rolls.

Contentísimo con la noticia, el ortopédico lleva hacia la puerta a ANSELMO**:**

-¿Ha oído? Hasta en Rolls vienen a esta casa. Por favor, acompáñeme **-se lleva al viejo hacia la calle-**. Esta señora es una marquesa, la marquesa de... **-bisbisea el título, y luego sigue-** que tiene un hijo paralítico... como su hermano, más o menos, ahora lo verá... Me ha encargado un coche de lujo de dos plazas... Permite.

Y se adelanta para precipitarse hacia el espectacular Rolls Royce aparcado junto a la acera.

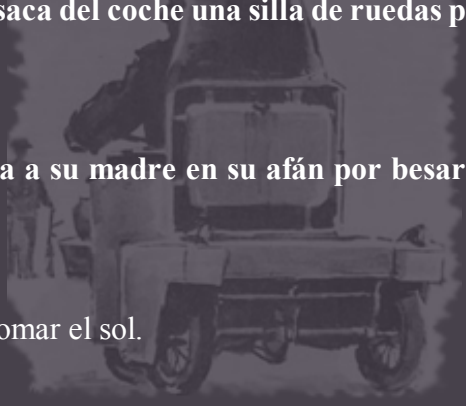
4. Calle tienda ortopedia

Del asiento delantero se apean dos chóferes uniformados, y el ortopédico abre la portezuela trasera, obsequiosísimo:

-Buenos días señora marquesa. ¿Cómo está la señora marquesa?

-Bien **-responde, seca, la elegante señora que comparte el asiento trasero con su hijo, un tipo que debe andar por los treinta años, mentecato el pobre, además de paralítico.**

-¿Qué tal, don Vicente? **-el ortopédico le hace fiestas, como si se tratara de un niño, y saluda a uno de los dos chóferes, un tipo gordo que saca del coche una silla de ruedas plegable-**. Hola, Álvarez.



VICENTE **babea a su madre en su afán por besarla, y ella lo aparta:**

-Anda, anda, a tomar el sol.

Mientras el llamado ÁLVAREZ **despliega la silla, el ortopédico extrae del coche al inválido:**

-Vamos a ver, don Vicente, arriba... A ver esas piernas... Eso es... Con cuidado...

ANSELMO**, que sigue todas las operaciones muy interesado, le echa una mano a** ÁLVAREZ**, que le agradece:**

-Muchísimas gracias.

-De nada.

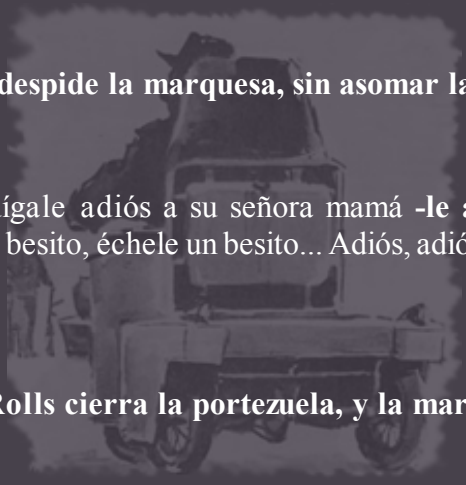
Y sujeta la silla mientras entre el ortopédico y ÁLVAREZ **instalan en ella a** VICENTE**:**

-Cuidado.

-Yo sujeto.

-Muy amable.

-Ya está.



-Adiós, hijo **-se despide la marquesa, sin asomar la cabeza.**

-Don Vicente, dígale adiós a su señora mamá **-le anima el ortopédico-**. Un besito, échele un besito... Adiós, adiós, señora marquesa.

El chófer del Rolls cierra la portezuela, y la marquesa se despide:

-Adiós. Y dese prisa con el coche.

-No faltaba más señora marquesa -al ortopédico no le falta más que echarse al suelo-. Yo le doy mi palabra de honor que el coche estará lo antes posible. Si ha habido alguna demora, ya sabe la señora marquesa que no ha sido culpa nuestra...

-Vámonos **-ordena la marquesa.**

El automóvil arranca, pero el ortopédico sigue despidiéndose:

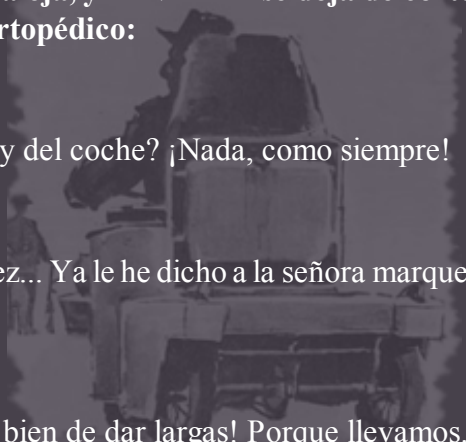
-El retraso es imputable únicamente a la fábrica... Adiós señora marquesa... Siempre a sus órdenes.

-Adiós, señora marquesa **-levanta la gorra de su uniforme** ÁLVAREZ.

-A sus pies, señora **-se destoca** ANSELMO**, para no ser menos.**

-Adiós, adiós **-persigue el ortopédico al Rolls dando unos pasos.**

El automóvil se aleja, y ÁLVAREZ **se deja de cortesías y se encara con el ortopédico:**



-Bueno, ¿qué hay del coche? ¡Nada, como siempre!

-Hombre, Álvarez... Ya le he dicho a la señora marquesa que es cuestión de días.

-¡Es que ya está bien de dar largas! Porque llevamos...

-Un momento, le voy a presentar **-echa balones fuera el ortopédico-:** mire, este señor tiene un hermano paralítico y...

-Anselmo Proharán **-se presenta el jubilado.**

-Mucho gusto **-le estrecha la mano** ÁLVAREZ-, encantado de saludarle. ¿Paralítico parcial o total?

-¿Cómo dice?

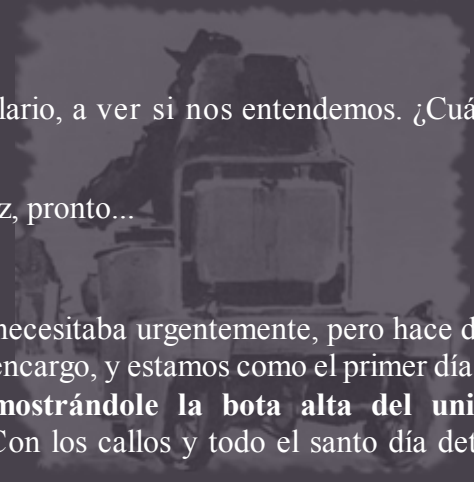
-Me refiero a su hermano.

-Ah, ya. No, es que le fallan las piernas.

-Mire, don Anselmo **-el ortopédico ya se ha quedado con su nombre-**, éste es don Vicente... Don Vicente, mire, aquí don Anselmo...

-Mucho gusto, señor marqués.

VICENTE **parece que tampoco puede hablar, pero retorciéndose en la silla consigue estrechar la mano del anciano mientras** ÁLVAREZ **vuelve a enfrentarse con el ortopédico:**



-Bueno, don Hilario, a ver si nos entendemos. ¿Cuándo va a estar el coche?

-Pronto, Álvarez, pronto...

-Le dije que lo necesitaba urgentemente, pero hace dos meses que hicimos el encargo, y estamos como el primer día **-levanta una pierna, mostrándole la bota alta del uniforme a** ANSELMO-: Con los callos y todo el santo día detrás de la silla...

-Mire, Álvarez. Yo el coche lo he reclamado veinte veces. Vaya usted a la fábrica y... **-e insiste, encantado, de matar dos pájaros de un tiro-.** Eso, vaya a la fábrica, y de paso me hace el favor de acompañar aquí, al señor Proharán, que quiere ver un modelo.

-No, si lo mío no es urgente **-trata de aclarar.**

-Mire, se lo advierto. ¡Yo voy a la fábrica, pero armo el escándalo! **-amenaza** ÁLVAREZ**, girando ya la silla.**

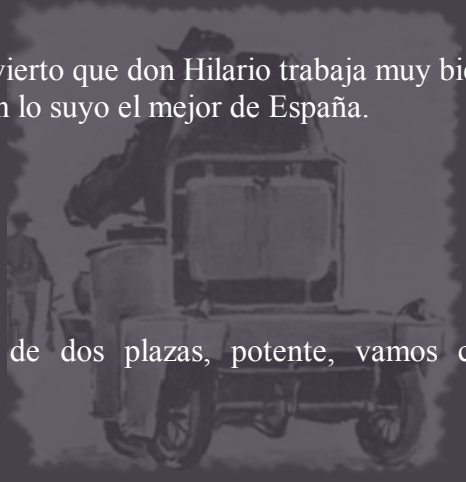
-De acuerdo, arme lo que quiera.

-Es que usted no me conoce a mí...

-Vaya con él... **-anima el ortopédico a** ANSELMO**, que ha quedado entre ambos, indeciso-.** Vea, vea el modelo y luego decida.

-Vamos **-le invita** ÁLVAREZ **expansivo, y el viejo jubilado dejándose llevar-.** Entonces, ¿usted también tiene encargado un coche?

-No, no, yo sólo quería saber los precios. Para mi hermano...



-Ah, ya... Le advierto que don Hilario trabaja muy bien. Es un informal, pero en lo suyo el mejor de España.

-Ya.

-El nuestro es de dos plazas, potente, vamos como un automóvil...

El ortopédico los seguía con la mirada, aguzando la oreja para escuchar su diálogo. Pero sale el dependiente:

-Don Hilario, al teléfono.

-Informal yo... Habrase visto...

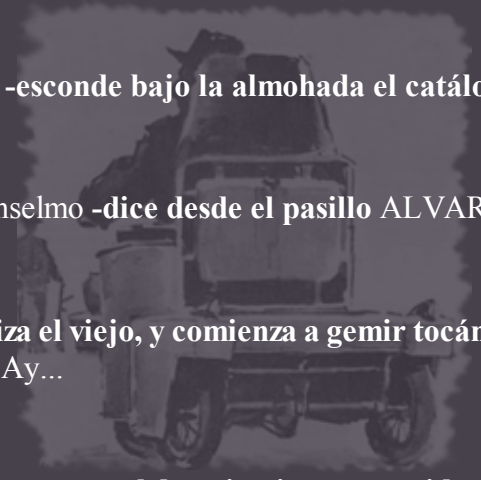
Y entra, mientras ÁLVAREZ **y** ANSELMO **se alejan empujando la silla.**

Bloque D

1. Casa de DON ANSELMO

Primeras horas de la mañana.

ANSELMO**, en pijama, hojea su catálogo sentado en el borde de su carpa. Alguien da unos golpes en la puerta:**



-¡Un momento! **-esconde bajo la almohada el catálogo.**

-Soy yo, don Anselmo **-dice desde el pasillo** ALVARITO.

-¡Entra! **-autoriza el viejo, y comienza a gemir tocándose las piernas-:** Ay... Ay...

ALVARITO **irrumpe en el dormitorio muy vestido de sport, con unas cañas de pescar. Se extraña al ver al abuelo de su novia en pijama:**

-Pero, ¿qué le pasa? ¿No viene a la sierra?

-¡Si ya os lo había advertido! ¡Mis piernas!

-Pues mire qué cebo le había preparado **-se sienta junto a él y le muestra las lombrices que tiene en un bote-**. Vivitas y coleando.

-Ya lo siento, Alvarito. Pero yo acabo como Lucas, ya lo veréis...

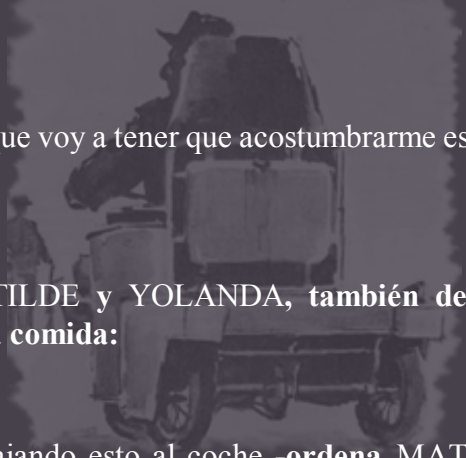
CARLOS**, que también viene vestido de excursionista, trae un bastón en la mano:**

-No digas tonterías, papá, eso es el cambio de tiempo **-le da el bastón-.** Toma, se lo hemos pedido a los del segundo.

Su padre lo coge, escéptico:

-Trae. Pero esto y nada...

-No se acostumbre al bastón **-le aconseja** ALVARITO-. Una tía mía...



-¿Bastón? A lo que voy a tener que acostumbrarme es a la silla de ruedas...

Aparecen MATILDE **y** YOLANDA**, también de campo, cargadas con la comida:**

-Ya podéis ir bajando esto al coche **-ordena** MATILDE. **E increpa ásperamente a su suegro-:** Qué pesado te estás poniendo con la silla de ruedas.

CARLOS **ni siquiera lo comenta; probando el tiento de una de las cañas de pescar, le dice a su pasante:**

-Nada. No me gustan. Poco flexibles.

-Es que no había otras **-se justifica** ALVARITO-. Pruebe a ver si con este aparejo le va mejor. Yo creo que sí, ¿no?

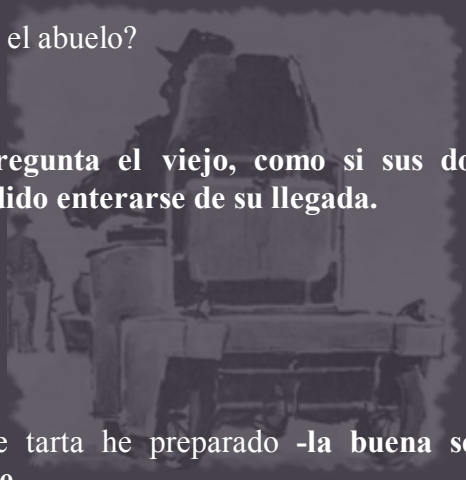
-Con permiso... **-quien entra ahora es la madre del pasante.**

-Adelante, adelante.

-Pasa, pasa, mamá... **-y** ALVARITO **le informa al viejo-**: Es mi mamá.

Todos los esfuerzos de ANSELMO **por despertar la piedad de su familia resultan vanos: las mujeres se saludan besuqueándose, y el procurador y su pasante, que no tienen ni idea de pesca, hablan de las cañas como si fueran unos expertos. Finalmente, la madre de** ALVARITO **se interesa:**

-Pero, ¿no viene el abuelo?



-¿Quién es? **-pregunta el viejo, como si sus dolores le hubieran impedido enterarse de su llegada.**

-Es mi mamá.

-Mire, mire que tarta he preparado **-la buena señora le muestra el dulce.**

-Ah, sí... No, muchas gracias. Lo siento, pero con mis piernas...

Como la enésima referencia a miembros inferiores tampoco provoca el interés de los reunidos, el anciano levanta la voz para que lo oigan todos:

-¡Me quedo invalido, invalido como el pobre Lucas!

Es inútil, los excursionistas, sin hacerle caso, se van hacia la puerta. ANSELMO **retiene a** ALVARITO**:**

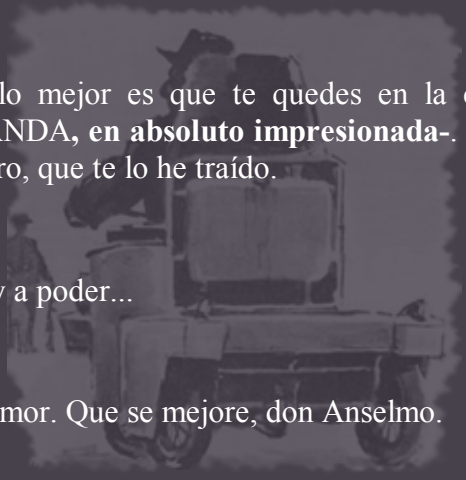
-Oye, ¿qué dices que le pasó a esa tía tuya?

-Nada. Que se acostumbró al bastón y le tuvieron que cortar la pierna por aquí **-señala sobre el muslo del viejo.**

-Quita, hombre, qué barbaridad...

-Venga, un beso, abuelo **-se despide** YOLANDITA**, que esperaba a su novio.**

-Adiós, hija, adiós **-la besa, y aprovecha para doblar las rodillas, amagando una caída-:** Ay, de mí...



-Tienes razón, lo mejor es que te quedes en la cama **-le aconseja** YOLANDA**, en absoluto impresionada-**. Mira, lee el Blanco y Negro, que te lo he traído.

-No, no sé si voy a poder...

-Anda, vamos, amor. Que se mejore, don Anselmo.

-Adiós, hijo.

Apenas queda a solas, el anciano cambia de actitud:

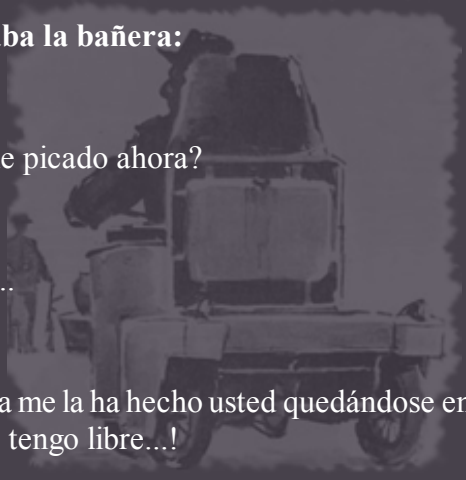
-¡Menos mal que se han ido! **-deja de fluir, saca de debajo de la cama el catálogo y arroja el bastón con rabia-.** ¡Bastón! ¡Bah!

Asomándose al pasillo se cerciora de que los excursionistas ya han salido del piso, y vuelve a sentarse en la cama a estudiar el catálogo. Poco después por el balcón abierto le llegan las voces de los suyos, que han llegado a la calle. Se levanta, y desde el balcón los ve montar, CARLOS, MATILDE **y la madre del pasante en un seiscientos,** ALVARITO y YOLANDA **en una vespa. Apenas arrancan, el anciano recoge el bastón y sale de su dormitorio en busca de la criada:**

-Asunción... Asunción...

-¡Eeeeh!

La chica limpiaba la bañera:



-¿Qué bicho le he picado ahora?

-Oye, Asunción...

-Ande, que buena me la ha hecho usted quedándose en la cama. ¡Para un día que tengo libre...!

-Que no, que voy a salir... Pero luego no se lo digas a ellos.

ASUNCIÓN **cambia de tono inmediatamente:**

-Ah, bueno... Verá, es que como yo creía que se iban todos a la sierra, le había dicho a un primo mío que está abajo que subiera a comer conmigo...

-¡A mí no me metas en alcahueterías!

-Ya. ¿Y usted a mí, sí? Muy bonito. -Y propone, conciliadora-: Hacemos un trato. ¿Le digo que suba, verdad?

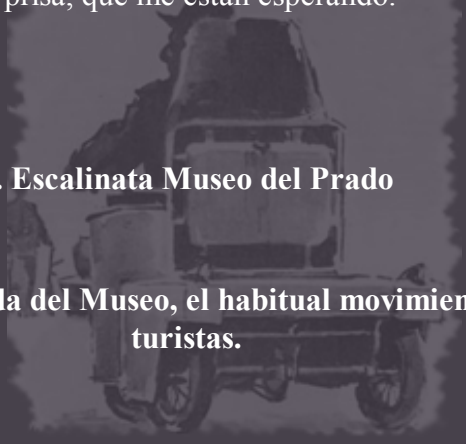
-¡Yo me inhibo, yo no quiero saber nada! **-el anciano trata de eludir el compromiso. Pero a renglón seguido acepta tácitamente-:** Oye, que no le vea la portera, porque como le vea se descubrirá el pastel.

-No se preocupe, ya me las apañaré yo.

-Bien. Tráeme el traje nuevo.

-Ahora mismo. Y además, se lo plancho.

-Bueno, pero de prisa, que me están esperando.



2. Escalinata Museo del Prado

En la entrada del Museo, el habitual movimiento de turistas.

Al pie de la escalinata, Faustino, el impedido de piernas y brazos que ANSELMO **conoció el día que** LUCAS **lo llevó al campo, se gana la vida con un puestecito de tarjetas postales, carteles de toros y guías.** VICENTE**, el hijo de la marquesa, se está comiendo un bocadillo, pero quiere una barra de chocolate.**

-Chochotate... Chochotate...

-¿Tienes dinero?

-Sí... Hiii... Hiii… -Vicente le indica el bolsillo superior de su chaqueta al niño que sirve de secretario a Faustino.

El niño le saca del bolsillo unos billetes y le pregunta a FAUSTINO**:**

-¿Cuánto?

-Un duro.

El niño separa un billete de cinco pesetas, y considera la posibilidad de quedarse con algo. Pero en lo que se refiere al dinero, parece que VICENTE **no tiene nada de subnormal:**

-No... No... Hiii, hiii... **-farfulla, señalando su bolsillo. Y una vez a buen recaudo su capital, hasta le gasta una bronca al niño: le ofrece el chocolate, y cuando lo va a coger, lo retira riéndose-.** Ji... Ji... Ji...

-Anda, dile a Julita que te dé el pañuelo **-le pide** FAUSTINO **al niño.**

JULITA **está junto a un banco en el que se han sentado** ÁLVAREZ **-de paisano y comiéndose otro bocadillo- y** ANSELMO**, a quien la inválida le está haciendo un retrato:**

-Mire, don Anselmo, yo no vuelvo por la ortopedia porque me da una vergüenza horrible. He tratado de disculparle a usted por todos los medios, usted ya sabe cómo soy. Pero tiene que reconocer que don Hilario tiene razón.

-¿Por qué?

-Hombre, porque si usted le encarga el coche, y luego no va a verlo siquiera...

-Yo, en firme, no le he encargado nada.

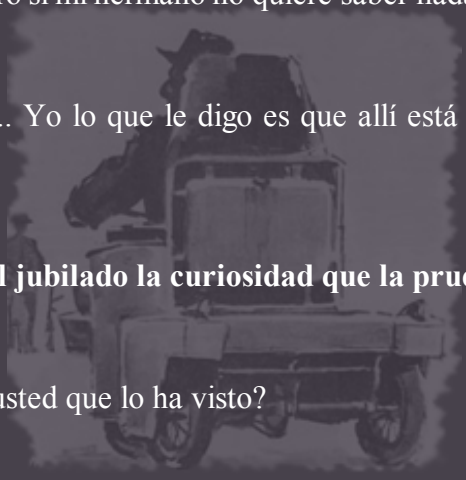
- Julita, que me des el pañuelo.

-Toma **-le da el pañuelo y le pide al jubilado-:** No se mueva, don Anselmo, que está saliendo muy bien.

ÁLVAREZ **se dispone a tomarse una Coca-cola con una pajita. E insiste en su punto de vista:**

-Es igual. Los hombres tienen que tener palabra.

-De acuerdo. Pero si mi hermano no quiere saber nada, a ver...



-Bueno, bueno... Yo lo que le digo es que allí está el coche esperándole.

Puede más en el jubilado la curiosidad que la prudencia:

-Y, ¿qué tal es, usted que lo ha visto?

-Fenómeno. ¡Ojalá fuera el nuestro igual!

-No sé, no sé... A ver si un día de estos me paso por allí para darle a ese hombre una explicación...

-Eso está bien.

ÁLVAREZ **coge el cuadro:**

-A ver cómo va eso.

-Un par de toques y lo termino.

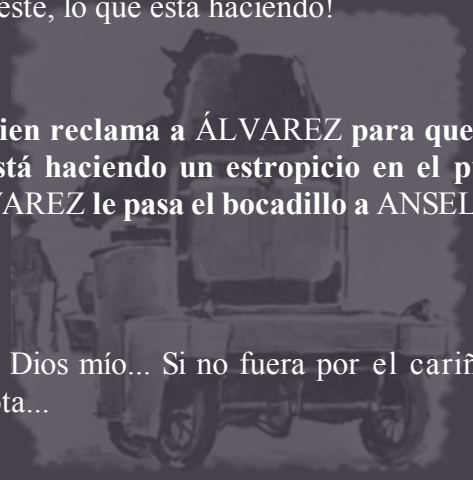
-Muy moderno. Y además se le parece. ¿Eh?

Se lo ofrece al anciano, que tiene la cabeza en otra parte y ni siquiera lo mira:

-¿Y dice usted que el coche está bien?

-Una preciosidad. No hay otro en Madrid. El señorito Vicente, que se creyó que era el nuestro, se puso a dar saltos en cuanto lo vio **-le devuelve el cuadro a** JULITA-: Venga, firma ya, que nosotros tenemos prisa.

-¡Álvarez, mira éste, lo que está haciendo!



Es Faustino quien reclama a ÁLVAREZ **para que calme a Vicente, que está haciendo un estropicio en el puesto de souvenirs.** ÁLVAREZ **le pasa el bocadillo a** ANSELMO **y se levanta:**

-Sostenga... Ay, Dios mío... Si no fuera por el cariño que le tengo a este idiota...

VICENTE**, chillando, señala una guía de las que hay en el puesto:**

-¡...ibro, ibro!

-A ver **-interviene** ÁLVAREZ-. Le tengo dicho que las cosas no se tocan, que tienen microbios. ¿Qué quiere?

-¡...ibro, mí... mí!

-¿Una guía? ¿Y para qué quiere usted la guía y el plano de Madrid?

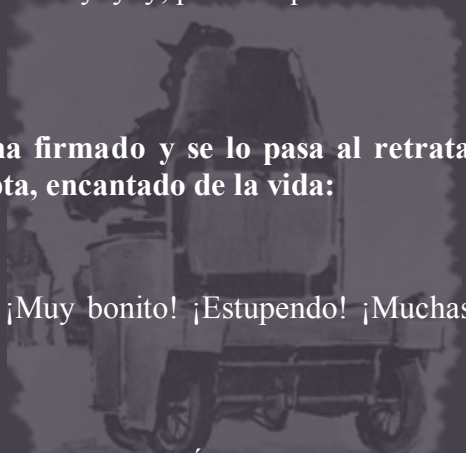
-¡Mí! ¡Mí! **-bota en su silla** VICENTE.

-Está bien. ¿Cuánto cuesta, Faustino?

-Cuarenta pesetas.

-Y el de ustedes, ¿cuándo se lo entregan? **-pregunta** ANSELMO**, cada loco con su tema.**

-Esta misma semana **-vuelve** ÁLVAREZ **hacia el banco, mirando al cielo-.** Huyuyuy, para mí que va a llover. Venga, ¿está el retrato?



JULITA **ya lo ha firmado y se lo pasa al retratado. Que ahora sí lo acepta, encantado de la vida:**

-A ver, a ver... ¡Muy bonito! ¡Estupendo! ¡Muchas gracias, Julita!

-Páseme el bocadillo **-le pide** ÁLVAREZ. **Y le urge-:** Hala, vamos.

-No, no, no... **-se resiste el viejo-**. No conozco a los padres de don Vicente.

-Pero, ¿no le he dicho que no hay compromiso? Usted se viene a comer con nosotros porque don Vicente le invita con mucho gusto y ya está. ¿No te parece, Julita?

-Anímese, don Anselmo, hombre...

-No sé, no sé... Es que me sentiré violento, no lo puedo remediar...

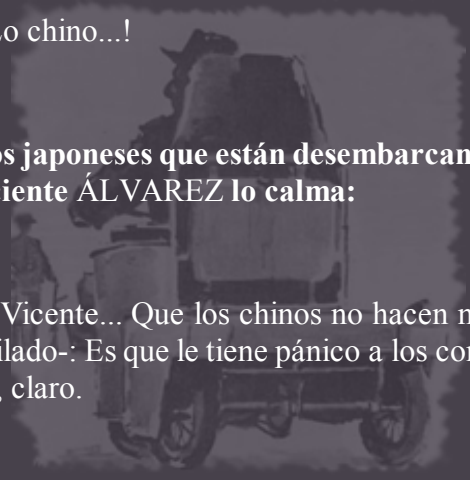
-Mire, donde comen trescientos comen trescientos uno... Además, así me hace compañía a mí, qué caray...

-Bueno, bueno **-se levanta** ANSELMO**, ya convencido.**

-¡Verá qué banquete! Imagínese, la señora marquesa da una fiesta por todo lo alto... Han tenido una cacería y...

ÁLVAREZ **deja la frase en el aire para acudir en socorro de su señorito, que ahora chilla asustado:**

-¡Lo chino...! ¡Lo chino...!



Se refiere a unos japoneses que están desembarcando de un autocar. El paciente ÁLVAREZ **lo calma:**

-Tranquilo, don Vicente... Que los chinos no hacen nada... -Y le explica al jubilado-: Es que le tiene pánico a los comunistas. Como su madre, claro.

-Y se comprende.

-Empuje usted un poco, mientras me termino el bocadillo.

-Con mucho gusto, señor Álvarez.

El ayudante de FAUSTINO **está acercando a** JULITA**, que se apiada, viendo alejarse al trío:**

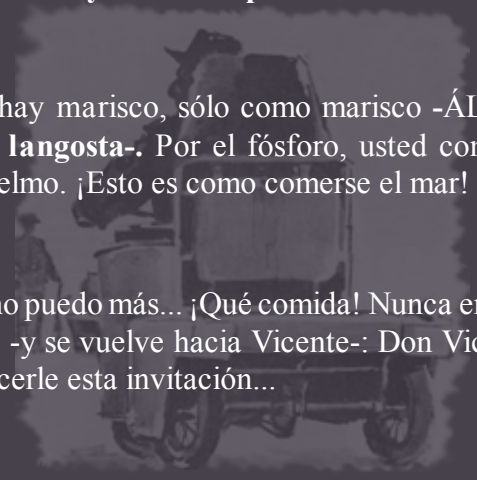
-¿Has visto, Faustino? Ese pobre don Vicente, hijo único, cargado de millones, y verse así.

-En la vida no se puede tener todo -filosofa a su vez el infeliz Faustino, que ni siquiera es capaz de limpiarse los mocos por sí solo.

3. Cocinas Palacio de DON VICENTE

Unas cocinas enormes, con mucho movimiento de cocineros, pinches, camareros y limpiadoras.

En un rincón y en mangas de camisa, ÁLVAREZ **y** ANSELMO **se están dando un banquetazo. Su anfitrión,** VICENTE**, toma café y leche con pan.**



-Ah, no, yo, si hay marisco, sólo como marisco -ÁLVAREZ **está comiendo langosta-.** Por el fósforo, usted comprende. Huela, don Anselmo. ¡Esto es como comerse el mar!

-Ya, ya... Pero no puedo más... ¡Qué comida! Nunca en mi vida he comido así... -y se vuelve hacia Vicente-: Don Vicente, no sé como agradecerle esta invitación...

Pero el inválido está reclamándole a un pinche:

-¡La gosta! ¡La gosta!

-Se lo dije **-responde** ÁLVAREZ **por su señorito-:** donde comen trescientos comen trescientos uno. Hala **-le rellena el vaso-**, le pongo otro chupito, y se termina usted el venado.

El pinche, cansado de oír los gritos de VICENTE**, le trae una langosta viva, y el mentecato, sin que nadie se ocupe de él, empieza a acariciarla y a besarla como si fuera un animal doméstico.**

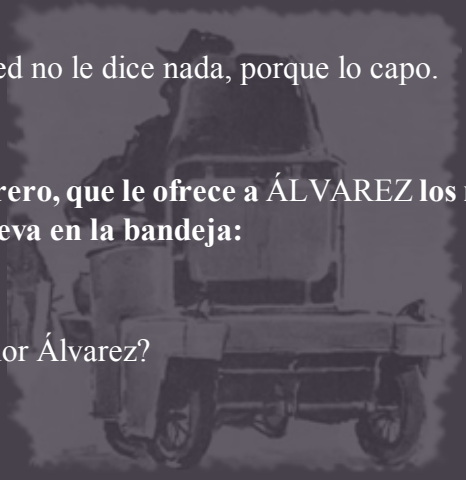
-¡Cómo come esta gente! -pondera el atiborrado invitado.

-Hombre, a ver... En cambio aquí, don Vicente, ya lo ve: a café con leche.

-Pobrecito.

-Es que no digiere otra cosa **-y al advertir los manejos de** VICENTE **con el crustáceo, trata de quitárselo-:** Deje la langosta, hombre de Dios.. Ea, a comerse las sopas.

-No... No... **-gime** VICENTE**. Y lloriquea-:** ¡...Igo mamá, ...igo mamá!



-A su madre usted no le dice nada, porque lo capo.

Cruza un camarero, que le ofrece a ÁLVAREZ **los restos de un faisán que lleva en la bandeja:**

-¿Un trocito, señor Álvarez?

-No, no.

-¿Y usted? **-le ofrece a** ANSELMO.

-No, no, gracias.

-Pues a la señora marquesa le ha gustado mucho.

-¡Y a mí que me importa que le guste a la señora marquesa!

El exabrupto de ÁLVAREZ **está motivado por un nuevo capricho de** VICENTE**, que trata de coger el faisán al grito de:**

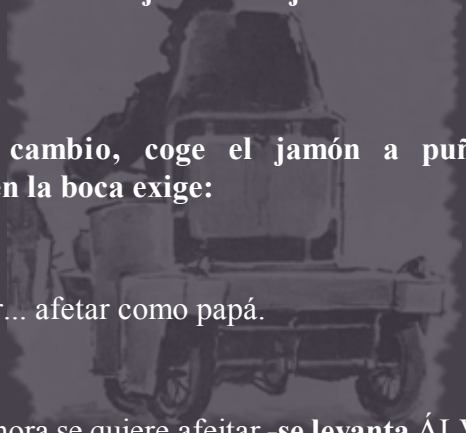
-¡Mío, mío!

-¡Quieto! ¡Usted a comer las sopas! **-y comenta hacia** ANSELMO**-:** Este, ya lo ve usted, lo mismo que una criatura...

-¿Un poquito de jamón? **-ofrece el chief presentando una bandeja.**

-Yo paso de esas cosas **-rechaza** ÁLVAREZ-. Pruébelo, don Anselmo, es una especialidad del chief.

-Si no puedo, de verdad **-se justifica el jubilado-.** Estoy lleno, lleno...



VICENTE**, en cambio, coge el jamón a puñados, y metiéndoselos en la boca exige:**

-Yo quero afetar... afetar como papá.

-¿Lo ha oído? Ahora se quiere afeitar **-se levanta** ÁLVAREZ**-.** Nosotros, como lo queremos, a veces no nos damos cuenta, pero éste es un anormal, de verdad.

-Una lástima, tan listo como parece **-se compadece** ANSELMO**.**

-Hay que darle todos los caprichos **-**ÁLVAREZ **conecta una máquina de afeitar eléctrica-**, si no, este granuja se lo dice a su madre. Este, de tonto no tiene un pelo.

Está afeitando ÁLVAREZ **a su señorito cuando se presenta el mayordomo de la casa; viene a presentarle sus respetos a** ÁLVAREZ**, que al parecer tiene ciertas prerrogativas como chófer particular de** VICENTE**:**

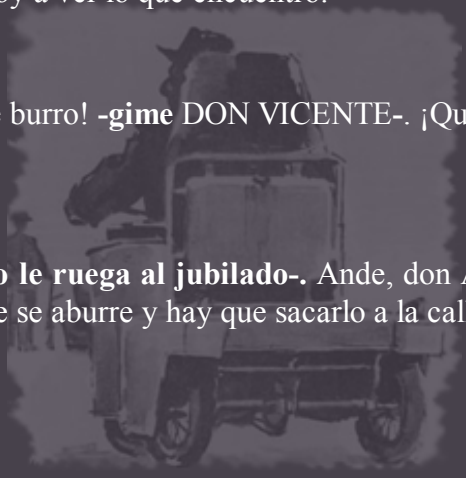
-Buenas tardes, Álvarez.

-Es el mayordomo **-se lo presenta a** ANSELMO**-.** El amo del palacio.

-Mucho gusto.

-Oye, pichi **-le dice confianzudo** ÁLVAREZ**-.** Mira a ver si nos traes unos puritos.

-Faltaría más. Voy a ver lo que encuentro.



-¡Me burro... me burro! **-gime** DON VICENTE-. ¡Quero jugar a motos!

-¡A callar! **-pero le ruega al jubilado-.** Ande, don Anselmo, termine, que éste se aburre y hay que sacarlo a la calle.

-Ya estoy, ya...

-Es como un niño de pecho, ya le digo.

ANSELMO **se levanta de la mesa con la corbata, el chaleco y el cinturón sueltos, y quizá un poco bebido, porque después de ponerse la chaqueta hasta se permite pellizcar los mofletes del inválido:**

-¡Huy, qué cosa más rica!

ÁLVAREZ**, con la suya bajo el brazo, empuja la silla:**

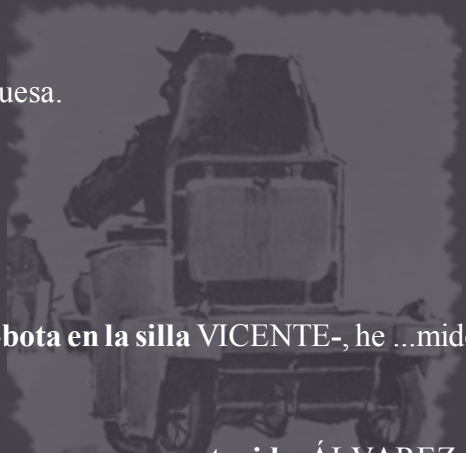
-Hale, a la calle. Y como nos dé guerra a don Anselmo y a mí, lo llevamos al médico para que le pinche.

Justo en el momento en que están pasando frente a un interfono, de éste sale la voz de la marquesa:

-¡Álvarez! ¡Quiero hablar con Álvarez!

-Dígame la señora marquesa **-se cuadra** ÁLVAREZ**, y** ANSELMO **se destoca respetuosamente**.

-¿Ha comido don Vicente?



-Sí, señora marquesa.

-¿Van a salir?

-¡Mamá, mamá **-bota en la silla** VICENTE**-**, he ...mido choizo!

-¡Calla! **-le ordena en voz contenida** ÁLVAREZ**. Y sigue hacia el interfono-:** Cómo no, señora marquesa. Hace una tarde espléndida.

-Abríguelo, de todas las maneras. Y no lo suba, que estoy con los invitados.

-Como ordene la señora marquesa.

El mayordomo los alcanza cuando ya se acercan a la puerta:

-¡Aquí están los puros!

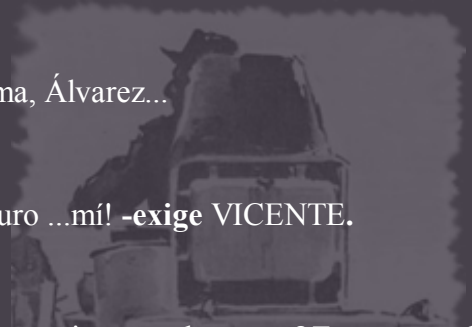
-¡Hombre! **-se permite censurarle** ÁLVAREZ**, cuyo puesto de chófer particular del inválido le otorga ciertas prerrogativas-.** Podías haberlos traído en una bandeja... Vamos, digo yo.

-Como hay confianza.

-Tenga -ÁLVAREZ **le da un habano al chief.**

- Gracias, hombre.

-Don Anselmo, ahí va un Montecristo.



-Usted me abruma, Álvarez...

-Un ...uro, un ...uro ...mí! **-exige** VICENTE**.**

-¿Para qué diantres quiere usted un puro? Esto es para hombres. Usted a jugar a las motos... **-y antes de abandonar la cocina,** ÁLVAREZ **cae en la cuenta de que su invitado no ha tomado postre-:** ¿Quiere un zumo de naranja, unos fresones?

-No, no, si no puedo más.

-Entonces, vámonos, que éste nos va a armar un escándalo.

Y reanudan la marcha, porque VICENTE**, siempre con la langosta en las manos, exige.**

-¡Calle, calle!

-Entonces, ¿le ha gustado la comida?

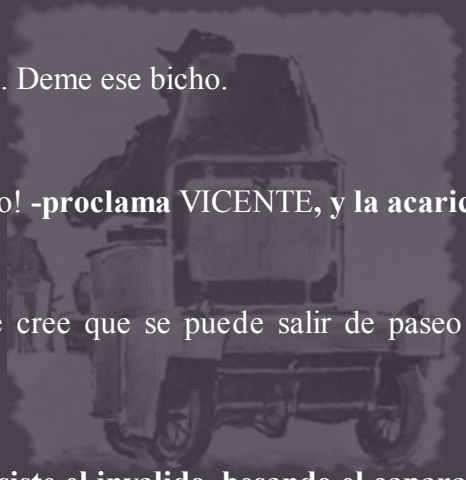
-¡Mucho! ¡Horrores! ¡Tremenda!

-Premio Nobel, nuestro cocinero.

-Ya lo creo. ¡Bárbaro!

4. Jardín Palacio de DON VICENTE

Han salido al jardín, y ÁLVAREZ **advierte que** VICENTE **todavía lleva la langosta:**



-Vaya por Dios... Deme ese bicho.

-¡No! ¡Mío! ¡Mío! **-proclama** VICENTE**, y la acaricia.**

-Pero, ¿usted se cree que se puede salir de paseo con una langosta?

-¡Mía! ¡Mía! **-insiste el invalido, besando el caparazón.**

Con los vapores de la digestión, y puesto a darle coba al inválido, ANSELMO **se pasa:**

-Sí, sí. ¡Suya, suya! La langosta es un animal muy cariñoso... ¡Muy cariñoso, y muy inteligente! Yo domé una, no le digo más...

ÁLVAREZ**, mientras tanto, ha llamado a un criado para que se lleve el crustáceo a la cocina. Luego, echando a andar hacia la calle, le hace una caricia a su señorito, que lloriquea con una de las antenas de la langosta en la mano:**

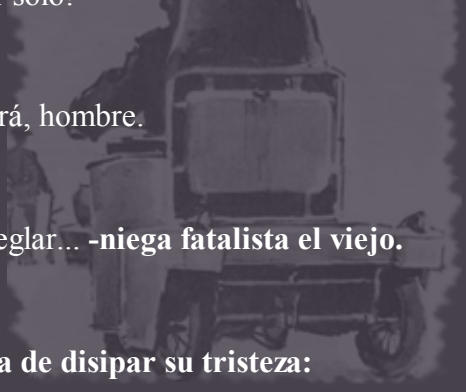
-Jodío idiota... Pero se hace querer.

-Ya lo creo. Una alma de Dios.

-Sí, pero menudo suplicio. Ya ve, ahora nos va a tener toda la tarde detrás de la silla. Bueno, menos mal que podemos ir charlando...

ANSELMO**, pasándole un brazo por los hombros, se solidariza incondicionalmente:**

-Yo encantado, Álvarez, considéreme un amigo... **-Pero de pronto se lamenta-:** Lo malo es que cuando tengan ustedes el coche con motor, se irán con los otros, como Lucas... ¡Y yo me volveré a quedar solo!



-Todo se arreglará, hombre.

-Qué se va a arreglar... **-niega fatalista el viejo.**

ÁLVAREZ **trata de disipar su tristeza:**

-¡Mire que tarde más hermosa! Usted lo que tiene que hacer es convencer a su hermano de que compre el coche... **-ha soltado la silla para encender el puro, y** ANSELMO **tiene que correr para sujetarla, pues se deslizaba cuesta abajo-.** O mejor, que le hagan uno de dos plazas, como el nuestro... Imagínese, saldríamos todos los días juntos... Y los domingos...

Bloque E

1. Paseo de coches en el Parque del Retiro

Mañana de un domingo, ya de cara al verano.

El ambiente recuerda el de un gran premio automovilístico, o por lo menos, el de un rally provincial. Hay policía, señalizaciones, camiones de la CAMPSA, cronometradores, ambulancias, etc., etc., y en los alrededores de la tribuna de salida se amontona la gente. Pero lo que se está celebrando allí, como reza la gran pancarta que cruza la línea de meta, es la

PRIMERA COMPETICIÓN MUNDIAL DE MOTORISMO PARA INVÁLIDOS

Cuando ANSELMO**, que sin duda se ha enterado del evento, llega al Retiro, en los alrededores de la meta reina una gran confusión: los impacientes conductores no respetan categorías ni cilindradas, y los organizadores se ven negros para poner orden en aquel barullo. El jubilado entra en el enjambre de cochecitos sin que nadie le llame la atención -al fin y al cabo es uno de ellos, aunque por el momento sólo en potencia- y no tarda en descubrir la voluminosa humanidad de** ÁLVAREZ**, que charla con uno de los participantes:**

-¡Álvarez! **-grita el viejo, corriendo hacia él.**

-¡Caramba! Mire, señor Lucas, ahí viene don Anselmo.

El respaldo de su coche le había impedido al jubilado identificar a su amigo, y ahora se abrazan cariñosamente:

-¡Lucas!

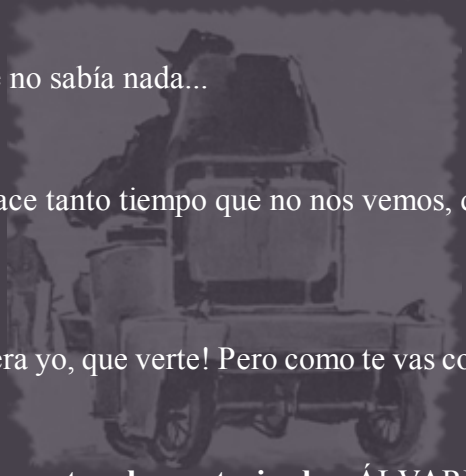
-¡Anselmo!

-Pero **-**ANSELMO **le ve el dorsal-,** ¿vas a participar?

-¡Pues claro! ¡Se han empeñado éstos y aquí me tienes, de piloto!

-¡Qué tío!

-¿Por qué te extraña tanto, si esto es lo mío?



-Hombre, es que no sabía nada...

-¡Claro, como hace tanto tiempo que no nos vemos, que no sé dónde te metes!

-¡Qué más quisiera yo, que verte! Pero como te vas con estos...

Y abarca con un gesto a los motorizados. ÁLVAREZ **corta las efusiones de los dos ancianos:**

-Señor Lucas, mejor que vaya a repostar, que están dando la última vuelta los pequeños y le va a tocar a usted enseguida.

-Ah, sí, tienes razón...

-Como el señor Lucas le eche valor **-comenta** ÁLVAREZ, **convencidísimo-**, con el coche que lleva gana en su categoría, seguro.

-¿Valor? En cuanto den la salida yo me lanzo a tumba abierta, vais a ver.

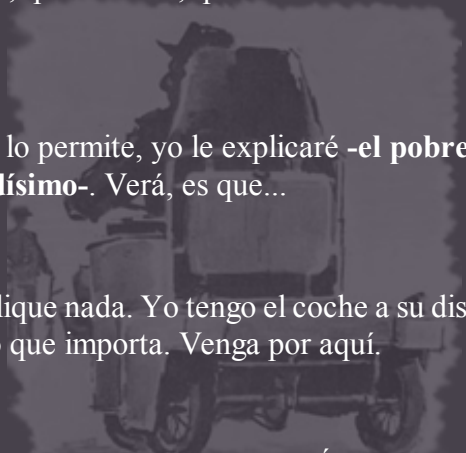
-No, eso tampoco, Lucas **-le recomienda** ANSELMO-, una cosa es divertirse y otra hacer locuras...

No puede seguir, porque el ortopédico, que acaba de verlo, se abate sobre él como un halcón:

-Buenos días **-le saluda, muy seco.**

-Ah, buenos días, don Hilario...

-Señor Proharán, perdóneme, pero ésta no es manera de proceder.



-No, si usted me lo permite, yo le explicaré **-el pobre hombre está avergonzadísimo-**. Verá, es que...

-A mí no me explique nada. Yo tengo el coche a su disposición, y eso es lo único que importa. Venga por aquí.

-¿A dónde? **-el jubilado, escoltado por** ÁLVAREZ**, sigue al ortopédico:**

-A ver el coche.

-Pero, ¿lo ha traído?

-Naturalmente. Y ya lo tengo medio vendido. Pero si a usted le sigue interesando, yo anulo la operación.

-Pero el caso es que mi hermano...

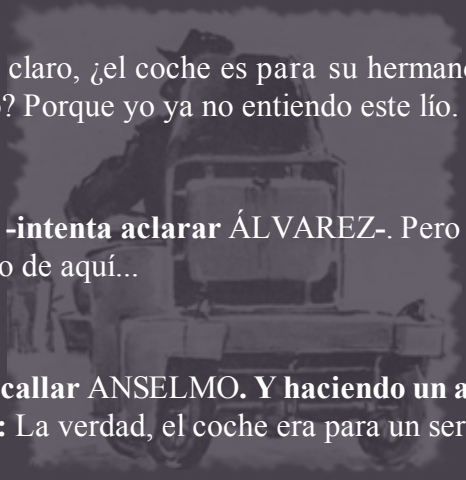
-Yo a su hermano no lo conozco. Ahí lo tiene.

El coche, nuevo, flamante, responde a todos los elogios que de él hizo el ortopédico. El presunto cliente, deslumbrado, suplica más que pregunta:

-¿Puedo...?

-Cómo no. Monte, monte.

La satisfacción del presunto cliente al sentarse en el coche y agarrarse al manillar lo pone al borde del orgasmo. Y el ortopédico entra en sospechas:



-Pero, hablemos claro, ¿el coche es para su hermano o no es para su hermano? Porque yo ya no entiendo este lío.

-Para un sobrino **-intenta aclarar** ÁLVAREZ-. Pero su padre, o sea, el hermano de aquí...

-No, no **-le hace callar** ANSELMO**. Y haciendo un acopio de valor, confiesa-:** La verdad, el coche era para un servidor.

-¡No me diga! **-se alboroza** ÁLVAREZ**, a quien la revelación le parece de lo más racional. Y le estrecha la mano-:** ¡Que sea enhorabuena, ahora podremos salir juntos!

Tampoco el ortopédico tiene nada que objetar. Al contrario, muy profesional, se interesa en el tono del especialista:

-A ver, a ver. ¿Qué le pasa?

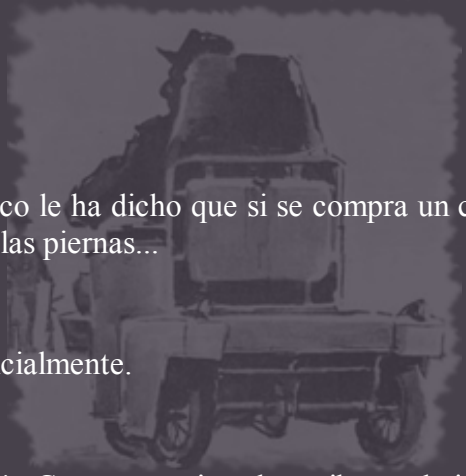
-¡Las piernas, don Hilario **-clama el anciano, que ya se ha creído sus propias mentiras-**, que me fallan las piernas!

-Ah, las piernas. No me diga más **-se inclina, se las palpa, y le invita-:** Venga usted conmigo, le voy a hacer un reconocimiento de urgencia... Aquí mismo, en la ambulancia... Puede ser algo serio, y estas cosas es mejor no dejarlas.

El anciano se deja llevar dócilmente hacia la ambulancia:

-Es que el médico **-explica-** me ha dicho... extraoficialmente, claro... me ha dicho que los cochecitos anquilosan las piernas.

-Con cuidado, don Anselmo **-le ayuda el ortopédico a subir a la ambulancia y a tenderse en la camilla-**. Así, despacito... Eso es... ¿Está usted cómodo?



-Comodísimo.

-Así que el médico le ha dicho que si se compra un cochecito se le anquilosan las piernas...

-Bueno, extraoficialmente.

-¡Esos médicos! ¡Como no rajen de arriba a abajo...! ¿Me permite que le vea un momento, así, por encima, un examen rápido?

-Sí, señor, cómo no. ¿Me quito el pantalón?

-No es necesario.

El ortopédico le levanta el pantalón hasta la rodilla, le baja el calcetín, le palpa los músculos y, con una cara dura impresionante, va diagnosticando:

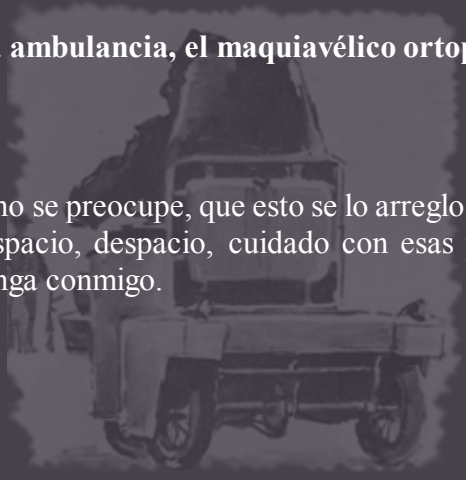
-Vamos a ver... Necrosis... Tejido seco... Falta de circulación... No es por alarmarle, pero se le puede producir una gangrena seca.

-¡Si ya lo decía yo! **-exclama el paciente, más contento que asustado-**. ¡Pero ese hijo mío...!

-Pero, usted **-el ortopédico le sube el calcetín y le baja el pantalón-**, ¿no es el pater familias?

-¡Yo que voy a ser! **-se lamenta** ANSELMO**-**. ¡Yo soy un desgraciado con familia!

Sacándolo de la ambulancia, el maquiavélico ortopédico lo consuela:



-Don Anselmo, no se preocupe, que esto se lo arreglo yo en un santiamén... Despacio, despacio, cuidado con esas piernas... Así... Venga, venga conmigo.

-¿A dónde?

-Al coche. Quiero hacerle una demostración.

-Ah, sí...

ANSELMO **seguía al ortopédico, pero ve a** LUCAS**, que ya está en la línea de salida:**

-Un momento, don Hilario **-y se pega un brioso trote para llegar hasta su amigo-**: ¡Lucas! ¡Lucas!

-¿Dónde te habías metido?

-Ay, qué envidia me das... Oye una cosa...

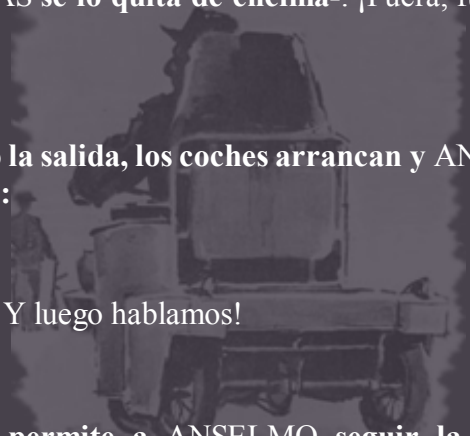
-Perdona, ahora no puedo atenderte, van a dar la salida.

-¡Qué tengo que hablarte, Lucas!

-¿Qué es lo que quieres?

-Importantísimo. Verás... Resulta que...

-No, no... Ahora lo importante es la carrera... **-y haciendo rugir su motor,** LUCAS **se lo quita de encima-**: ¡Fuera, fuera, que voy!



El juez ha dado la salida, los coches arrancan y ANSELMO **todavía le grita:**

-¡Ten cuidado! ¡Y luego hablamos!

El ortopédico permite a ANSELMO **seguir la carrera durante un momento, y luego, echándole un brazo por los hombros, lo aparta de la tribuna hablándole muy persuasivo:**

-Vamos, don Anselmo. Por aquí. Supongo que usted recordará lo que le dije, ¿no?

-¿El qué?

-Que mi profesión es un sacerdocio. O sea, que yo hablo siempre con el corazón en la mano y en el exclusivo beneficio de mis clientes. En este caso, de usted.

-Muchas gracias, don Hilario.

-¿Que se le anquilosan las piernas? ¡Mejor! ¡Si el año dos mil nadie va a utilizarlas, salvo los futbolistas, naturalmente! ¡Todo el mundo en coche, todos motorizados, que es mucho más cómodo!

Han regresado al punto en que está aparcado el cochecito. En él está sentado el dependiente de la ortopedia, y su jefe lo echa:

-¡Fuera, fuera del coche del señor Proharán!

-No, si yo todavía no... **-trata de no comprometerse el viejo, la verdad es que sin demasiado calor.**

-Siéntese, don Anselmo **-lo instala en el cochecito con grandes mimos. Y le ordena a un aprendiz de mecánico-:** Tú, venga, ponlo en marcha y sube detrás.

ANSELMO **no da crédito a sus oídos:**

-Entonces **-deduce, ilusionado-** ¿voy a ir a motor?

-¡Naturalmente! ¡Ahora va a saber usted de verdad lo que es esta maravilla!

Ya está petardeando el motor, y el aprendiz monta tras ANSELMO**, para enseñarle el manejo de los mandos. El ortopédico, que se ha subido a un automóvil, se pone a su altura, la cabeza fuera de la ventanilla:**

(+)

-¿Se siente cómodo?

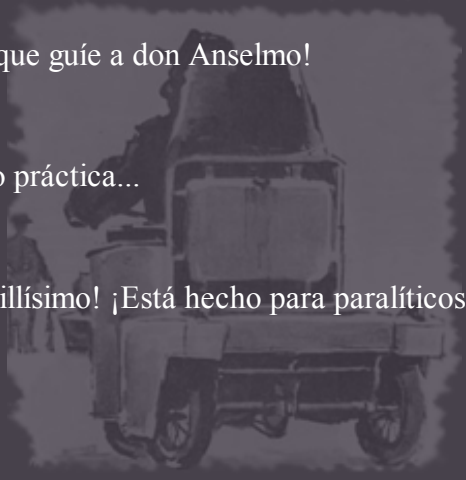
-¡Comodísimo!

-¡Pues arreando!

Automóvil y cochecito arrancan alejándose de la pequeña multitud por el amplio paseo, en esta zona desierto, y el ortopédico y su cliente cambian impresiones:

-¿Qué me dice?

-¡Fantástico! ¡Qué sensación de velocidad!



-¡Déjale, déjale que guíe a don Anselmo!

-Es que no tengo práctica...

-¡Pero si es sencillísimo! ¡Está hecho para paralíticos!

-Ya, ya, pero...

-¡Acelere sin miedo, hombre!

Y ANSELMO**, atendiendo la indicación de su copiloto, gira el mando, disfrutando como un niño del cochecito tanto tiempo soñado:**

-¿Ha visto cómo se embala?

-¡Portentoso!

-Entonces, ¿se queda con él?

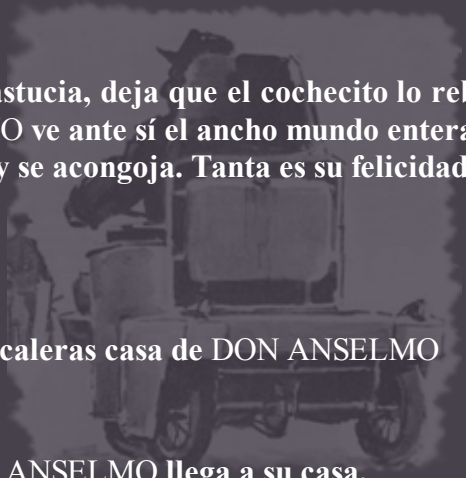
-¡Hombre... yo... encantado! Pero, ¿cómo lo pago?

El ortopédico, medio cuerpo fuera de la ventanilla del automóvil, dispara sus condiciones:

-¡Por eso no se preocupe! ¡Una pequeña entrega inicial, luego unas letras escalonadas, y el coche es completamente suyo!

-Sí, pero mi hijo...

-¡Su hijo, nada! ¡Usted colóquelo ante el hecho consumado! Y luego, ¡a gozar de la vida!



Y, con mucha astucia, deja que el cochecito lo rebase y se aleje. ANSELMO **ve ante sí el ancho mundo enteramente a su disposición, y se acongoja. Tanta es su felicidad.**

2. Escaleras casa de DON ANSELMO

ANSELMO **llega a su casa.**

Al salir del ascensor, ya trae entre ceja y ceja un plan que va a poner en práctica inmediatamente. Después de cerciorarse de que nadie baja ni sube, limpia un poco el polvo del rellano, y se tiende en el suelo, cerca de la puerta de su piso. Cuando está buscando la convincente postura de quien ha sufrido una caída por culpa de la debilidad de sus piernas, alguien grita abajo:

-¡Ascensor! ¡Las puertas!

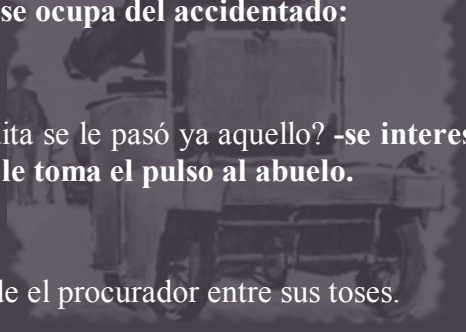
Porque se las ha dejado abiertas. Por un momento piensa en levantarse y cerrarlas, para luego seguir adelante con la puesta en escena de su accidente:

-Que sea lo que Dios quiera -murmura, mientras se santigua. Y luego levanta la voz-: ¡Socorro! ¡Auxilio!

3. Casa de DON ANSELMO

La familia ha llamado al MÉDICO **de cabecera, un hombre ya mayor y un poco ido.**

ANSELMO**, ya en pijama, está acostado; el doctor, don Julio, sentado al borde del lecho, limpia sus gafas; a los pies de la cama, tosiendo y expectorando,** CARLOS **espera con un aire lúgubre la confirmación de sus sospechas. Porque** CARLOS **sospecha algo, no hay más que ver su actitud. En cambio el** MÉDICO **parece muy tranquilo y relajado; tanto que ni siquiera se ocupa del accidentado:**



-¿Qué, a Yolandita se le pasó ya aquello? **-se interesa por la nieta, mientras le toma el pulso al abuelo.**

-Sí, sí... -responde el procurador entre sus toses.

Entra en el dormitorio MATILDE**, que trae el instrumental preferido por todos los médicos de cabecera: una cuchara.**

-¿Qué, cómo lo encuentra?

-Fiebre no hay. ¿Dónde está la cuchara?

-Aquí tiene.

-¡Si ya os lo decía yo! **-se lamenta, muy teatral,** ANSELMO-. Y vosotros, nada... ¡Ay, ay de mí!

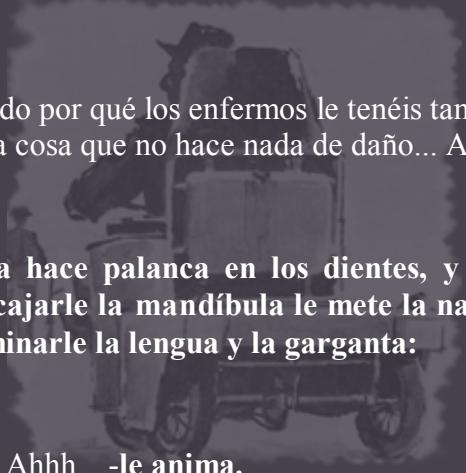
-Vamos, abre la boca.

-Si no es la boca, don Julio, si son las piernas, las piernas...

-Vamos a ver, abre...

-No, la cuchara no...

Y trata de cerrar la boca. Pero el MÉDICO**, sin hacerle ningún caso, hace palanca con la cuchara en los dientes y le desencaja la mandíbula:**



-Yo no comprendo por qué los enfermos le tenéis tanto miedo a la cuchara, una cosa que no hace nada de daño... Abre...

Con la cuchara hace palanca en los dientes, y cuando consigue desencajarle la mandíbula le mete la nariz en la boca para examinarle la lengua y la garganta:

-Ahhh... Ahhh... Ahhh... **-le anima.**

-Oggg... Oggg... **-gorgotea el paciente, al borde de la náusea.**

-Nada... Nada... **-diagnostica finalmente el galeno-**. La lengua un poco sucia. Que lo purguen.

-¡Las piernas, don Julio...! **-suplica el anciano-**. ¡Que son las piernas!

-Bueno, calma **-el** MÉDICO**, finalmente, atiende sus súplicas y retira las sábanas-**. Vamos a verlas...

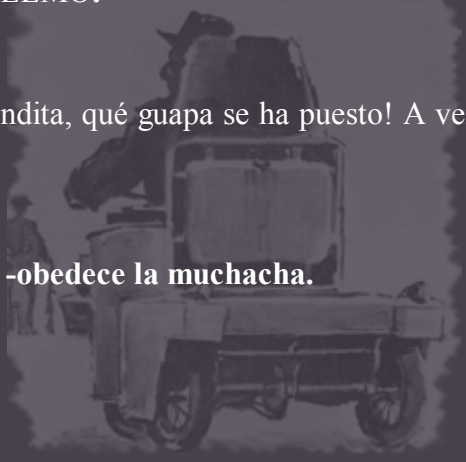
Está examinándoselas cuando YOLANDA**, que vuelve con** ALVARITO **del cine, hace una entrada trágica:**

-¡Mama! ¿Qué le pasa al abuelo? **-Y se tira sobre él para besarlo-:** ¡Abuelo, abuelo!

-Nada, hija. Y levántate, que se te arruga el vestido.

-Eso, que es el nuevo **-apoya** ALVARITO**, levantándola para sobarla un poco, que es una de sus ocupaciones favoritas.**

Al ver a YOLANDA **el** MÉDICO **se olvida otra vez de las piernas de** ANSELMO**:**



-¡Ah, mira Yolandita, qué guapa se ha puesto! A ver, saca la lengua. Ahhh...

-Ahhh... Ahhh... **-obedece la muchacha.**

-Limpísima.

Celoso de su protagonismo, el anciano reclama:

-Pero si a Yolandita no le pasa nada... Si soy yo, don Julio... ¡Mis piernas, que no me las siento!

-Calma... Calma... Cincuenta años de profesión, y siempre lo mismo: el paciente que quiere saber más que yo...

-¡Inválido, como Lucas!

-Pero qué dices... **-el doctor le tapa las piernas-**. En las piernas no tienes nada. Absolutamente nada. Habrá sido una lipotimia...

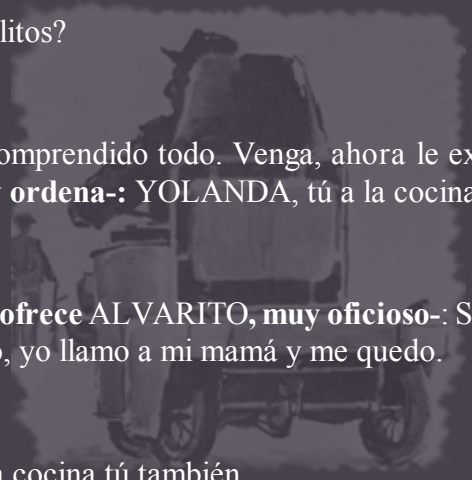
-¡Ay, don Julio! **-y el anciano le besa las manos, sin duda para dar más fuerza a su lamento-:** ¡En un coche, en un coche toda la vida!

-No digas tonterías, qué coche ni qué narices, si tienes unas pantorrillas de ciclista... A ti lo que te pasa...

CARLOS **ya ha oído bastante y no le deja seguir:**

-Permítame, doctor.

-¿Qué pasa, Carlitos?



-Que ya lo he comprendido todo. Venga, ahora le explico **-le hace levantar y ordena-:** YOLANDA, tú a la cocina.

-Don Carlos **-se ofrece** ALVARITO**, muy oficioso**-: Si hay que velar al enfermo, yo llamo a mi mamá y me quedo.

-Anda, anda a la cocina tú también.

Sale la pareja de novios, ALVARITO **prodigando caricias a** YOLANDITA**, y el** MÉDICO **pregunta, intrigado:**

-Bueno, ¿a qué viene tanto misterio?

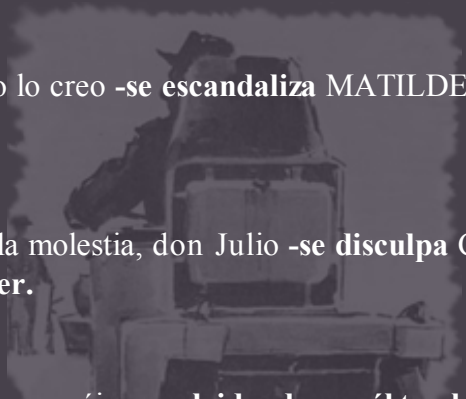
-De misterio, nada, don Julio **-y hace un gesto hacia su padre, gritando ya-**. ¡Que se le ha metido en la cabeza que le compremos un coche de paralítico! ¡Un mes lleva dando la lata con las piernas! ¡Si hasta les hemos pedido un bastón a los del segundo!

Y ANSELMO **cambia de actitud. Incorporándose en la cama, alza el gallo, desafiante:**

-¡Sí, quiero el coche! ¡Y no me moveré de la cama hasta que me lo compréis!

-¿Lo oye usted? **-la ira le provoca a** CARLOS **un nuevo ataque de tos y no puede seguir.**

-No seas animal, Anselmo, en un coche te anquilosarías, ya lo sabes **-sentencia, quizá recordando una consulta anterior, mientras va hacia la puerta. Y receta-:** Una buena purga y ya está.



-¡Si no lo veo no lo creo **-se escandaliza** MATILDE-, darnos este disgusto!

-Usted perdone la molestia, don Julio **-se disculpa** CARLOS **sin dejar de toser.**

-Nada... No os preocupéis... **-y olvidando que él también es un carcamal explica-:** Los viejos son como los niños, no hay que hacerles caso. Hala, hala, vosotros a cenar, que ya es hora...

MATILDE **le acompaña hacia la puerta, pero** CARLOS **se queda en el dormitorio, y después de cerrar la puerta se deja caer derrumbado en una silla hasta que se le calma la tos. Luego suelta un par de aparatosos suspiros, y dominándose, dice conciliador:**

-Papá... Papá... Papá, vamos a hacer una cosa. Levántate a cenar, y no hablemos más de este asunto, que no quiero perder la calma.

Pero su padre no está para armisticios:

-¡A ti lo que te fastidia es gastarte el dinero! ¡El dinero que es mío, que yo te he dado una carrera!

-¡Bastaaaaa! **-brama** CARLOS **fuera de sí, sacudido por otro ataque de tos nerviosa-**. ¡Basta, papá, que no quiero olvidar que eres mi padre!

Tampoco se amilana ahora el viejo, que vuelve a desafiar a su hijo:

-¡Y entérate de una vez! ¡Si no me compráis el coche, yo no me muevo de aquí hasta que me muera!

CARLOS **se va a la puerta como un toro, la abre y vocifera:**

-¡Matilde! ¡Yolanda! ¡Asunción!

-¡Carlos, por favor! **-acuden cerrando ventanas su mujer, su hija y su pasante-**. ¡Carlos por Dios, los vecinos!

-¡Que se entereeeen! **-se desgañita** ANSELMO**, desde la cama-**. ¡Que lo sepa todo el mundo cómo me tratáis!

Viendo que su padre está destrozando a mordiscos un pañuelo, YOLANDITA **se echa a llorar:**

-¡Papá, la tensión, que te sube la tensión!

-No llores, amor **-la besuquea** ALVARITO**.**

-¡Y todo por tu culpa! **-acusa ahora la nieta a su abuelo.** Anda, hija, tú sigue cenando -la empuja fuera del dormitorio su madre.

-Eso, nosotros a cenar **-pluraliza** ALVARITO**, que aparte su afición a palpar a la chica, tiene también la de comer siempre que se presente la ocasión.**

-¡No me levantaré! **-sigue proclamando, impávido, el causante del alboroto-**. ¡Ojalá me muera aquí, como un perro!

Finalmente, CARLOS **consigue superar su ahogo, y sin darse cuenta de que está rindiéndose, amenaza, trágico:**

-¡Muy bien! ¡Si no se levanta, no cena!

Ha salido dando un terrible portazo mientras su padre seguía amontonando frases folletinescas:

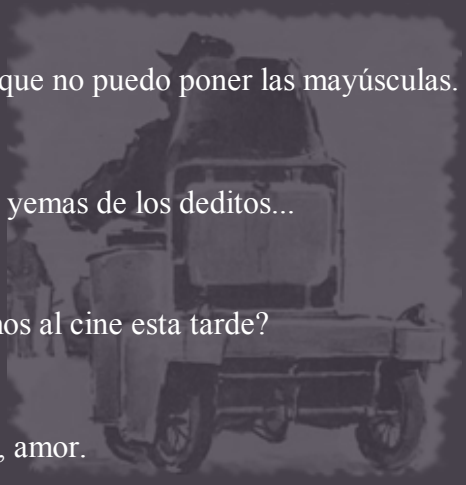
-¡Condenado por mi propia familia! ¡Condenado a la muerte por hambre, sin que nadie me cierre los ojos!

Pero, apenas comprende que lo han dejado solo, hace un gesto de desdén hacia la puerta, se deja caer en la cama y se dispone a dormir.

Bloque F

1. Casa de DON ANSELMO

Al día siguiente, como si nada hubiera sucedido en la casa la noche anterior, ALVARITO **y** YOLANDA **viven su cursi idilio en la soledad del bufete; ella escribe a máquina, pero solo con una mano, porque la otra se la está comiendo a besos el novio, que une así sus dos aficiones:**



-Déjame, tonto, que no puedo poner las mayúsculas.

-Los deditos, las yemas de los deditos...

-Entonces, ¿vamos al cine esta tarde?

-Lo que tu digas, amor.

La voz del procurador reclama al pasante:

-¡Alvarito!

ALVARITO **le devuelve la mano a** YOLANDA**, que ahora trata de retenerlo:**

-¡No te vayas!

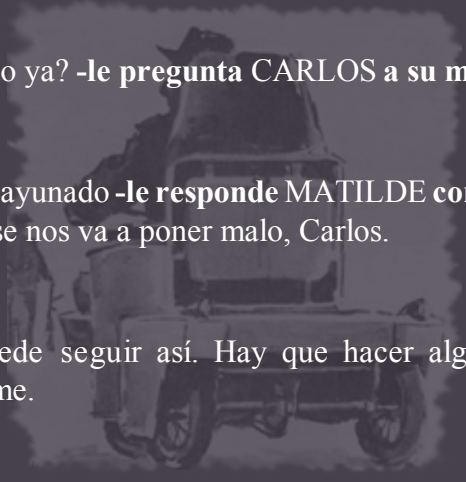
-Deja, deja, que me llama el papá **-y va hacia la puerta echándole besos.**

-¡Saca las entradas! ¡Que no se te olvide!

Cuando entra ALVARITO **en la cocina,** CARLOS**, muy vestido de oscuro, desayuna de pie,** MATILDE **sentada y en bata, y** ASUNCIÓN**, la criada, fregotea canturreando: todo el mundo ha superado la crisis, aparentemente.**

-¿A qué hora es la vista?

-A las once, don Carlos **-y** ALVARITO**, diciéndolo, coge una tostada de la mesa.**



-¿Se ha levantado ya? **-le pregunta** CARLOS **a su mujer.**

-No. Y no ha desayunado **-le responde** MATILDE **con la boca llena-**. A ver si se nos va a poner malo, Carlos.

-Sí. Esto no puede seguir así. Hay que hacer algo. Anda, Alvarito, ayúdame.

-Sí, señor **-el pasante coge un tazón de café con leche y lo coloca en un plato, en su plato...**

-El café ya tiene azúcar **-informa** MATILDE **sin dejar de comer.**

-El pan.

-El pan -ALVARITO, **de paso que coge el del viejo, le echa mano a otra tostada.**

Saliendo, CARLOS **lo aparta:**

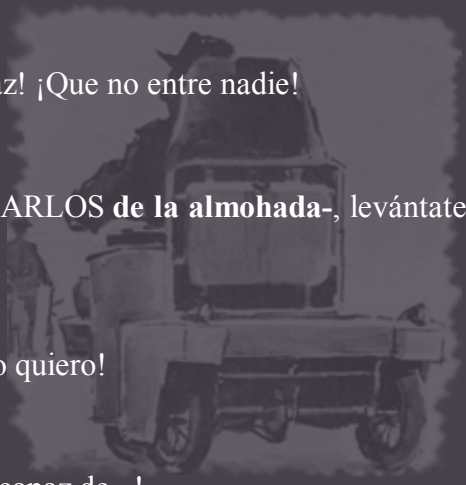
-Déjame pasar... Siempre estás comiendo.

-Siempre, no **-niega** ALVARITO**, puntilloso.**

Ante la puerta del dormitorio de su padre, CARLOS **llama:**

-Papá.

Y entra. Toda su calma desaparece al ver cómo ANSELMO**, colocándose la almohada sobre la cabeza, lo rechaza:**



-¡Dejadme en paz! ¡Que no entre nadie!

-¡Vamos **-tira** CARLOS **de la almohada-**, levántate y no me hagas enfadar!

-¡No quiero! ¡No quiero!

-¡Papá, que soy capaz de...!

-Déjeme a mí, don Carlos **-le pide** ALVARITO**-**. Don Anselmo, no sea usted niño, aquí tiene el café y las tostadas... Están riquísimas...

-¡Me da igual!

En el forcejeo, el viejo derrama el café con leche sobre su hijo, que maldice:

-¡Maldita sea! ¡Mira cómo me has puesto!

-¡Deje, deje, que la mancha sale! **-le frota la chaqueta el servicial** ALVARITO.

-¡Y tenemos la vista a las once! ¡Matilde! ¡Asunción! ¡Agua caliente! ¡La camisa, también la camisa! **-se vuelve hacia su padre con una mirada asesina-:** ¡El traje de ir a los tribunales! ¡Yo te...!

ANSELMO **advierte el cambio en la mirada y en la voz de su hijo: el desastre le ha nublado la razón y parece capaz de llegar a la agresión física:**

-Bueno... Ya me levanto... -se levanta-. Pero si me pasa algo, no os quejéis... **-no resiste a la tentación de fingir que se le doblan las rodillas-** Ay, que me caigo... ¡A mi edad -con un trémolo-, hacerme esto a mi edad!

-¡Papá! **-amaga** CARLOS **una patada.**

-No **-el anciano escapa como un conejo-**, que ya me voy... **-pero ya a salvo, pues ha llegado a la puerta, se crece-:** ¡Y respecto al coche, ya me las arreglaré yo, como me las he arreglado siempre!

Ya en el baño, murmura:

-Toda la vida trabajando, y ahora, a la vejez, como un perro... **-se vuelve hacia la puerta para levantar de nuevo la voz antes de dar un portazo-:** ¡Peor que un perro, porque a los perros se les respeta!

Luego busca en una estantería, y se pone unas gotas en los ojos mientras planea la próxima jugada en la partida que ha entablado con su hijo.

2. Tienda de compraventa

La tienda de compraventa de objetos usados está llena hasta los topes de las más dispares mercancías; resulta chocante ver en un muro una gran cantidad de crucifijos, sin duda usados...

Sobre una mesa, la caja de dulce de membrillo que guarda las alhajas de la familia Proharán. O, mejor dicho, que las guardaba, porque ahora están diseminadas en la mesa, y la prendera, apartándolas con los nudillos en un gesto de asco, las desprecia:

-Nada... Pacotilla... Muy flojo... Todo muy flojo... **-abre un estuchito, un guardapelo-**. ¿Y esto?

-De mi pobre mujer **-responde** ANSELMO.

-No me interesa **-y devuelve los cabellos al estuche.**

El viejo alarga la mano para cogerlo, pero la prendera lo deja en la mesa, lejos de su alcance, y le pregunta:

-Pero usted, ¿cuánto quiere?

-Cinco mil pesetas.

-No. Digo que con cuánto se arregla.

-Con cinco mil pesetas. Usted escoge lo que le interese por las cinco mil pesetas, y lo otro me lo devuelve.

-¡Cinco mil pesetas! ¡Qué barbaridad!

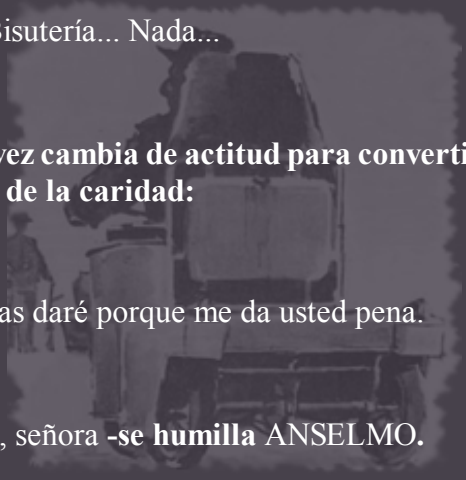
Y da la impresión de que allí mismo se ha acabado el trato. Pero de pronto, la dueña del negocio mira a su cliente con piedad. Y transige, con un suspiro:

-Mire, le daré cuatro mil quinientas.

-No **-le suplica** ANSELMO-, es una necesidad urgente, para un enfermo... Deme las cinco mil, se lo ruego... ¡Se lo suplico!

La mujer vuelve a despreciar las alhajas:

-Oro alemán... Bisutería... Nada...



Y por segunda vez cambia de actitud para convertirse en la personificación de la caridad:

-Está bien... Se las daré porque me da usted pena.

-Muchas gracias, señora **-se humilla** ANSELMO**.**

-Bueno, pero usted no diga nada **-le exige muy formalmente, abriendo un cajón para sacar el dinero-**, no corra la voz.

-No, señora.

-Vamos a ver... Uno, dos, tres... **-otro suspiro-**, no sabe usted el trabajo que me cuesta darle este dinero, es lo mismo que tirarlo. Pero usted no diga nada, no se le ocurra.

-Ya le digo que puede estar tranquila **-y tras recibir los billetes, el viejo trata de coger de la mesa el guardapelo.**

-No, el estuchito, no.

-Pero, ¿no ha dicho que no le interesaba?

La chamarilera saca del guardapelos el mechón de cabello:

-Le doy esto porque es personal. Pero la cajita me la quedo.

-Pero usted me ha dicho que...

-También le he dicho que le iba a dar cuatro mil quinientas y se lleva usted cinco mil. Ande, ande, que menudo negocio ha hecho...

-Bueno, bueno, adiós...

3. Casa de DON ANSELMO

Sorpresa: el cochecito está aparcado en el vestíbulo.

Sin embargo, en la casa no hay ni gritos ni llantos: en ella se respira el tedio habitual, y hasta el vestíbulo llega la voz de blandita repitiendo su lección de francés:

«Bonjour, monsieur...»

-Bonjour, monsieur...

«Bonjour, madame...»

-Bonjour, madame...

«Allez-vous à Paris...?»

-Allez-vous à Paris...?

«Oui. Je vais à Paris, et puis à Nice...»

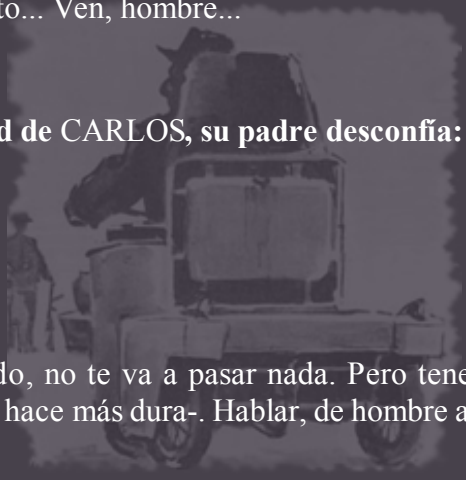
-Oui. Je vais à Paris, et puis à Nice...

La puerta del piso se abre y asoma ANSELMO**, cauteloso. Una mirada y una caricia al cochecito, y como si no se fiara de tanta paz, inicia un trote hacia su cuarto. Pero** CARLOS**, que lo ha sentido entrar, sale del bufete y le llama quedamente, casi con amabilidad:**

-Papá... ¿Dónde vas?

-A mi cuarto.

-Ven un momento... Ven, hombre...



Pese a la actitud de CARLOS**, su padre desconfía:**

-Es que...

-No tengas miedo, no te va a pasar nada. Pero tenemos que hablar -la voz se hace más dura-. Hablar, de hombre a hombre. Anda, pasa.

El anciano, a cada instante más acobardado, entra en el bufete.

-Siéntate.

Antes de sentarse él, CARLOS **mueve el enorme crucifijo que preside la mesa de manera que quede frente a la cara de su padre, y el despacho se convierte en tribunal:**

-Vamos a tener calma.

-Es que me iba a poner unas gotas en los ojos **-hace una última tentativa de huida el acusado.**

-Quieto ahí. A ver, ¿de dónde ha salido ese coche?

Su propietario no tiene más remedio que enfrentarse con el enojoso problema de explicarlo. Pero trae preparada una mentira que a él se le antoja convincente.

-¡De donde hay más corazón que en esta casa! ¡De la caridad pública!

Mientras el anciano mentía, su fiscal ha cogido un grueso volumen. Buscando algo en sus páginas, ensarta unos insultos:

-Calla, embustero... Pródigo... Aquí está **-ha encontrado en el libro lo que buscaba. Y pregunta-:** A ver. Las alhajas de mamá. ¿Dónde están las alhajas de mamá?

-Son mías, las he heredado yo **-responde** ANSELMO, **sin levantar la voz, pero con la firmeza que da el convencimiento.**

-¡Has cometido un delito! **-**CARLOS **le pone el grueso tomo delante de los ojos-**. ¡Mira, entérate, lee los textos legales!

-No veo sin gafas **-se defiende el viejo. E insiste, con más fuerza-:** ¡Son mías!

-¡Calla, desgraciado, embustero, crápula! ¡Lee!

A los gritos de su padre ha acudido YOLANDITA**, acompañada como siempre por** ALVARITO**:**

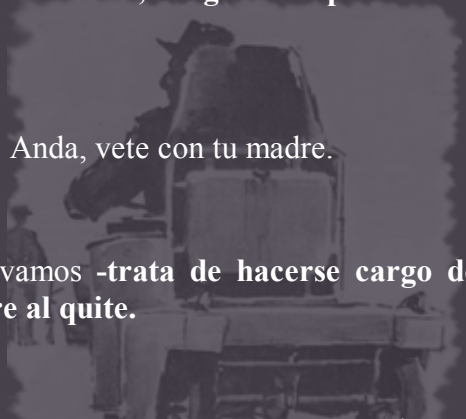
-¡La tensión, papá! **-lloriquea, abrazándolo.**

-¡Lee, ladrón, que eres un ladrón, lo dice el Código! **-y le amenaza-:** ¡Yo te puedo declarar irresponsable!

-No llores, Yolandita **-le suplica su abuelo.**

-¡Tú eres quien me hace llorar **-berrea la nieta-**, que estás chocho!

CARLOS**, melodramático, acoge en su pecho a su hija, la acaricia:**



-Pobrecita mía... Anda, vete con tu madre.

-Vamos, amor, vamos **-trata de hacerse cargo de ella el pasante, siempre al quite.**

-No, Alvarito **-lo retiene** CARLOS-. Tú, quédate. ¡Y ahora mismo **-puñetazo en la mesa-**... vamos a recuperar esas alhajas **-otro puñetazo-**... ¡¡¡y a devolver ese maldito cochecito!!! **-puñetazo final. Luego, sinceramente compungido, incluso acongojado, se lamenta entre pucheros-:** Qué desgracia, Dios mío, qué desgracia... Una familia tan unida, tan feliz... Y ahora, por la locura senil de un viejo...

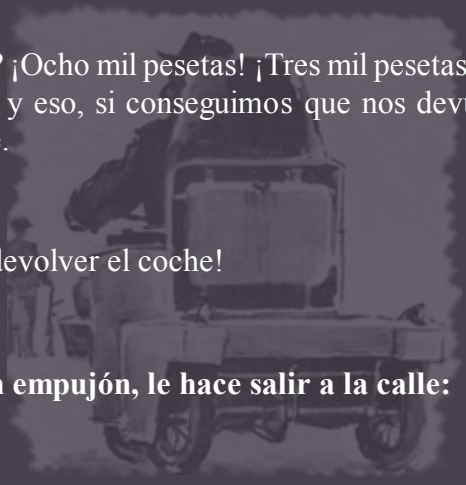
-¡Yo no estoy loco!

-¡Sí, papá! **-y secándose una lágrima, se deja de jeremiadas y vuelve a sus gritos-:** ¡Anda, perdulario, anda, vamos a devolver ese coche!

-¡No! ¡Es mío! ¡Ya está pagado! **-deja la silla el perdulario, gritando. Pero inmediatamente se sienta y echa mano de un último y pueril argumento-:** Y además, ¡tengo que comer!

4. Tienda de compraventa

Bajo la mística mirada de una de las imágenes religiosas que abundan en la chamarilería, CARLOS **he tenido que pagar ocho mil pesetas para recuperar las alhajas. Empujando a su padre hacia la calle, el procurador, muy sensible al parecer a la cosa económica, echa espuma por la boca:**



-¿Te das cuenta? ¡Ocho mil pesetas! ¡Tres mil pesetas perdidas en una mañana, y eso, si conseguimos que nos devuelvan el dinero del coche.

-¡Yo no quiero devolver el coche!

CARLOS**, de un empujón, le hace salir a la calle:**

-¡Yo te denuncio por malos tratos, mal hijo!

5. Calle tienda de compraventa

En absoluto intimidado, CARLOS **lo lleva hacia su seiscientos, ante el que está aparcado el cochecito;** ALVARITO**, que los sigue llevando la caja de dulce membrillo como si fuera la custodia de Toledo, se angustia:**

-Don Carlos... Las joyas... ¿Qué hago con las joyas?

-¡A mi coche!

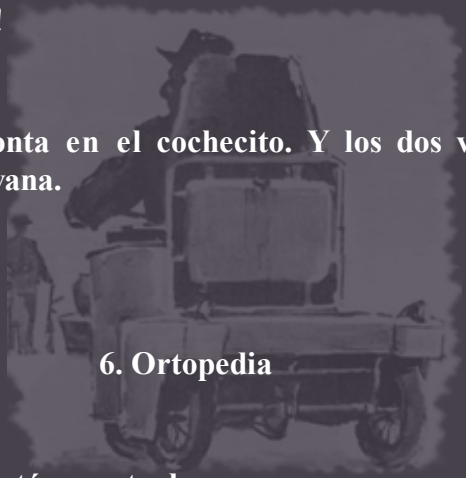
ANSELMO **se resiste a subir al seiscientos:**

-¡Yo allí no subo! ¡Yo voy en mi coche!

-¡Subeeee!

Con su padre encerrado en el asiento trasero, CARLOS **se pone al volante y le ordena a** ALVARITO**:**

-¡A la ortopedia!



ALVARITO **monta en el cochecito. Y los dos vehículos parten en caravana.**

6. Ortopedia

El ortopédico está a punto de empezar a comer cuando su dependiente le da la mala noticia:

-Don Hilario, ahí vienen a devolver el coche de Proharán...

-Lo sabía yo... Y a estas horas, ni comer tranquilo le dejan a uno...

Y va hacia la puerta, que ya acaba de atravesar ANSELMO **empujado por** CARLOS**:**

-Entra... ¡Entra!

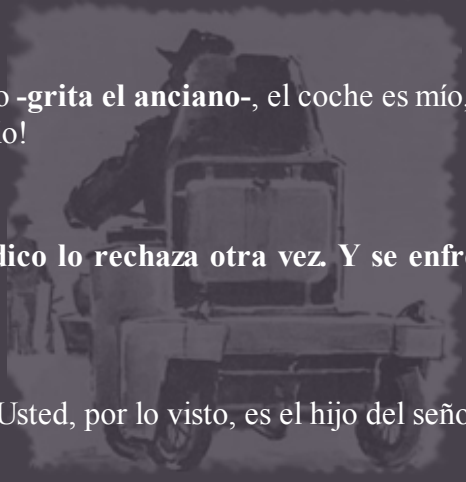
-Bueno, bueno, ¿qué pasa?

-¡No les haga caso, don Hilario! ¡Yo no lo quiero devolver! **-clama el viejo, intentando abrazar al ortopédico.**

-¿Es usted el dueño? **-pregunta** CARLOS**, muy fiero.**

-Sí, señor **-y rechaza a su cliente, que se sienta en el banco.**

-¿Y no le da grima engañar así a un pobre hombre? **-le acusa** CARLOS**-**. ¿No ha comprendido usted que no está paralítico, que está chocho?



-¡El coche es mío **-grita el anciano-**, el coche es mío, dígaselo usted, don Hilario!

Pero el ortopédico lo rechaza otra vez. Y se enfrenta con CARLOS**:**

-¡Un momento! Usted, por lo visto, es el hijo del señor.

-Sí. ¡Por desgracia! **-admite pesaroso el procurador.**

-Bien. No hace falta que me levante usted la voz **-se pone flamenco el ortopédico-.** ¡Recuerde que está en mi casa! Y este caballero **-señala a** ANSELMO**-**, paralítico o no, es mi cliente.

-¡Claro! **-aplaude el aludido.**

-Mire... **-trata de meter baza** ALVARITO**.**

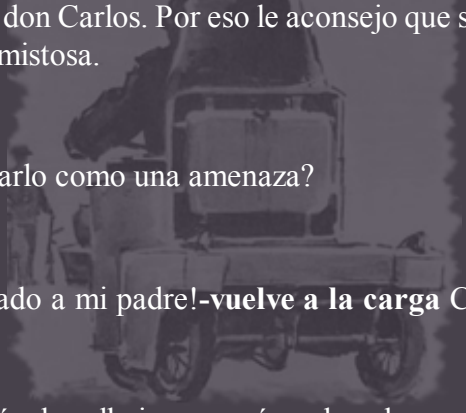
-¡Usted ha abusado de mi padre! **-vuelve a acusar** CARLOS, **congestionadísimo.**

-Permítame don Carlos, permítame **-**ALVARITO **consigue apartar a su jefe y hacerse oír por el ortopédico-:** Yo creo que lo mejor es que llegue usted a un acuerdo con el señor Proharán, hijo.

El ortopédico lo mira de arriba a abajo:

-¿Y usted quién es?

-Yo **-**ALVARITO **se levanta sobre las puntas de los pies, muy digno-**, aparte de pertenecer a la familia, soy abogado, lo mismo que aquí, don Carlos. Por eso le aconsejo que se avenga a una solución amistosa.



-Eso, ¿debo tomarlo como una amenaza?

-¡Usted ha estafado a mi padre!**-vuelve a la carga** CARLOS**.**

-¡El dinero es mío, las alhajas son mías, el coche es mío, todo es mío, don Hilario! **-defiende su punto de vista el anciano.**

-¿Tuyo? ¡Yo te...!

CARLOS **está a punto de darle una bofetada, y el ortopédico, visto el cariz que toma el asunto, impone su voz sobre el barullo:**

-¡Calmaaaaa!

Se hace el silencio.

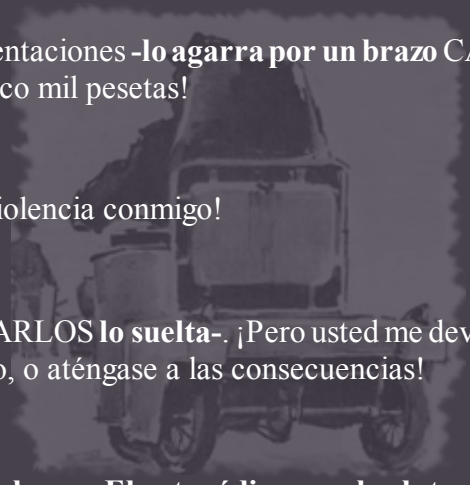
-Vamos a hacer una cosa. Yo estoy dispuesto a devolver las letras que me ha firmado el señor Proharán, padre. Pero...

-No, no les haga caso, don Hilario **-ha saltado del banco** ANSELMO**-.** Que no son abogados... Éste todavía no ha terminado la carrera... ¡Y mi hijo es sólo procurador!

El ortopédico rechaza a su cliente por tercera vez:

-Mire, don Anselmo... Lo que tiene que hacer usted es callarse, porque si usted no hubiera venido a desprestigiar esta casa honrada...

-¡Déjese de lamentaciones **-lo agarra por un brazo** CARLOS-, y vengan las cinco mil pesetas!



-¡No utilice la violencia conmigo!

-De acuerdo **-**CARLOS **lo suelta-**. ¡Pero usted me devuelve las letras y el dinero, o aténgase a las consecuencias!

Ha pinchado en hueso. El ortopédico, en absoluto asustado, incluso sarcástico, se planta:

-El dinero, señor mío, no se lo devuelvo.

-¿Que no lo devuelve?

-No. Esta es una operación perfectamente comercial, y según el Código de Comercio, la razón me asiste. Si ustedes son abogados deben de saberlo, y admitir que no tienen derecho a reclamación de ninguna clase.

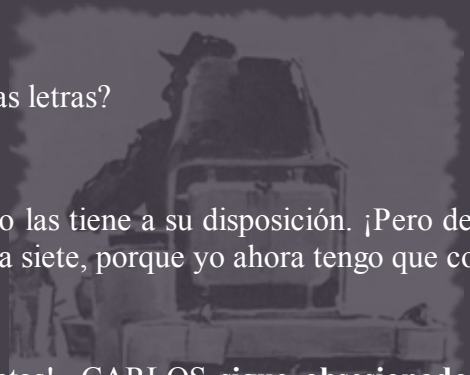
Parece que el argumento no tiene una arruga, porque CARLOS**, en lugar de seguir discutiendo, se resigna a quejarse:**

-¡Ocho mil pesetas por las alhajas! ¡Y ahora...!

ALVARITO**, aprovechando su desolación, interviene de nuevo:**

-De modo que usted no quiere devolver el dinero...

-No, señor.



-Muy bien. ¿Y las letras?

-En mi despacho las tiene a su disposición. ¡Pero de nueve a una y de cuatro a siete, porque yo ahora tengo que comer!

-¡Ocho mil pesetas! **-**CARLOS **sigue obsesionado por las pérdidas-.** ¡Ocho mil pesetas tiradas por la ventana! Y eso no es lo malo... ¡Lo malo es que tengo un padre pródigo! **-y lo levanta en vilo, intentando llevárselo a la calle-.** ¡Vámonos, vámonos de aquí!

-¡No! ¡Yo te repudio! ¡Yo me quedo!

A CARLOS **ya le da todo igual. Suelta a su padre, abre la puerta y brama:**

-¡Alvaritoooo!

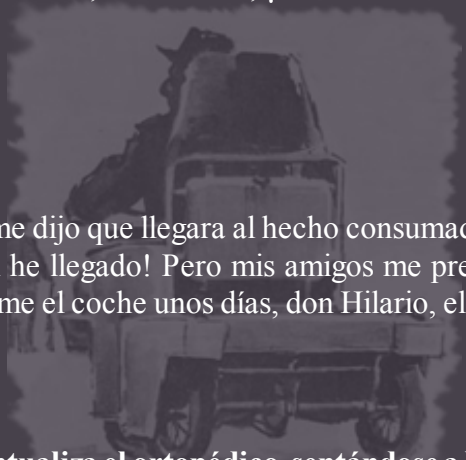
-Eso, váyase, por favor **-el ortopédico empuja a** ALVARITO **hacia la calle-** que yo estoy a régimen y tengo que hacer las comidas a mis horas.

-¡Eso, que se vayan! **-le apoya** ANSELMO. **Y se vuelve hacia él-.** Don Hilario, no se preocupe, yo tengo buenos amigos que me ayudarán, ya verá.

El ortopédico echa a andar hacia la trastienda con el anciano tras él:

-No, no, no... Estoy harto de este asunto... Me ha traído frito desde el principio.

-Recuerde usted que su profesión es un sacerdocio **-suplica** ANSELMO**-.** Por favor, don Hilario, ¡no me abandone!



-No, no, no...

-Usted me dijo, me dijo que llegara al hecho consumado... Y he llegado, ¡vaya si he llegado! Pero mis amigos me prestarán el dinero... Guárdeme el coche unos días, don Hilario, el coche es mío...

-¡Era! ¡Era! **-puntualiza el ortopédico, sentándose a la mesa-**. Y déjeme comer en paz. Yo, ya no le creo.

-¡Una semana, una semana nada más! ¿Qué le importa esperar unos días?

-He dicho que no. Esta misma tarde lo retiro, estoy harto de esta operación.

-¡Tres días! **-rebaja el plazo el anciano-**. ¡Nada de letras, yo le traeré todo el dinero! ¡Mi hijo no podrá hacer nada y usted no tendrá ninguna responsabilidad! ¡Palabra de honor, se lo juro!

Desde la tienda, el dependiente, que ha metido el cochecito, pide instrucciones a su jefe:

-¿Qué hago con el coche? **El ortopédico cabecea:**

-¡Déjalo ahí! Le daremos tres días de plazo a Proharán.

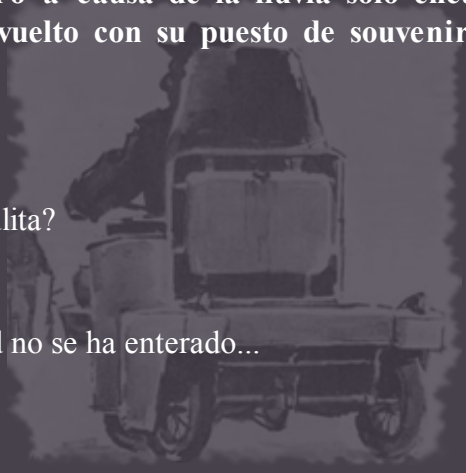
-Gracias don Hilario, muchas gracias...

Bloque G

1. Escalinata Museo del Prado

Mal día le ha salido a ANSELMO **para gestionar la financiación de su cochecito: está lloviendo.**

Su primera visita es al Prado, donde esperaba encontrar a ÁLVAREZ**. Pero a causa de la lluvia sólo encuentra a** FAUSTINO**, envuelto con su puesto de souvenirs en un plástico.**



-Vaya día. ¿Y Julita?

-Ah, claro, usted no se ha enterado...

-¿Qué ocurre?

-Me ha dejado **-le informa, tétrico, el pobre impedido de los cuatro remos.**

El viejo, tan amable habitualmente, se desinteresa de la cuestión; tiene preocupaciones más gordas. Y le dice, indiferente:

-Ya volverá.

-No volverá, don Anselmo.

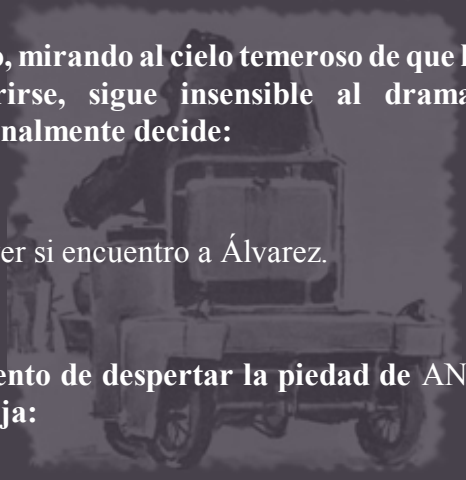
-Bueno, no importa.

-¿Cómo que no importa?

La dolorida estupefacción de FAUSTINO **ablandaría a las piedras. Pero el anciano está pensando en otra cosa:**

-Oye, ¿tú crees que con este tiempo vendrá Álvarez?

-¡Que me importa a mí Álvarez! **-le devuelve** FAUSTINO **la cortesía.**



Pero el jubilado, mirando al cielo temeroso de que las nubes vuelvan a abrirse, sigue insensible al drama de su interlocutor. Finalmente decide:

-Bueno. Voy a ver si encuentro a Álvarez.

En un vano intento de despertar la piedad de ANSELMO**, Faustino se queja:**

-¡Ella era la que me llevaba y me traía!

-Es verdad **-reconoce el viejo mecánicamente. Y se despide-:** Hasta luego, Faustino.

-Espere. ¿Quiere limpiarme los mocos?

-Eso, sí, hijo.

ANSELMO **vuelve sobre sus pasos, saca el pañuelo de uno de los bolsillos del inválido, se lo lleva a la nariz para que se suene. Y** FAUSTINO **aprovecha para seguir lamentándose;**

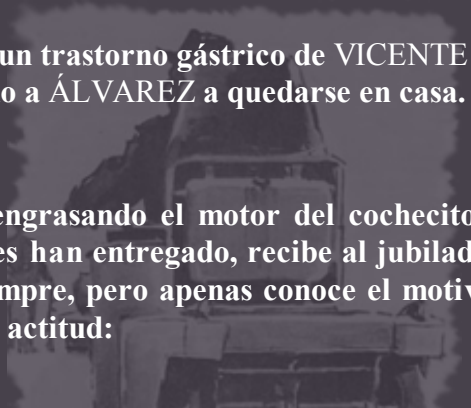
-Me ha plantado, don Anselmo. ¡Y yo iba con buenas intenciones, que ya estaba buscando piso!

-Ya, ya, ya... Pero volverá... Ya volverá...

Y devolviéndole el pañuelo, se aleja dejando al desgraciado en la más absoluta y desvalida soledad.

2. Garaje Palacio de DON VICENTE

La lluvia y un trastorno gástrico de VICENTE **han obligado a** ÁLVAREZ **a quedarse en casa.**



Limpiando y engrasando el motor del cochecito de dos plazas que ya les han entregado, recibe al jubilado con la simpatía de siempre, pero apenas conoce el motivo de su vista cambia de actitud:

-Yo ya le digo don Anselmo, que no puedo... Tengo unas perritas, para qué le voy a decir que no, pero un día u otro me retiraré. Quiero irme a vivir a Pozuelo, con una tía mía...

ANSELMO **está asumiendo que ha confiado demasiado en sus amigos, y aunque insiste en su petición de un préstamo, lo hace ya sin convicción:**

-Pero, Álvarez, nosotros somos amigos...

-Eso sí. Y de verdad, si pudiera le daría a usted ese dinero que le hace falta...

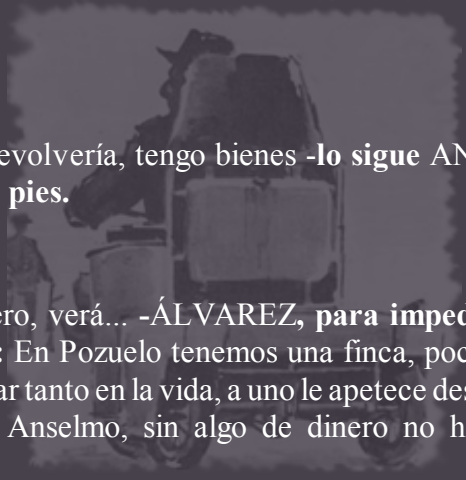
Tras dorarle la negativa con aquella frase que no le compromete a nada, ÁLVAREZ**, quizá con la idea de distraer al sablista, va hacia el jardín para atender a** VICENTE**, que gime en la puerta del garaje:**

-¡A ver que le pasa a este pobre, que se nos ha puesto malo!

3. Jardín Palacio de DON VICENTE

VICENTE**, en una silla de ruedas y muy abrigado, se queja:**

-Hi... Hi... Hi...



-Pero yo se lo devolvería, tengo bienes **-lo sigue** ANSELMO **arrastrando los pies.**

-No lo dudo. Pero, verá... **-**ÁLVAREZ**, para impedirle que insista, divaga-:** En Pozuelo tenemos una finca, poca cosa... Después de bregar tanto en la vida, a uno le apetece descansar... Y créame, don Anselmo, sin algo de dinero no hay quien descanse.

-Ya, ya -reconoce, vencido, el jubilado.

-A ver **-**ÁLVAREZ **se interesa por** VICENTE**-.** ¿Qué te pasa ahora?

-Tripa... Tripa...

-Algo que le ha sentado mal **-le confía** ÁLVAREZ **a** ANSELMO**, mientras le da unas friegas en el estómago a su señorito.**

-Adiós, adiós -se despide el viejo, sin hacerle caso.

Y va hacia la salida por el mismo camino que recorrió una tarde feliz: aquélla en que después de empapuzarse en las cocinas del palacio entabló con ÁLVAREZ **una amistad que, basada en los cochecitos, parecía iba a ser indestructible.** ÁLVAREZ**, quizás avergonzando, trata de justificar su actitud:**

-¿Por qué no se lo pide usted al señor Lucas? Es un industrial, y además es su amigo...

Sin volverse, ANSELMO **alza una mano en un vago gesto de saludo. Y** ÁLVAREZ **sigue justificándose:**

-Yo, al fin y al cabo...

Otro desvaído saludo del viejo. Y ÁLVAREZ **se vuelve hacia** VICENTE**:**

-La gente... Se cree que todo el monte es orégano... Y tú, escucha lo que te digo: si sigues quejándote habrá que llamar al médico, y si te pincha yo no quiero saber nada, ¿comprendido?

-¡No, ...inchar no!

4. Calle casa de DON ANSELMO

A pesar de todo, el anciano ha debido seguir el consejo de ÁLVAREZ**. Sin ningún éxito, porque** LUCAS**, para quitárselo de encima, lo ha traído a su casa en su cochecito, exactamente igual que lo llevó aquella mañana lejana al cementerio**.

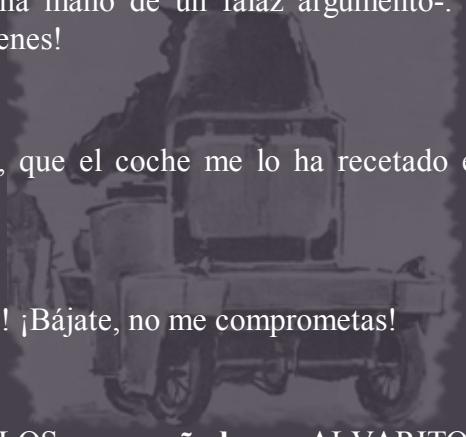
-Pero, ¿no lo entiendes? ¡Si me prestas el dinero podemos salir como entonces, Lucas, acuérdate!

-Yo no me acuerdo de nada... Que no, que no... Y anda, bájate, que ya estás en casa.

-¡Pero -el jubilado se resiste a apearse-, es que el plazo termina mañana!

LUCAS**, quizá por ser un verdadero amigo, es más duro que** ÁLVAREZ**:**

-¡Ojalá se te hubiera acabado hoy! ¡Bájate de una vez, Anselmo! -y echa mano de un falaz argumento-. ¡Con las piernas que tú tienes!



-Que no, Lucas, que el coche me lo ha recetado el mismo ortopédico...

-¡Cuidao, tu hijo! ¡Bájate, no me comprometas!

En efecto. CARLOS**, acompañado por** ALVARITO **y por su madre, sale del portal oyendo como quien oye llover a su futura consuegra, pesadísima con su afición a las tartas.**

-¡No me bajo! **-se aferra** ANSELMO **al cochecito. Apenas descubre a la pareja, se congestiona:**

-Pero, ¿es posible? ¡Ya están otra vez juntos! **-y le ordena al pasante, mientras él sigue su camino tirando de su consuegra-:** ¡Cógelo y súbelo a casa! ¡Que no quiero dar un espectáculo!

ALVARITO **se acerca al coche:**

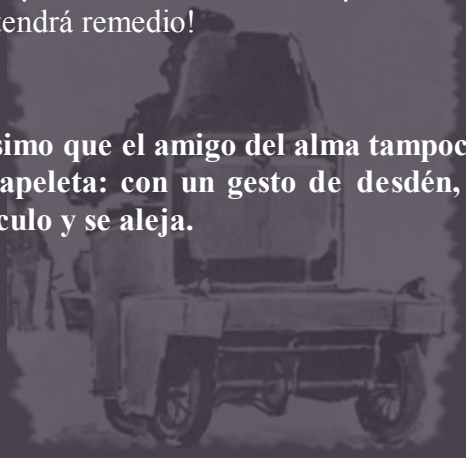
-Vamos, don Anselmo, que dice don Carlos que haga el favor de subir a casa inmediatamente.

-¡No! -grita el viejo. Y le pide ayuda al amigo-: ¡Que me quiere pegar, Lucas!

-No diga tonterías... Vamos, no sea niño... Donde hay patrón, no manda marinero...

ALVARITO **lo ha llevado hasta el portal. Antes de entrar, todavía le suplica el jubilado al lechero:**

-Lucas... ¡Lucas! ¡Llámame si te decides! ¡Esta misma tarde, que mañana no tendrá remedio!

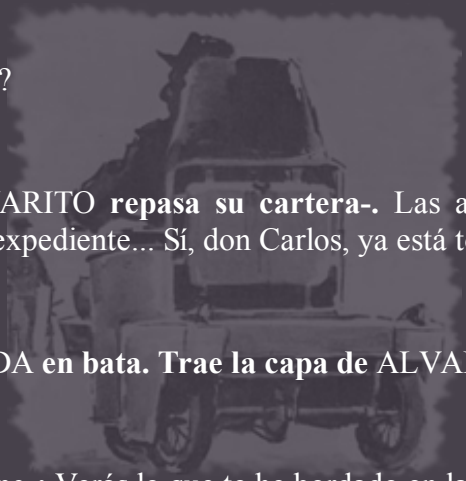


Pero está clarísimo que el amigo del alma tampoco le va a solucionar la papeleta: con un gesto de desdén, pone en marcha su vehículo y se aleja.

Bloque H

1. Casa de DON ANSELMO

ALVARITO**, como por la tarde tiene que tocar la pandereta en la tuna a la que pertenece, ha venido a trabajar vestido de tuno. Al procurador no le hace demasiada gracia, pero como es el novio de su única hija, aguanta.**



-¿Lo tienes todo?

-A ver... **-**ALVARITO **repasa su cartera-.** Las actas, los documentos, el expediente... Sí, don Carlos, ya está todo.

Entra YOLANDA **en bata. Trae la capa de** ALVARITO**:**

-Toma **-se la pone-:** Verás lo que te he bordado en la cinta.

-¿Qué me has puesto?

-¡Ah, misterio! Ya lo verás luego.

-Alvarito, esta carta hay que contestarla **-trata de apartarlos el procurador.**

-Sí, don Carlos.

YOLANDA **besa a su padre:**

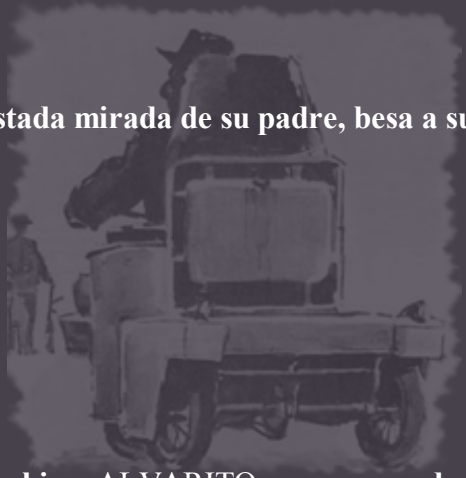
-Adiós, papuchi.

-Sí, anda, vete a vestirte.

Pero YOLANDA **se entretiene arreglándole las cintas de la capa a** ALVARITO**, y** CARLOS **se impacienta:**

-Anda, vete con mamá de una vez... Manía de entrar en el bufete a todas horas...

-¡Ya voy!



Y bajo la disgustada mirada de su padre, besa a su novio:

-Adiós, amor.

-Adiós, adiós.

Libres ya de la chica, ALVARITO **coge su pandereta y se acerca a la mesa del jefe:**

-Digo, don Carlos, que quería ir con mi mamá a comprarme un traje. Y ya estamos a cinco.

-¿A cinco? **-se sorprende** CARLOS**. Y considera, con mucha gravedad de gesto y de voz-:** ¡Qué barbaridad, cómo pasan los meses!

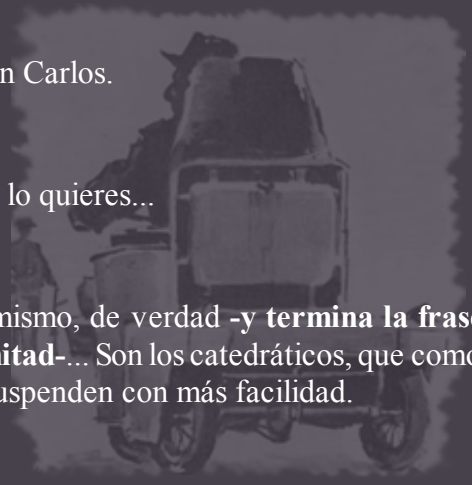
Con admirable desenvoltura, ALVARITO **abre un cajón de la mesa, saca una pequeña caja fuerte y la coloca ante** CARLOS**, que cabecea, fastidiado, mientras se dispone a abrirla:**

-No sé, no sé... Alvarito, yo creo que hago mal pagándote... Porque tú, con esto del sueldecito fijo, no terminas tu carrera... Y en la vida hay que formar una familia... Yolanda, ya ves, pasan los días y...

-No, si estudiar, estudio...

CARLOS **estruja unos billetes entre los dedos, está clarísimo que le cuesta horrores soltarlos:**

-¿Cómo lo quieres?



-Me es igual, don Carlos.

-Digo que como lo quieres...

-Que me da lo mismo, de verdad **-y termina la frase que ha dejado por la mitad-**... Son los catedráticos, que como voy por libre, pues me suspenden con más facilidad.

-Ya, ya -CARLOS **cuenta el dinero**-. Pero tú ya no tienes la edad de ir por ahí tocando la pandereta...

-Bueno, la afición a la música...

-Aquí tienes...

-Muchas gracias, don Carlos...

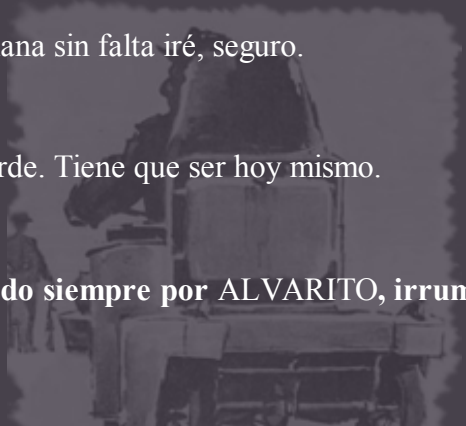
Está CARLOS **guardando la caja de caudales cuando del vestíbulo llegan unas voces que les hacen prestar atención:**

-Buenos días, don Anselmo, me manda don Hilario...

-Ya, ya le he conocido... **-dice en voz queda** ANSELMO**-**. Pero hable bajo, por favor...

-Dice que si no lo recoge hoy, pierde usted todos los derechos sobre el coche.

CARLOS **y** ALVARITO **se han acercado a la puerta para mirar por una rendija: en el vestíbulo, el pobre anciano, azorado, habla con el dependiente del ortopédico, implacable:**



-Dígale que mañana sin falta iré, seguro.

-Mañana será tarde. Tiene que ser hoy mismo.

CARLOS**, seguido siempre por** ALVARITO**, irrumpe en el vestíbulo:**

-Pero, ¿otra vez con esa historia? **-agarra de un brazo al dependiente-**. ¡Dígale a su jefe que este viejo no está paralítico!

-¡No le haga caso! **-grita su padre.**

-¡Salga inmediatamente! ¡Que este viejo corre!

-¡Yo no corro!

-¡Que este viejo salta!

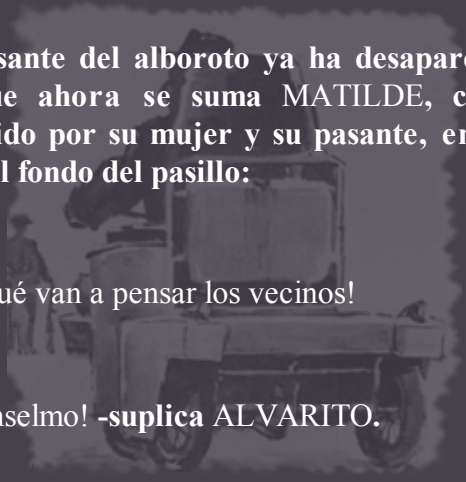
-¡Haga el favor de salir de esta casa! **-insiste** ALVARITO, **echando al dependiente.**

-¡A mí no me toque! **-se escurre hacia la puerta el dependiente-.** ¡Yo soy un mandado!

-¡No se vaya, espéreme! **-**ANSELMO **trata de irse con él.**

-¡Tú, papá, adentro!

-¡No quiero! ¡Guardias! ¡Policía!



Aunque el causante del alboroto ya ha desaparecido, el griterío, al que ahora se suma MATILDE**, continúa;** CARLOS**, seguido por su mujer y su pasante, empuja al anciano hacia el fondo del pasillo:**

-¡Los vecinos, qué van a pensar los vecinos!

-¡Calma, don Anselmo! **-suplica** ALVARITO**.**

-¡Tu corazón, Carlos! **-le recuerda** MATILDE **a su marido.**

-¡Papá, a tu cuarto!

-¡Mal hijo! **-lloriquea el anciano.**

-¡Mal padre! ¡Porque tú estás perfectamente, tú puedes hacer vida normal, no necesitas un coche para nada!

-¡Mentira!

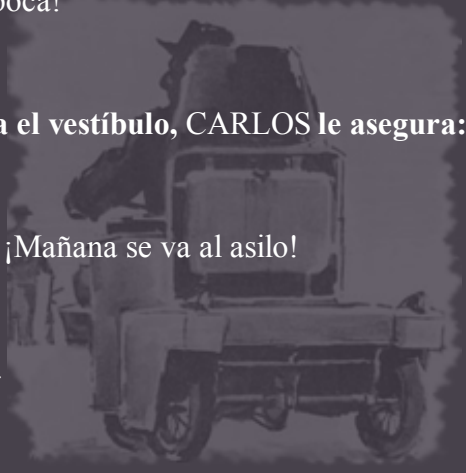
-¡Y mañana mismo pido un certificado, que me lo dan por veinte cochinos duros, y te meto en un asilo!

-¡Eso es lo que tenías que haber hecho hace tiempo! **-le azuza** MATILDE**.**

-¡Has hecho llorar a tu padre!

-¡Anda, entra en tu cuarto! ¡Que estás loco! **-le hace entrar de un último empujón-.** ¡Y mañana te recluyo!

-¡Pero hazlo de una vez! **-le exige su mujer-.** ¡Que a ti se te va la fuerza por la boca!



Volviendo hacia el vestíbulo, CARLOS **le asegura:**

-¡Está decidido! ¡Mañana se va al asilo!

-Así aprenderá...

YOLANDA**, que ha seguido la pelea asomada a la puerta del comedor, se echa a llorar y busca refugio en su madre:**

-No llores, hija.

-¡Vamos, Alvarito! -CARLOS **ya está abriendo la puerta del piso.**

-Sí, don Carlos -**corre tras él** ALVARITO**, que se despide de** YOLANDA-: Adiós, amor, tú quedate con la mamá.

-¿A qué hora vas a venir a comer? **-le pregunta** MATILDE **a su marido.**

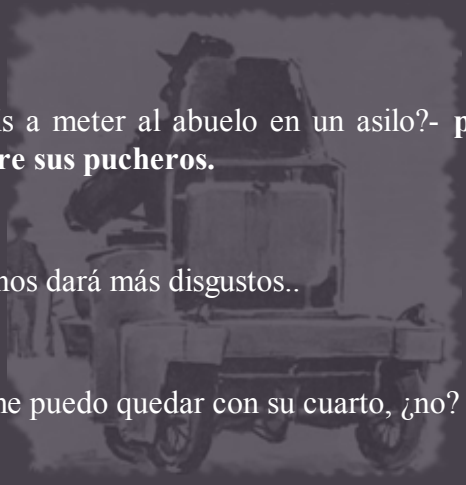
-A las tres.

-De acuerdo. Es para tener a punto el cocido.

-Hasta luego.

-Adiós, adiós. Ay, señor...

De su cuarto está saliendo ANSELMO**, que oye lo que su nuera y su nieta dicen mientras entran en el dormitorio del matrimonio:**



-¿De verdad vais a meter al abuelo en un asilo?- **pregunta** YOLANDA **entre sus pucheros.**

-Sí, hija. Así no nos dará más disgustos..

-Qué bien. Así me puedo quedar con su cuarto, ¿no?

-Si, cielo mío, pero no hables así, que no me gusta que seas tan egoísta.

-¡Es que estoy cansada de dormir en el comedor, mamá!

-Lo comprendo. Anda, ayúdame a sacar las cosas de los armarios, que están llenos de polilla. Y no llores más, que pintaremos el cuarto y te quedará muy bonito.

Quien rompe a sollozar ahora es ANSELMO**, que entra en el baño para ponerse sus gotas. Lo está haciendo cuando ve en la estantería un frasco con la calavera y las tibias en la etiqueta. Lo mira. Sorbe sus lágrimas. Y finalmente lo coge, lo esconde bajo la chaqueta, y entre toses y sollozos, avanza por el desierto pasillo hacia la cocina.**

ASUNCIÓN **está lavando de espaldas a los fogones, y esto facilita la operación que va a realizar el anciano, que se acerca a los pucheros y levanta la tapadera de una olla. La criada, sin volverse, le regaña, como siempre.**

-Hay cocido, ¿no lo ha oído? ¡Y deje quietas las tapaderas!

El anciano vacía en la olla el veneno del frasco. Cuando termina, sin conseguir sofocar sus sollozos, sale al pasillo para entrar en el bufete:

-Al asilo... Como un pobre de pedir limosna...

Después de arrojar el frasco vacío en la papelera, con un abrecartas descerraja el cajón que guarda la caja de caudales. La abre, coge un fajo de billetes, la devuelve al cajón, lo cierra y, secándose las lágrimas, sale de casa hacia su destino.

2. Calle vaquería

Ante la puerta de la vaquería, el modernísimo cochecito de ANSELMO **contrasta con el anticuado del lechero.**

Están saliendo los dos, Lucas en la silla de ruedas de andar por casa, que empuja AGUSTÍN**, el mozo:**

-Ven, ven, que vas a ver lo que es bueno -le precede el jubilado, exultante.

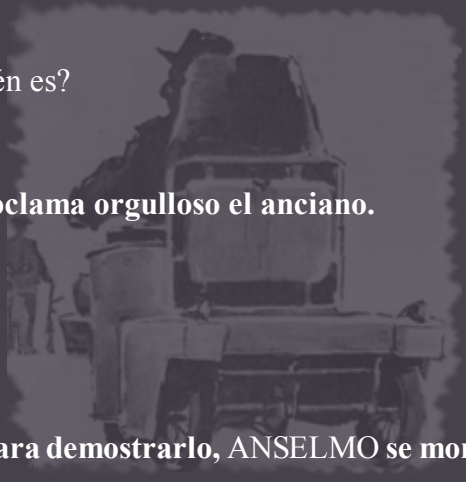
-Siempre has de venir a molestarme **-protesta el cascarrabias paralítico**- cuando tengo más trabajo...

-Ya, tienes razón... Pero mira...

-Con una vaca enferma y tú...

-¡Pero mira el coche, hombre!

LUCAS **se interrumpe, deslumbrado:**



-Pero... ¿De quién es?

-¡Mío, mío! **-proclama orgulloso el anciano.**

-¿Tuyo?

-¡Mío, mío! **-y para demostrarlo,** ANSELMO **se monta en él.**

-Oye, ¿y cómo te las has arreglado? ¿Quién te ha dado el dinero?

-Eso no importa, Lucas. ¡Lo que importa es que podemos salir juntos otra vez!

-Menudo coche **-tercia** AGUSTÍN**, que lo examina sentado en su taburete de ordeñar**-. ¡Mejor que el suyo, señor Lucas!

-¡Cállate tú!

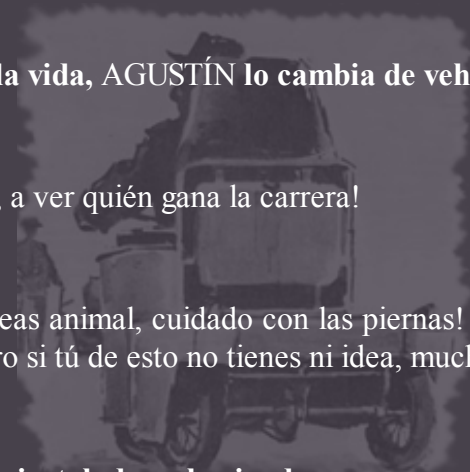
-¡Si tiene tres velocidades! ¡Y mire qué carrocería!

El lechero no quiere manifestar su verdadero estado de ánimo. Finge desdeñar aquella maravilla, pero la está envidiando con toda su alma:

-Mucha presencia, pero de motor, ¡nada!

-¿Motor? **-y el jubilado le pide a** AGUSTÍN-: Móntalo en el suyo, que lo voy a dejar clavado en el suelo, ya verás...

-¿A mí, clavado a mí? -LUCAS, **ofendido, le apremia a su mozo**-: Anda, ponme en el coche...



Encantado de la vida, AGUSTÍN **lo cambia de vehículo:**

-¡Venga, venga, a ver quién gana la carrera!

-¡Agustín, no seas animal, cuidado con las piernas! **-Y se ríe del amigo**-: Pero si tú de esto no tienes ni idea, muchacho...

Ya está Lucas instalado y haciendo arrancar el motor. ANSELMO**, poniendo en marcha el suyo, le previene.**

-¡Prepárate!

-¡Pero si yo entré tercero en la carrera, y eso que tuve el pinchazo!

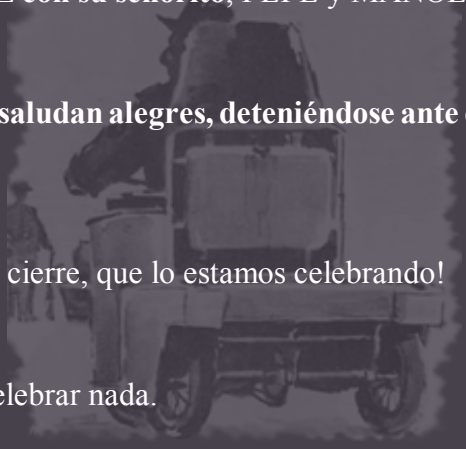
-Bueno, venga, que doy la salida... **-dice** AGUSTÍN**. Y cuenta-:** ¡Una! ¡Dos! Y... ¡Tres!

Arrancan los dos coches a la vez y están a punto de llevarse por delante a ANDREA**, la hija del lechero, que se había asomado a ver qué es lo que sucedía, y que le grita a su padre:**

-¡Dónde va, chiflado, que está usted chiflado!

3. Escalinata Museo del Prado

La mañana está radiante, pero Faustino sigue solo y triste cuando, precedidos por el ronroneo de sus motores, llegan alborozados en sus coches ANSELMO, LUCAS, ÁLVAREZ **con su señorito**, PEPE y MANOLO.



-¡Eh, Faustino! **-saludan alegres, deteniéndose ante el puesto de souvenirs.**

-¡Venga, echa el cierre, que lo estamos celebrando!

-Yo no quiero celebrar nada.

-Pero, ¿no has visto el coche de don Anselmo?

-Oye, ¿y Julita?

-¡Yo qué sé!

ÁLVAREZ **se extraña:**

-¿Cómo? ¿Todavía no habéis hecho las paces?

-No **-baja la cabeza** FAUSTINO**.**

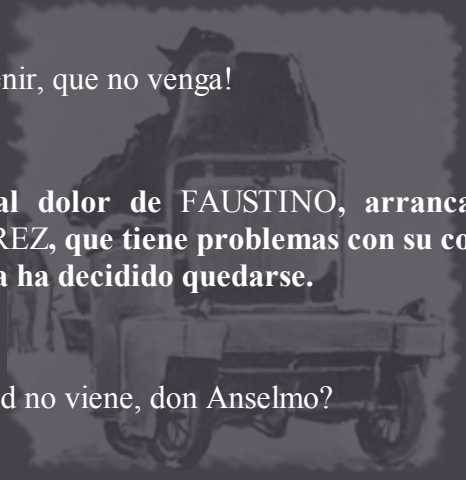
-Bueno, entonces, ¿qué, vienes o no vienes?

FAUSTINO **niega con la cabeza**. **Y** LUCAS **decide:**

-Pues entonces vámonos. Venga, vamos.

-Pero, ¿lo vamos a dejar solo? **-se extraña** ANSELMO **de la actitud de los demás.**

-¡Él sabrá lo que hace!



-¡Si no quiere venir, que no venga!

E insensibles al dolor de FAUSTINO**, arrancan todos excepto** ÁLVAREZ**, que tiene problemas con su coche, y el jubilado, que ya ha decidido quedarse.**

-Entonces, ¿usted no viene, don Anselmo?

-No; yo me quedo, que yo sé lo que es estar solo.

-Bueno, bueno, usted sabrá lo que hace... ¡Adiós, Faustino!

ANSELMO **sigue en su coche, enfrente del puesto de** FAUSTINO**:**

-Entonces, lo de Julita, ¿no tiene arreglo?

-No. Ya le he devuelto las fotos.

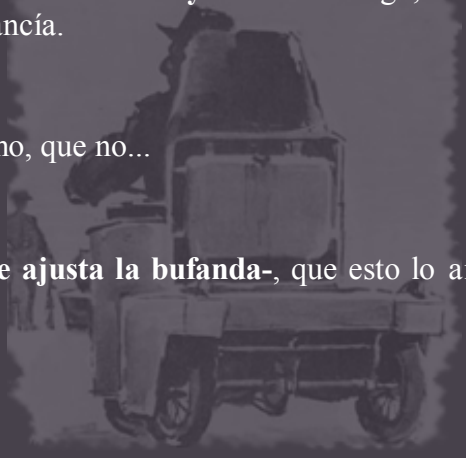
Se apea el jubilado, y FAUSTINO **se da cuenta de que ha llegado en coche:**

-Pero, ¿qué le pasa? ¿Está usted impedido?

-No estoy impedido, pero eso no importa. Lo que importa **-dice con mucha autoridad-** es que tú hagas las paces con Julita... ¡Anda, vamos!

-No, no. No hay nada que hacer.

-¡Os estáis comportando como criaturas! **-le da un cariñoso pescozón, y le ordena a su ayudante**-: Venga, chico, tú a recoger la mercancía.



-No, don Anselmo, que no...

-Y tú a callar **-le ajusta la bufanda-**, que esto lo arreglo yo ahora mismo...

4. Plaza casa de JULITA

Una murga compuesta por un matrimonio ciego -él toca el banjo, ella un bombo y los platillos- está interpretando una sentimental tonadilla. De su casa sale JULITA **en su coche, empujado por su madre y por** ANSELMO**:**

-Es inútil **-protesta la chica-**, yo no quiero saber nada de él...

-No digas eso, hija.

-Usted no se preocupe, señora **-bromea el jubilado-**, que yo soy un especialista en los males de amor...

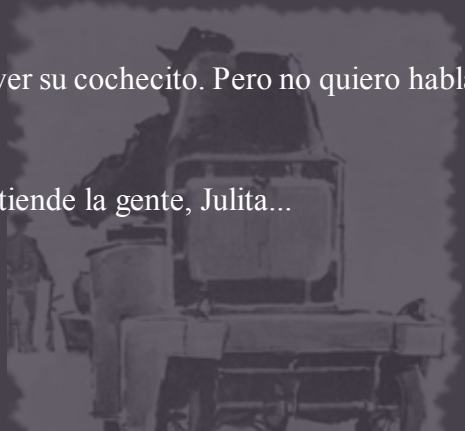
-Un beso, hija.

-Adiós, señora, vaya usted tranquila.

La madre entra en la casa, y el anciano obliga a JULITA **a mirar hacia** FAUSTINO**:**

-Mírale... ¡Mírale, que le has hecho sufrir lo suyo!

La chica rehuye la mirada de FAUSTINO**, tozuda.**



-Yo he salido a ver su cochecito. Pero no quiero hablar con él.

-Hablando se entiende la gente, Julita...

-Con éste no...

-Que sí, Julita, que me ha dicho que se quiere casar **-le asegura el viejo, mientras une los coches de la pareja con el cable de remolque.**

FAUSTINO **se dirige a su novia:**

-Tú me entendiste mal, Julita... Claro que lo que quiero es casarme...

-Eso dices siempre, pero luego te arrepientes... Y yo no estoy para perder el tiempo.

-Si yo lo hacía por ti, para no sacrificarte...

-Disculpas. Has venido porque te ha traído don Anselmo, si no de qué...

-Que no...

-Mira, tú a lo tuyo y yo a lo mío **-**JULITA, **pese a lo que dice, se está ablandando-**. Ahora mismo te llevo al Prado...

-Si te quedas conmigo, sí... Solo, no merece la pena...

-Serás tonto...

Su viejo cupido ya los ha atado. E instalado en su coche, da la orden de marcha:

-Entonces, ¿nos vamos?

Los coches arrancan, el de JULITA **tirando de** FAUSTINO **y con el de** ANSELMO **cerrando la marcha.**

La murga de los ciegos sigue tocando su sentimental cancioncilla.

5. Calle bar

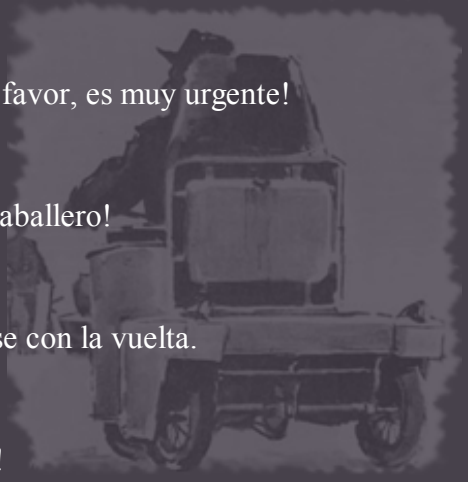
Pasados los primeros momentos de exaltación que ha vivido al entrar en posesión de su coche, y una vez realizada la buena acción de unir a los novios, ANSELMO **vuelve de golpe a la terrible realidad: son más de las tres, ya debe estar envenenada su familia. Y decidido a impedirlo, si es posible, detiene el cochecito ante un bar para llamar por teléfono y advertir que no se coman el cocido:**

-Tened cuidado del coche -les pide a unos niños-. Pero no toquéis el manillar, que este coche es muy potente y se arranca enseguida...

Y entra corriendo en el bar.

6. Bar

Está lleno de gente, pero el jubilado consigue abrirse paso hasta la barra:



-¡Una ficha, por favor, es muy urgente!

-¡Ficha para el caballero!

-Gracias, quédese con la vuelta.

-¡Dinero al bote!

-¡Gracias!

Conseguir la ficha no le ha planteado problemas, pero el teléfono está ocupado por un pelmazo:

-Un tiempo precioso... -Sí, anoche fui al teatro... ¿Eh?... No, fui a ver a Celia Gámez...

ANSELMO **trata de explicarle:**

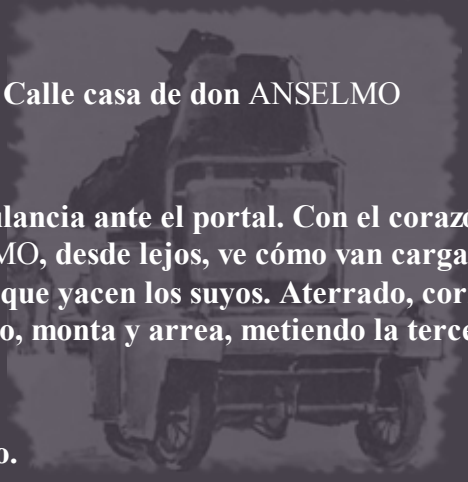
-Perdone, señor... Es que tengo que llamar a mi familia...

-Déjeme en paz, hombre...

-Pero es que les tengo que avisar que no coman...

-Pero, ¿no ve que es conferencia? **-y sigue al teléfono, dando detalles-**. La Celia, como siempre, bueno más mayor... Pero no veas qué presentación y qué lujo...

Desesperado, el viejo corre a su coche para ir a casa directamente.



7. Calle casa de don ANSELMO

Hay una ambulancia ante el portal. Con el corazón en la boca, ANSELMO**, desde lejos, ve cómo van cargando las camillas en las que yacen los suyos. Aterrado, corre hacia su cochecito, monta y arrea, metiendo la tercera**.

Y huye llorando.

8. Paso a nivel

Dispuesto a dejar Madrid, ANSELMO **estaba cruzando un paso a nivel cuando las ruedas de su cochecito se le meten entre las vías. El guardiabarrera le ayuda a salir del apuro, mientras se acerca una locomotora de maniobras. En atención a la condición de paralítico del anciano, el maquinista le cede el paso.**

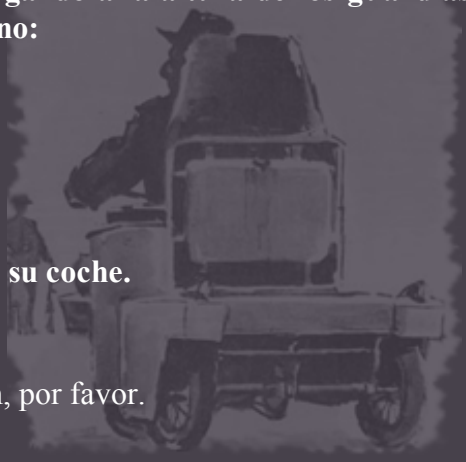
9. Carretera

Anochecer.

Un paisaje mesetario. En cien kilómetros a la redonda, las dos únicas presencias verticales que hay en el paisaje corresponden a las de una pareja de la Guardia Civil, dotada de bicicletas.

El petardeo de su motor anuncia la aparición del coche de ANSELMO**, un diminuto punto en la lejanía.**

Cuando está llegando a la altura de los guardias, uno de ellos alza la mano:



-Alto.

El viejo detiene su coche.

-Documentación, por favor.

-Sí, señor.

El anciano le da su cartera. Tras echarle una ojeada, el guardia civil le pregunta:

-¿Se llama usted?

-Anselmo Proharán.

-¿De dónde viene?

-De Madrid.

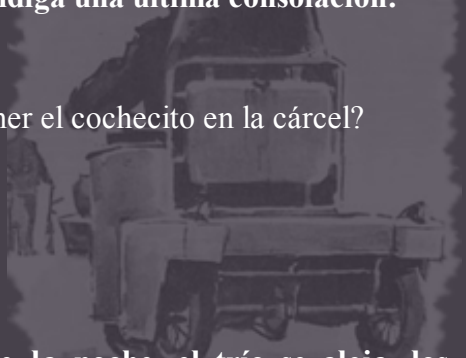
-¿Y dónde se dirige a estas horas?

-A Navalcarnero.

El guardia consulta su libreta y dice entre dientes:

-Anselmo Proharán... Cochecito... **-se guarda la cartera del anciano y le ordena-**: Síganos, y dé la vuelta.

El pobre presunto criminal asiente, y el trío hace un giro en «U» para volver a la ciudad. Ya poniendo rumbo a Madrid, ANSELMO **mendiga una última consolación:**



-¿Me dejarán tener el cochecito en la cárcel?

-Venga, siga.

Y mientras cae la noche, el trío se aleja, los guardias agarrados al respaldo del coche, que con su pundonoroso motor hasta puede remolcar a las bicicletas.

El cochecito

FICHA TÉCNICA

ARTÍCULOS

B.S.O.

El cochecito

FICHA TÉCNICA

Director:	Marco Ferreri.
Producción:	Pere Portabella, para Films 59.
Director de producción:	Gustavo Quintana.
Guión:	Marco Ferreri y Rafael Azcona, según un relato de Rafael Azcona titulado «Paralítico», del libro Pobre, paralítico y muerto.
Ayudante de dirección:	Luis Enciso.
Fotografía:	Juan Julio Baena.
Montaje:	Pedro del Rey.
Decorados:	Enrique Alarcón.
Música:	Miguel Asins Arbó.
Intérpretes:	José Isbert (don Anselmo), Pedro Porcel (Carlos), José Luis López Vázquez (Alvarito), María Luisa Ponte (Matilde), José Álvarez «Lepe» (don Lucas), Antonio Riquelme (médico), Antonio Gavilán (don Hilario), Ángel Álvarez, Chus Lampreave (Yolanda), María del Carmen Santoja (Julita).
Duración:	88 minutos.
Estreno:	Barcelona, 3 de noviembre de 1960, en Windsor.
Premios:	Mostra de Venecia 1960: premio de la FIPRESCI / París 1961: Gran Premio Humor Negro.
Propiedad:	Films 59

El cochecito

ARTÍCULOS

GIMÉNEZ-RICO, Antonio, «*El cochecito* o La alegría del tetrapléjico».

PÉREZ LOZANO, J.M., «*El cochecito*, de Ferreri : cine español sin precedentes»

VILLEGAS LÓPEZ, Manuel, «Nada más que la verdad : *El cochecito*", de Ferreri»

El cochecito

El cochecito

El cochecito

El cochecito

El cochecito

El cochecito

El cochecito

El cochecito

El cochecito